918.6151
R32v4
ej.1

®Biblioteca Nacional de Colombia

REPUBLICA DE COLOMBIA
BIBLIOTECA NACIONAL

OBRA No. 6927
ANAQUEL No.
ESTANTERIA No.
SALA No. 2ª
MATERIA No.
INTRO EL No.

BOGOTA,

®Biblioteca Nacional de Colombia

Servicio Especial 15

2/6927

Servicio Espe-

®Biblioteca Nacional de Colombia

VIAJE

Á LA

SIERRA NEVADA

DE SANTAMARTA

POR

MR. ELISEO RECLUS.

BOGOTÁ.

IMPRENTA A CARGO DE FOCION MANTILLA.

1869.

®Biblioteca Nacional de Colombia

N.º 492

PREFACIO.

En 1855, un proyecto de explotacion agrícola y el amor á los viajes, me llevaron á la Nueva Granada. Despues de una permanencia de dos años, volví sin haber realizado mis planes de colonizacion y de exploracion geográfica; sinembargo, y á pesar del mal resultado, nunca me felicitaré lo bastante por haber recorrido ese admirable pais, uno de los ménos conocidos de la América del Sur, ese continente así mismo poco conocido.

Hoy el hombre pasea su nivel por los llanos y las montañas de la vieja Europa; se cree de talla suficiente para luchar con ventaja contra la naturaleza y quiere trasformarla á su imágen regularizando las

®Biblioteca Nacional de Colombia

fuerzas impetuosas de la tierra; pero no comprende esa naturaleza que trata de domar; la vulgariza, la afea, y se pueden viajar centenares de leguas sin ver otra cosa que porciones de terrenos cortados á ángulos rectos y árboles martirizados por el fierro. Así, ¡qué gozo para el europeo cuando puede admirar una tierra jóven aún y poderosamente fecundada por las ardientes caricias del sol! Yo he visto en accion al antiguo caos en los pantanos en que pulula sordamente toda una vida inferior. Al traves de inmensas selvas que cubren con su sombra territorios mas extensos que nuestros reinos de Europa, he penetrado hasta esas montañas que se elevan como enormes ciudadelas mas allá del eterno estío, y cuyas almenas de hielo se sumergen en una atmósfera polar. Y sinembargo esa naturaleza tan magnífica, en donde se ve como un resúmen de los esplendores de todas las zonas, me ha impresionado ménos que la vista del pueblo que se forma en esas soledades. Ese pueblo está compuesto de grupos aun aislados, que se comunican con gran trabajo á traves de pantanos, selvas y cadenas de montañas, su estado social es aún muy imperfecto; sus elementos esparcidos están en la primera efervescencia de la juventud; pero está dotado de todas las fuerzas vitales que producen el éxito, porque él ha reunido como en un haz las cualidades

®Biblioteca Nacional de Colombia

distintivas de las tres razas; descendiendo á la vez de los blancos de Europa, de los negros de África, de los indios de América, es mas que los otros pueblos, el representante de la humanidad, que se ha reconciliado en él. Con gozo, pues, me vuelvo hácia ese pueblo naciente: espero en él, en sus progresos, en su prosperidad futura, en su influencia feliz en la historia del género humano. La República granadina y las repúblicas sus hermanas son aun débiles y pobres; pero ellas formarán indudablemente entre los imperios mas poderosos del mundo, y los que hablan con desprecio de la América latina, y no ven en ella sino la presa de los invasores anglo-sajones, no encontrarán algun dia la suficiente elocuencia para cantar su gloria. Los aduladores se volverán en tropel hácia el sol naciente; séame permitido anticipármeles celebrando los primeros resplandores del alba.

¡Cuál no seria la prosperidad de Europa si la cuestion de las nacionalidades fuera resuelta, si todos los pueblos formados para ser libres, fueran en efecto libres é independientes los unos de los otros! Y bien! esta cuestion terrible, llena de sangre y de lágrimas, que nos mantiene jadeando á todos en la agonía, esta cuestion que hace afilar tantas bayonetas, y pone en pié millones de hombres armados, no existe en la América meridional. Salvas algunas tribus

®Biblioteca Nacional de Colombia

de indios que serán absorbidas como lo han sido ya millones de aborígenes, todas las sociedades hispano-americanas pertenecen á la misma nacionalidad. Estas repúblicas del Sur, constantemente citadas como un ejemplo de discordias, son al contrario los Estados que mas se aproximan á la calma y á la paz; porque no están divididos sino por hechos de interes local, y los caminos harán mas por su reconciliacion que las mortíferas guerras. Los hispano-americanos son hermanos por la sangre, por las costumbres, por la religion y por la política. Todos, sin excepcion, son republicanos, todos tienen del blanco por la inteligencia, del indio por el indomable espíritu de resistencia, del africano por la pasion y por ese carácter tierno, que, mas que todo, ha contribuido á unir las tres razas durante largos siglos de elaboracion. En América del Sur no hay Alpes ni Pirineos; hermanos habitan las pendientes de los Andes.

El continente de la América del Sur presenta una sencillez de contornos y de relieves que concuerda perfectamente con su destino; es uno como la raza que lo puebla en parte. Triángulo inmenso mas grande que nuestro continente de Europa, no tiene penínsulas abruptas, ni bahías profundas; sus costas se prolongan uniformemente desde la zona tórrida hasta los helados y brumosos mares boreales. Atravesado en toda

®Biblioteca Nacional de Colombia

su longitud por una cadena de montañas casi recta, y semejante á la espina dorsal, está regado por los rios mas bellos de la tierra, corriendo todos en la misma depresion y ramificándose con la perfecta regularidad de las arterias de un cuerpo orgánico. Evidentemente este continente ha sido formado para servir de cuna á una sola y misma nacion. Esta nacion que comienza, cuenta ya mas de veinte millones de hombres que pertenecen todos á la misma raza, en la cual se han fundido, como en un crisol, todos los pueblos de la tierra. Cuando el antiguo mundo, recargado de poblacion, envie sus hijos por millones á las soledades de la América del Sur, ¿el flujo de la emigracion turbará esta union de las razas que se ha verificado ya en las Repúblicas hispano-americanas, ó bien la poblacion actual de la América meridional estará suficientedente compacta para reunir en un mismo cuerpo de nacion todos los varios elementos que le irán de fuera? Esta última alternativa, que nos parece la única probable, traerá consigo la reconciliacion final de todos los pueblos de orígen diverso, y el advenimiento de la humanidad á una era de paz y felicidad. Para un estado social nuevo, es necesario un continente vírgen.

¿Y qué papel está reservado á la Nueva Granada en la historia futura del continente? Si las naciones se asemejan siempre á la

®Biblioteca Nacional de Colombia

naturaleza que las alimenta, ¿qué no debemos esperar de ese pais en que los océanos se aproximan, en que se encuentran todos los climas unos sobrepuestos á otros, en que crecen todos los productos, en que cinco cadenas de montañas ramificadas como un abanico forman tan maravillosa variedad de sitios? Por su istmo de Panamá, servirá de descanso y lugar de cita á los pueblos de la Europa occidental y á los del extremo oriental: así, como lo profetizó Colon, allí vendrán á unirse las dos extremidades del anillo que rodea al globo.

No lo ocultaré: amo á la Nueva Granada con el mismo fervor que á mi patria natal, y me consideraré feliz si hago conocer de algunos á ese pais admirable y lleno de porvenir. Si yo lograra hacer dirigir hácia este pais una pequeña parte de la corriente de emigracion que arrastra á los europeos, mi dicha seria completa. Es tiempo ya de que el equilibrio se establezca en las poblaciones del globo y que el "Dorado" deje en fin de ser una soledad.

Enero 14 de 1861.

Eliseo Reclus.

®Biblioteca Nacional de Colombia

I

ASPINWALL (COLON) — EL FERROCARRIL DE PANAMÁ.

Con la frente acariciada por la ligera brisa que rozaba la superficie del mar, esperaba en el castillo de proa del vapor *Philadelphia*, que los primeros destellos del alba aclarasen las montañas de Portobelo. Hacia algunas horas que mis ojos estaban fijos al traves de la oscuridad, en el negro horizonte estrellado aquí y allá; por fin las estrellas se extinguieron una despues de otra, el vago brillo de la via láctea desapareció, y el reflejo de la aurora se desplegó del lado del Occidente como una vasta y blanca tienda de campaña. La masa de montañas estaba sumergida aún en la sombra, pero gradualmente la luz descendió á lo largo de sus faldas y coloreó de un tinte azul las cimas lejanas, mostrando en las escarpas mas próximas los bosques extendidos como un espléndido manto de verdura, y mezclando algunas ráfagas rosadas á la capa de nieblas que reposaba entre la ribera del mar y el pié de las colinas. Bien pronto este velo de vapor se rasgó, dispersó sus girones al acaso al rededor de los arrecifes y por la superficie de las ondas; y nos mos-

®Biblioteca Nacional de Colombia

tró la extensa abra de Aspinwall ó Navy-Bay, muellemente tendida entre los dos verdes promontorios de Chágres y Limon. Al mismo tiempo, los rayos del sol que nacia se deslizaron oblícuamente sobre las olas, é hiriendo apénas sus crestas, cambiaron en una larga lista de oro la blanca espuma que orlaba los muelles de Aspinwall.

Vista desde el mar, la poblacion presenta el aspecto de las ciudades de la América del Norte, construida de prisa en el espacio de pocos años. Las casas, de altura desigual, están esparcidas en la playa baja y cenagosa de la isla de Manzanillo, y solamente hácia el lado del oeste se aproximan bastante unas á otras para formar calles. En los terrenos que no están ocupados aún por dificios, existen grandes árboles arraigados, semejantes á enormes horcas. Mas allá del estrecho brazo de mar que separa la ciudad del continente se estrechan innumerables y copposos árboles. Un gran buque de vapor, cinco ó seis goletas al ancla, se balancean sobre las ondas al lado de embarcaciones baradas que sacan del agua sus mástiles carcomidos é incrustados de conchitas; cerca del muelle principal un buque viejo, de casco enmohecido, espera un ras de la marea para zozobrar y contribuir á la obstruccion del puerto; los muelles y las plataformas están cubiertos de carbon, leños y barriles esparcidos. Los carros, impulsados por bra-

®Biblioteca Nacional de Colombia

zos de hombres ó arrastrados por mulas, van y vienen incesantemente de las embarcaciones á la estacion del camino de fierro de Panamá, coqueta y graciosa casa, cuya fachada de blancura deslumbradora se destaca del verde fondo de la selva y recibe la sombra de cuatro palmeras de torcido tronco. Una pared, un rayo de sol, no es necesario mas, bajo el cielo resplandeciente de los trópicos, para formar un cuadro maravilloso.

Apénas desembarcamos los trescientos pasajeros del *Philadelphia*, fuimos asaltados por una multitud de hombres de todas las razas y de todos los paises, negros de Jamaica, Santo Domingo y Curazao, chinos, americanos, irlandeses que hablaban ó *marmoteaban* cada uno en su lengua ó en su patuá, desde el frances ó inglés mas puro hasta el *papamiento* * mas corrompido. Hostigados por esta ávida multidud, arrastrados casi de viva fuerza, los viajeros fueron tumultuosamente separados y llevados como otras tantas presas á innumerables hoteles, posadas ó mesones, que componen la ciudad de Aspinwall. Yo creia haber escapado á la multitud deslizándome por detras de los montones de carbon y de las

* El *papamiento* es una mezcla de palabras españolas, holandesas, francesas, inglesas y caribes que sirve de lengua franca en las Antillas holandesas y en las costas de Colombia.

®Biblioteca Nacional de Colombia

filas de maderas que llenaban el muelle; pero un negro de Santo Domingo me descubrió: se me insinuó con un saludo en tres lenguas, se declaró mi guía y en toda la mañana no pude desembarazarme de este importuno.

Aspinwall goza en la América entera de tan mala reputacion por lo que respecta á su salubridad, que yo esperaba ver un gran cementerio en donde se pasearan sombras de hombres temblorosos de fiebre; pero no es así. Los negros y mulatos que forman la mayoría de la poblacion de Aspinwall tienen tal aire de salud y alegría que regocija el corazon; allí se encuentran en un pais semejante á aquel de donde vinieron sus padres; y como las plantas tropicales, ellos vegetan lujosamente en esta tierra pingüe y cenagosa recalentada por un sol de fuego. Viendo su andar tranquilo y su alegre fisonomía, se comprende que están en su casa y que el porvenir del Istmo les pertenece, como tambien el de las otras regiones de la América tórrida. En cuanto á los blancos y á los chinos, los que han podido resistir á la terrible fiebre, parecen sostenidos y aun curados por esa ardiente avidez, única que ha podido inducirlos á ejercer su industria en el reino mismo de la muerte. Un fuego sombrío que brilla en la mirada casi feroz, ilumina á aquellas fisonomías pálidas y enflaquecidas. Sus movimien-

®Biblioteca Nacional de Colombia

tos irregulares y nerviosos prueban que ellos no viven con la vida natural del hombre, y que han sacrificado á la ganancia todo sentimiento de tranquila felicidad. El padre que lleva á su esposa ó á sus hijos á esta ciudad, mata á la una y á los otros con la misma seguridad que si les clavara un puñal en el corazon; pero él no vacila, y desafia por sí y por los suyos la insalubridad de este clima terrible y va tranquilo y resuelto, á esperar en Aspinwall los pájaros viajeros que sus propios riesgos le dan derecho á desplumar. Puede morir, es verdad; pero si el sombrío estímulo de la ganancia le sostiene, podrá retirarse al cabo de algunos años de trabajo á Nueva York ó á San Francisco, viudo ó privado de sus hijos, pero poderosamente rico.

Por lo demas, es muy raro que los aventureros que van á Aspinwall de todos los puntos del globo lleven consigo á sus hijos y mujeres. Estas forman apénas una muy pequeña minoría de la poblacion en la ciudad naciente, y es sabido que toda sociedad en que la mujer falta, llega á ser necesariamente grosera, inmoral, impúdica. Léjos de esas miradas que encantan y subyugan aun á los séres mas vulgares, el hombre se liberta por completo de las costumbres, de toda política, de toda dignidad; se precipita de lleno en el vicio con la cabeza inclinada, se complace en su embrutecimiento y

®Biblioteca Nacional de Colombia

se gloría en él. Los lazos del comercio son los únicos que ligan á los miembros de una sociedad de esta especie; así, desgraciado de aquel que nada puede ofrecer en cambio del servicio que pide!

El edificio mas grande de la ciudad es el hospital. Un enfermo puede hacerse trasportar á él mediante 100 francos de entrada y 25 francos por dia, si no que se haga dejar en la puerta, y allí morirá! El extranjero espirante de sed en una calle de Aspinwall podrá arrastrarse largo tiempo de puerta en puerta sin encontrar un blanco caritativo que le dé gratúitamente un vaso de agua; solamente los negros despreciados tendrán quizá la generosidad de humedecer sus labios! *

Jamas olvidaré el aspecto del salon de la posada, al cual entré para almorzar y reponerme del mareo. Al rededor de una larga mesa de madera, ennegrecida por el uso, se estrechaba una centena de viajeros de todas las nacionalidades. La mesa parecia entregada al pillaje; cada cual se precipitaba sobre los platos de su preferencia y procuraba asegurar la mejor parte; los gritos, las exclamaciones, las disputas se cruzaban en todos sentidos. A una extremidad del salon, grupos de californianos de

* Téngase presente que la inmensa mayoría de la poblacion de Aspinwall la forman extranjeros.
N. del T.

®Biblioteca Nacional de Colombia

mirada hosca, con los cabellos en desórden, los vestidos despedazados, jugaban sus *dollars* y oro en polvo, sin cuidarse lo mas mínimo de los extranjeros que acababan de invadir el hotel; en estos grupos reinaba el mas riguroso silencio, interrumpido de tiempo en tiempo, segun los golpes de la suerte, por risas sardónicas ó por espantosas blasfemias. Una señora, en otro tiempo blanca, pero descolorida por la fiebre, presidia el servicio de la mesa. Sus grandes y ardientes ojos giraban en unas órbitas demasiado profundas; su piel seca y enjuta comprimia los juanetes de sus mejillas y su espaciosa frente, tersa como el mármol; sus labios violetas y siempre abiertos dejaban ver unas encías lívidas; bajo su ropa muy ancha, que sin duda cubria en otro tiempo formas voluptuosas, se presumia un cuerpo de esqueleto. De la antigua belleza no quedaba á la huésped sino los abundantes cabellos negros guarneciendo una cara flaca. Y sinembargo esta mujer, que parecia pertenecer ya á la tumba, no mostraba el menor decaimiento, su voz era decidida, su mirada intrépida, su gesto soberano. Estaba sostenida por una fiebre mas terrible que aquella que la minaba: *la fiebre sagrada del oro.*

La calle principal de Aspinwall presenta un aspecto raro; banderas y banderolas flotan en todas las casas como en una calle de Pekin; blancos, negros, chinos gritan,

®Biblioteca Nacional de Colombia

gesticulan y pelean; niños enteramente desnudos se revuelcan en el polvo y en el barro; cerdos, perros y hasta corderos devoran innumerables inmundicias que los buitres contemplan con ojos ávidos desde los tejados; monos amarrados ahullan, papagayos y cotorras lanzan gritos estridentes: es una extraña batahola, en la cual se mezcla uno con cierto pavor. Los indios faltan solamente en esta Babel. Amedrentados por los invasores de su pais, apénas osan girar tímidamente al rededor de esta ciudad que se ha levantado como por encanto en un islote pantanoso.

El pabellon tricolor de la Nueva Granada flamea en una casa de Aspinwal; pero la autoridad granadina, léjos de gobernar, debe felicitarse de ser simplemente tolerada. La compañía del ferrocarril, declarada simple propietaria de la isla por un acto del Congreso granadino, es en realidad el verdadero soberano de la falda atlántica del Istmo, y sus decisiones, sean ó no ratificadas por el *jefe político* de Aspinwall ó por el Congreso de Bogotá, tienen realmente fuerza de ley. Son americanos audaces los que han osado poner el pié en este islote mal sano de Manzanillo que en la lama humeante de miasmas en que la muerte germina con las plantas, han fijado las estacas en que debia asentarse la ciudad, y que han llamado de todos los puntos de la tierra á los

®Biblioteca Nacional de Colombia

hombres ávidos gritándoles: "haced como nosotros, arriesgad vuestras vidas por la riqueza!" Ellos han llevado de los Estados Unidos todas las casas aun construidas, y es tambien á los Estados Unidos que ellos envian á buscar harina, galleta, carne y hasta combustible. La ciudad es creacion suya, se juzgan con derecho de gobernarla y le han dado el nombre de uno de los mas fuertes accionistas de la compañía, el negociante Aspinwall; las protestas solemnes de la República granadina no han logrado dar hasta ahora el nombre oficial de Colon á la ciudad naciente.

Los agentes de la Compañía americana son pues los únicos responsables de la salubridad del lugar: si ellos se dignaran ocuparse de este asunto, la poblacion de cuatro á cinco mil habitantes doblaria, triplicaria en el espacio de algunos años; pero en lugar de pensar en secar los pantanos, los han formado artificiales. Para construir un hermoso almacen de depósito, de piedra negra, los ingenieros han elegido una línea de arrecifes á poca distancia de la ribera, y la tabla de agua que han separado así de la bahía ha llegado á ser un pantano infecto, lleno de despojos corrompidos y cubiertos de un sedimento debajo del cual vela pérfidamente la terrible *fiebre de Chágres*. M. Frœbel, que ha visitado la embocadura del rio Chágres, y ha dejado de ella

®Biblioteca Nacional de Colombia

una bella descripcion, * dice que ha sentido distintamente en la lengua el gusto de los miasmas pútridos.

El ferrocarril de una sola vía que une á Aspinwall con Panamá no tiene mas de setenta y dos kilómetros de largo, y atraviesa el Istmo casi en línea recta de noroeste á sudoeste. Ha costado mas de quinientos mil francos por kilómetro, suma enorme, comparada con los gastos de construccion de otros caminos de fierro en América; sinembargo, y dígase lo que se quiera, los trabajos de arte no tienen nada de gigantesco. Ha sido necesario unir la isla de Manzanillo al continente por un puente asentado en estacas, atravesar muchos pantanos, elevar fuertes terraplenes en las cercanías de los rios, franquear el rio Chágres por un puente de doscientos metros, y cavar algunas zanjas, sobre todo en el punto culminante del camino, que se eleva solamente ochenta metros sobre el nivel del Océano; pero hace mucho tiempo que los ingenieros aprendieron á vencer esas dificultades. El gran obstáculo para la construccion de esta línea férrea fué la terrible mortalidad que hizo estragos entre los obreros. La promesa de una paga muy crecida no dejó de ser una seduccion irresistible que arrastró á millares de hombres de todo color y de toda raza, y los trabajadores principiaron con resolucion y con

* Seven years' travels in Central America.

®Biblioteca Nacional de Colombia

los piés metidos en el fango quemante de los pantanos, á aserrar los troncos de los paletuvios, á enterrar las estacas en el barro, á carretear arena y guijarros en el agua corrompida. ¡Cuántos desgraciados, hostigados por los insectos malignos, aspirando á cada soplo los miasmas pútridos que exhalan las aguas, extenuados, aturdidos por el implacable sol que les quemaba la sangre en las venas, se han arrastrado trabajosamente á la tierra firme, y acostádose para no levantarse mas! Ha pasado como un proverbio que el ferrocarril de Panamá ha costado una vida de hombre por cada travesaño puesto en el camino. Esta es una exageracion evidente, por que este hecho supondria la muerte de mas setenta mil obreros; pero es cierto que la Compañía no ha juzgado conveniente publicar, y probablemente ni aun sabe, el número de aquellos que han muerto á su servicio. Los irlandeses, mas expuestos que los demas á causa de la exuberancia de vitalidad de su raza, y de la riqueza de su sangre que corre en innumerables filetes bajo la fina piel, fueron exterminados casi todos por la enfermedad, tanto que los agentes de la compañía renunciaron á hacer venir de Nueva York ó de Nueva Orleans mas trabajadores de esa nacion. Los negros mismos de las Antillas sufrieron mucho con el clima, y, poco cuidadosos de aumentar sus economías á costa

®Biblioteca Nacional de Colombia

de su salud, se retiraron en bandadas, para gozar en Providencia, Jamaica ó San Thomas de las dulzuras del *farniente*. En cuanto á los chinos, que, bajo la fe de magníficas promesas habian abandonado su pais para ir á enriquecerse con los *piastras* americanos mas allá del Gran Pacífico, se les vió morir por centenares, de fatiga y de desesperacion. Muchos de ellos se dieron la muerte para evitar los sufrimientos de la enfermedad que principiaba á torturarlos. Se refiere que en lo mas fuerte de la epidemia, una multitud de estos pobres expatriados fué á sentarse á la caida del dia en las arenas de la bahía de Panamá, que habian abandonado hacia algunas horas las oleadas de la marea. Silenciosos, terribles, mirando al occidente el sol que se ocultaba mas allá de su patria tan lejana, esperaron así á que la marea subiera de nuevo. Bien pronto las olas volvieron remolineando sobre las arenas de la playa, los desgraciados se dejaron engullir, sin lanzar un grito de angustia, y el mar extendió su vasto sudario sobre ellos y sobre su desesperacion.

La via férrea del Istmo está muy distante de prestar al comercio y á la humanidad los servicios que podrian esperarse de ella. La falta está ciertamente en el monopolio y en las tasas exhorbitantes de los precios que exige la compañía, la cual hace pagar á los viajeros la suma de 125 francos por un

®Biblioteca Nacional de Colombia

simple trayecto de 72 kilómetros, y pide hasta 1000 francos por tonelada de mercancías que se despachan de prisa. Así el camino de fierro no transporta de mar á mar mas que treinta á cuarenta mil viajeros por año, es decir, ménos que nuestra ramificacion del Oeste en un dia. El movimiento de mercaderías entre los dos ecéanos representa un valor total de un tercio de millar; pero los artículos que transitan consisten simplemente en oro de California, en plata de Méjico y otros objetos de gran precio en poco volúmen. Todas las mercaderías voluminosas dirigidas de un mar á otro siguen aun la via del cabo de Hornos; y aunque su valor medio se acerca á un millar, la compañía no piensa bajar su tarifa con el objeto de sacar algun beneficio de ese comercio inmenso. Mas bien que pagar los precios enormes estipulados por la compañía del ferrocarril para el tránsito de las mercaderías, los negociantes de Nueva York y San Francisco prefieren imponer á sus cargamentos un rodeo de 9,600 kilómetros y una prolongacion de sesenta dias de travesía por en medio de las tempestades del océano austral. A excepcion de los grandes vapores que conducen regularmente los pasajeros y las balijas, casi todos los buques que llegan á Aspinwall y á Panamá, son pequeñas goletas que hacen el servicio de cabotaje entre los puertos de la Nueva Gra-

®Biblioteca Nacional de Colombia

nada y de la América central. Y sinembargo, el transporte de los viajeros y metales preciosos basta para hacer ganar cerca de 40 por 100 cada año á los accionistas de la compañía; andando el tiempo podrán ellos aumentar sus beneficios, vendiendo las cien mil hectaras de tierras fértiles que les concedió la República granadina.

Hasta hoy la compañía del Istmo no ha tenido sino una competencia temible, la de los vapores del lago do Nicaragua, y aun, gracias á las piraterías de Walker, gracias tambien á las intrigas de los plenipotenciarios americanos, que exigian para los Estados Unidos una cuasi soberanía sobre el camino del tránsito, esta competencia ha desaparecido completamente durante algunos años. Temprano ó tarde sinembargo, las vias férreas interoceánicas de Tehuantepec, Honduras, Costa Rica, é istmo de Chiriquí, se llevarán á cabo y es posible tambien que la Nueva Granada, justamente descontenta porque la compañía de Panamá no le paga el beneficio anual que está convenido, permita á una compañía rival la construccion de otro camino de fierro entre los dos mares. * Es evidente que este

* Léjos de eso, la situacion ha empeorado con la venta de las *reservas* á la misma compañía, venta que se hizo con halagadoras promesas de grandes mejoras en la via, que hasta ahora no solamente no se han realizado sino que ni siquiera se han principiado á cumplir. Ojalá que la experiencia adquirida

®Biblioteca Nacional de Colombia

Istmo prolongado, que se pliega tan graciosamente entre las dos Américas en una longitud de 2,200 kilómetros, y separa con su estrecha banda de verdura las inmensas aguas azules de los dos grandes océanos del mundo, no debe continuar siendo una aterradora soledad, donde germinen esparcidos embriones de ciudades. Algun dia, los pueblos de la tierra se darán cita en aquel punto, Constantinoplas y Alejandrías se levantarán en las embocaduras de sus rios; sus pantanos se transformarán en campos fértiles, y el volcan pagano de Momotombo, que, segun la tradicion, se engullia á los misioneros cristianos, admitirá sin duda en sus extensos flancos á los pacíficos leñadores y agricultores.

II.

"EL NARCISO"— PORTOBELO — LOS INDIOS DE SAN BLAS.

Deseaba ir hasta Panamá para conocer el Istmo en toda su anchura y contemplar las aguas del océano Pacífico; pero habria te-

sirva siquiera para no festinar el contrato de apertura del canal interoceánico, y sobre todo que no nos mostremos inferiores en patriotismo á los nicaragüenses, que prefirieron ver alejarse de su hermoso lago los vapores que hacian el servicio en él, dándole animacion y vida, á aceptar las humillantes condiciones de *cuasi soberanía* que exigian los plenipotenciarios americanos, segun lo expresa M. Reclus.
N. del T.

®Biblioteca Nacional de Colombia

nido que esperar durante un dia y una noche la marcha de un tren, y confieso que la permanencia en un hotel construido al borde de un pantano me halagaba muy poco. Ademas me urgia llegar al pié de la Sierra-nevada, objeto principal de mi viaje, y me despedí de mis compañeros de travesía. *

El vapor inglés que hace el servicio regular de las costas de la Nueva Granada, tardaria casi dos semanas, por lo cual me apresuré á ir al puerto, á fin de inquirir si habia alguna goleta que partiese para Cartagena. Felizmente apercibí una pequeña cáscara de nuez que levaba el ancla; apénas tuve tiempo para enviar por mis baúles y tirarme en un esquife, saltar á bordo de la goleta, que ya principiaba á bordear frente á Aspinwall, descendí á la bodega para depositar mis efectos entre dos sacos de cacao, y cuando subí la peligrosa escalera, estábamos en medio de la bahía.

El Narciso era una pequeña embarca-

* Reunidos al dia siguiente (17 agosto, 1855) á los novecientos pasajeros del vapor de Nueva-York el "Illinois," estos viajeros llegaron á creer que tendrian que sostener un sitio en regla contra los habitantes de Panamá: diez y siete de entre ellos murieron á cuchillo. Un norte-americano se habia robado una sandía y disparó un revolver sobre el panameño que queria recobrarla. Esta fué la señal del combate. Los americanos vencidos se vieron obligados á batirse en retirada, y se salvaron gracias á la intervencion de la policía y de la fuerza armada.

®Biblioteca Nacional de Colombia

cion destrozada, del porte de 24 toneladas, y tan mal distribuida que el único espacio en que uno podia pasearse, no tenia mas de dos metros de largo. De momento en momento las crestas de las olas nos ocultaban el horizonte, y se hubiera dicho que á lo léjos la ciudad saltaba del seno del mar para volver á sumergirse en él. A cada nueva ola nuestro mástil de baupres se sumergia en parte, y el agua corria hasta la popa. El espacio que quedaba seco era muy pequeño; habia necesidad, sinembargo, de contentarse con él, y yo me instalé lo mejor posible, con los piés contra el borde de la boca de la escotilla, la espalda apoyada contra el bordaje, el brazo pasado al rededor de un cable; traté de formar un solo cuerpo, por decirlo así, con la embarcacion, y permanecer inmóvil como un tronco amarrado en el puente. Esta posicion me permitia contemplar á mi gusto las ondas espumosas, en medio de las cuales jugueteaban trasparentes medusas, miéntras que los tiburones las hundian con sus aletas dorsales, triangulares y cortantes como la cuchilla de una guillotina.

La tripulacion del *Narciso* se componia de cuatro hombres: el propietario, el capitan, el marinero y el grumete. El primero era un negro hercúleo, de fisonomía llena y placentera: acostado sobre el puente, miraba con satisfaccion profunda las velas de su

®Biblioteca Nacional de Colombia

nave, infladas por el viento, los sacos de cacao amontonados en la bodega, y aun al humilde pasajero tendido á su lado ; gozaba voluptuosamente el privilegio de poseer, y miraba con ternura las ondas sobre las cuales flotaba su goleta ; entregado enteramente á su dicha, rara vez se dignaba ocuparse de la maniobra ni de prestar mano fuerte cuando se trataba de halar una cuerda ó de virar de bordo. Por lo demas era de una dulzura inefable, y deseaba ver á todos sus compañeros tan dichosos como él: si el capitan no hubiera mandado, si el marinero y el grumete se hubieran cruzado de brazos, se habria dejado estrellar apaciblemente contra un arrecife, sin que la satisfaccion pintada en su fisonomía se hubiera turbado. Verdadero tipo del negro de las Antillas, se decia cosmopolita, flotaba de ola en ola, de tierra en tierra como una ave marina ; hablaba igualmente mal todas las lenguas, todos los patuás de los pueblos establecidos al rededor del mar Caribe, y respondia indiferentemente á los nombres de don Jorge, Juan, ó Juan Jacobo.

El capitan era un jóven hermoso, activo, pero charlatan, impaciente, colérico, que no ocultaba el desprecio que le inspiraba su plácido armador ; sinembargo, tenia el buen sentido de no zaherirlo. Hijo de un frances casado en Cartagena, José María Mouton, tenia sin duda los rasgos de su padre, sus

®Biblioteca Nacional de Colombia

maneras y su vivacidad ; pero habia adquirido los hábitos y las supersticiones del pais, y no sabia ni una palabra de la lengua de sus antepasados ; sus ojos me seguian con una curiosidad importuna. Pronunciaba cada palabra con el acento de la provocacion, y no se dulcificaba un poco sino cuando se dirigia al marinero. Este, siempre silencioso, adivinando el menor deseo del capitan, trabajando sin descanso en las velas, en las cuerdas, en las cadenas, me parecia un sér indefinible. No solamente no hablaba, sino que tampoco miraba, y caminaba sin ruido, deslizándose como una sombra de la proa á la popa de la goleta. A qué raza pertenecia ? Era negro, español ó mestizo? Su piel negra podia haberse curtido por las lluvias, las tempestades, las nieblas, los soles ; sus ojos han podido ser empañados por el expectáculo de esos millares de olas que se suceden sin fin unas á otras en la superficie de los mares. Poco me habria asombrado al saber que él era ese holandes volante que hace siglos vaga sobre el océano, y algunas veces, cuando la tempestad se prepara, agita delante de las naves sus grandes brazos cargados de bruma. En cuanto al grumete, era simplemente un pilluelo sucio y perezoso como una serpiente : dormia siempre, y el capitan no podia despertarlo sino á puntapiés.

Don Jorge, cuyas comidas eran numerosas y abundantes, ocupaba el resto de su tiempo

®Biblioteca Nacional de Colombia

en seguir con las miradas las redes y anzuelos que habia asegurado á los flancos de la embarcacion, y que daban botes en la estela luminosa. Durante la primera jornada, su pesca fué particularmente fructuosa: sacó del agua muchos peces cuyos nombres bárbaros, tomados de una especie de patuá hispano-indio, he olvidado; despues logró coger una dorada, y en fin un tiburon jóven, de cerca de dos métros de largo. Para coger esos animales los marineros cortan un pedazo de tela blanca en forma de pez volante y lo adhieren á un anzuelo que arrojan en la estela; en seguida se ponen á silbar como silban los vaqueros cuando conducen el ganado al abrevadero. El confiado pez, seducido por esta llamada, se arroja sobre el retazo de tela blanca, traga el anzuelo.... y los que no han tenido vergüenza de engañar á un tiburon lo sacan á bordo, lo matan á golpes, lo hacen pedazos; despues, saboreando con anticipacion su festin, hacen freir gozosamente algunos pedazos. Se asegura que los náufragos de la *Méduse* prefirieron casi devorarse unos á otros á comer tiburon; sinembargo yo me atreví á aproximar mi asiento á la mesa de la tripulacion, y satisfice mi apetito con la carne del pobre animal. La encontré buena; pero miéntras la saboreaba, no podia apartar de mí un pensamiento: ¿de qué me quejaria yo, si los amigos del tiburon vengasen un dia

®Biblioteca Nacional de Colombia

en mí á su hermano asesinado? Así va el mundo.

Llegada que fué la noche, el capitan, que en todo el dia no habia dirigido la palabra á don Jorge, se aproximó á él, y, vuelto comunicativo por la dulce y misteriosa influencia de la noche, condescendió en entrar en conversacion. Primeramente habló de negocios, despues de viajes, en seguida de fantasmas, y pronto le oimos referir una leyenda del tiempo de la inquisicion, llena de horribles detalles. Era la historia de una alma cargada de crímenes oscilando en la boca del infierno, la cual se disputaban los ángeles y los demonios. Al fin, triunfaron estos, y el alma desesperada se sumergió en las terribles llamas del abismo. Esta seria quizás la milésima vez que el capitan recitaba esta leyenda; por que sus palabras, que no tenia necesidad de buscar, se desarrollaban en frases precisas y sonoras, y desplegaba cierta elocuencia salvaje en la pintura de los tormentos infernales. Don Jorge, feliz con este relato, que estimulaba su digestion, gozaba visiblemente con su propio miedo, miéntras que el grumete, apoyado en los codos y tendido sobre el vientre en medio del puente, fijaba sus ojos ardientes en el capitan y sentia que el alma se le escapaba de espanto. En cuanto al marinero, siempre solitario, se mantenia firme en la proa del *Narciso*, y su alta

®Biblioteca Nacional de Colombia

estatura, que medio se alcanzaba á distinguir al traves de los aparejos, se delineaba, como un negro fantasma, en el mar fosforescente.

Una fuerte lluvia puso fin á nuestra conversacion; y capitan, armador, grumete, pasajero, nos apresuramos á descender á la bodega arrojándonos sobre los sacos de cacao que debian servirnos de lechos. Mis compañeros acostumbrados á esta clase de camas, se durmieron bien pronto profundamente; pero á mí me fué imposible imitarlos. Los granos de cacao, duros como pequeños guijarros, se me entraban en las carnes; espantosas cucarachas, las mas grandes que he visto en mi vida, me picaban los brazos y las piernas y se paseaban por mi cara; el aire condensado de la bodega, y sobre todo el penetrante olor del cacao, me sufocaban. A cada instante subia la escalera para respirar un soplo de aire puro en la boca de la escotilla; pero la lluvia incesante me obligaba á encerrarme otra vez en el antro malsano en donde mis compañeros soñaban sueños de oro. Hácia la mañana, vencido por la fatiga, me dormí con un sueño febril y agitado.

Cuando desperté, *El Narciso* doblaba uno de los promontorios poblados de árboles que guardan la entrada de Portobelo, el antiguo Puerto-de-Oro de los españoles, á donde los galeones venian á cargar los teso-

®Biblioteca Nacional de Colombia

ros del Perú. La lluvia habia cesado; una niebla ligera flotaba aun sobre los montes, chispas de espuma blanca saltaban de los contornos de la ribera. A la verdad, el mar y las montañas, iluminados por el sol naciente, ofrecian un expectáculo admirable, que yo apénas comtemplaba; no podia separar las miradas de las extensas selvas tropicales, que se me presentaban por la primera vez en toda su magnificencia. Hasta ignoraba si realmente eran selvas las que tenia delante de mí, por que no distinguia los árboles, y durante largo tiempo crei estar delante de una gigantesta roca cubierta de musgo y helecho. En la zona tórrida puede decirse que el árbol no existe; ha perdido su individualidad en la vida de union estrecha, y puede decirse que es una simple molécula en la gran masa de vegetacion de que hace parte.

Un roble de Francia ostentando sus grandes ramas de corteza rugosa, enterrando sus enormes raices en el terreno hendido, sembrando la tierra de innumerables hojas secas, parece siempre independiente y libre, aun cuando esté rodeado de otros robles; pero nunca se presentan aislados los mas bellos árboles de una selva vírgen de la América del Sur. Ligados los unos á los otros, atados en todos sentidos por cuerdas de bejuco, cubiertos por las plantas parásitas que los oprimen y beben su savia,

®Biblioteca Nacional de Colombia

parecen no tener existencia propia. Las influencias de los climas son las mismas para los pueblos y para la vegetacion: es en las zonas templadas que especialmente se ve al individuo separarse de la tribu, lo mismo que al árbol aislarse del bosque.

Poco á poco nos aproximamos á la estrecha garganta del puerto, y poco á poco la escena se presentaba mas espléndida. Dos colinas cada una con las ruinas de un antiguo castillo se levantan la una enfrente de la otra; en la base de estas prominencias, los cocoteros se inclinan hácia la superficie del mar; las aves marinas se mantienen graves é inmóviles en las esparcidas rocas. Desde la cima hasta el pié de las colinas, no se ve sino un tumulto, un océano de follaje; bajo esta masa que se inclina y se levanta al soplo de los aires, apénas puede concebirse el suelo que las sostienen; fácilmente podria creerse que la selva entera tiene sus raices en el mar y que flota sobre las aguas como una enorme planta piramidal de doscientos metros de altura. Todas las ramas están entrelazadas las unas con las otras, y el menor movimiento se trasmite de hoja en hoja á traves de la inmensa y verde campiña. Sinembargo, las colinas son muy escarpadas, y para ligarse unos á otros los árboles, grandes masas de ramas, bejucos y flores se esparcen de cima en cima, semejantes á los hilos de una catarata. Es un Niágara de verdura.

®Biblioteca Nacional de Colombia

En fin, *El Narciso* echó el ancla casi á la sombra de la misteriosa selva, la lancha fué arrojada al mar, y tomando el marinero silenciosamente los dos remos, nos hizo seña de saltar á ella. Íbamos á hacer una pequeña excursion á tierra. Mi emocion, tan fuerte ya, se aumentó cuando el esquife se detuvo, y saltando de piedra en piedra, llegué á la playa sembrada toda de conchitas amarillas y rojas. En pocos segundos llegué á la desembocadura de un riachuelo que desciende en pequeñas cascadas de las profundidades del bosque, y, remontando este camino abierto por las aguas, me interné en el oscuro portillo que delante de mí se prolongaba.

Es imposible no sentir una extraña conmocion física cuando uno deja tras de sí la atmósfera ardiente y luminosa, para penetrar bajo la sombra húmeda y solemne de una selva vírgen. A pocos pasos del mar, podia creerme internado á cien leguas del continente; por todas partes una confusion inextricable de ramas; por todas partes misteriosas profundidades en que la mirada se atreve apénas á fijarse; á mi rededor, rocas cuyas paredes desaparecian bajo el follaje entrelazado; sobre mi cabeza, una bóveda de verdura á traves de la cual penetraba una média luz que se reflejaba en una y otra rama. Qué diferencia entre estos bosques tropicales y nuestras selvas calmadas y

®Biblioteca Nacional de Colombia

raquíticas, y nuestros bosques tajados, en que cada árbol herido por el hacha, se presenta débil como un enfermo y tuerce con angustia sus brazos delgados y sin gracia! En los paises amados del sol, á los árboles gigantescos que la tierra alimenta, les circula bajo la corteza una savia fuerte é impetuosa, y podria decirse que el suelo, el agua y la roca, se amalgaman allí para entrar mas rápidamente en el círculo de la vida vegetal. Las cimas son mas altas y cubiertas de vegetacion, el color de las hojas y de las flores mas variado, los aromas de éstas son mas acres; y no es el reposo, es el terror lo que se experimenta bajo estas tenebrosas sombras.

Con precaucion, con paso sigiloso y vacilante, avanzaba sobre aquel terreno. Lagartos y otros reptiles que se veian al borde del riachuelo, desaparecian en la maleza haciendo gran ruido en la hojarasca; delante de mí se condensaba la sombra; me detuve, pues, y me senté sobre el borde de una roca en la cual el agua habia cavado un pozo siempre murmurante y lleno de espuma. Volviéndome, veia, á la extremidad del portillo oscuro por el cual habia penetrado en la selva, el fondo de una pequeña ensenada, en donde las ondas azules con franjas plateadas venian á morir sobre la arena de una blancura deslumbrante. Permanecí largas horas sobre la roca, miéntras que don

®Biblioteca Nacional de Colombia

Jorge dormia la siesta en la playa á la sombra de un *caracolí* de extensas ramas. *

Mi segunda visita fué para la ciudad de Portobelo, en donde el capitan Mouton, vestido con su ropa de fiesta, queria, decia él, comprar algunos sacos de cacao; en realidad iba sencillamente á requebrar á una *señorita*. En cuanto á mí, me apresuré á recorrer las calles de Portobelo para descubrir en ellas los vestigios de su esplendor de otro tiempo. Se reducian á muy poca cosa: miserables chozas cubiertas de cañas ó de hojas de palma han reemplazado las vastas construcciones españolas; aquí y allá se levantan algunos lienzos de pared habitados por las serpientes y los lagartos; los árboles han introducido sus raices en los bastiones de la fortaleza que dominaba la ciudad, y bien pronto no quedará piedra sobre piedra. La poblacion, compuesta de negros y mestizos en número como de ochocientos á novecientos, es asquerosa por sus harapos y su desaseo y pasea orgullosamente su indolencia á lo largo de la playa. Las mujeres son las únicas que trabajan: pilan el maiz ó asan los plátanos para las comidas de sus maridos y amos, llenan los sacos de cacao, conducen sobre las cabezas pesados cántaros de agua de que se proveen en una fuente distante. En lugar de la flotilla de galeones que

* *Anacardium caracolí*, árbol magnífico que tiene las dimensiones de nuestros castaños.

®Biblioteca Nacional de Colombia

se reunia en otro tiempo en el puerto, protegido por el cañon de las fortalezas, tres ó cuatro goletas armadas por un negociante de Jamaica, el judío Abraham, se balanceaban perezosamente sobre las ondas, no léjos de pequeños almacenes de depósito pertenecientes al mismo propietario. Cada 15 dias, el vapor inglés que hace el servicio de San Thomas á Aspinwall entra en el puerto, no para tomar ó dejar pasajeros, sino únicamente para renovar la provision de agua.

Antes de la construccion del camino de fierro del Istmo, el primer trazado designaba á Portobelo como punto de partida de la línea férrea. El comercio habria encontrado allí la inapreciable ventaja de un excelente puerto, y los ingenieros solamente habrian tenido que seguir el antiguo camino de los españoles, hoy simple sendero obstruido por la maleza. Despues, la insalubridad de Portobelo, mas espantosa aun que la de Aspinwall, modificó los planes de la compañía. En efecto, al este de la ciudad se extienden vastos pantanos á donde el agua dulce y el agua salada conducen con el flujo y reflujo plantas en descomposicion ; bosques de paletuvios crecen en el terreno movedizo á algunos pasos de las barracas, y las colinas que se levantan á la entrada del puerto, impiden que las brisas renueven el aire corrompido que pesa sobre la ciudad. Continuamente se forman encima de esta hon-

®Biblioteca Nacional de Colombia

donada, rara vez batida por los vientos, nubarrones que descienden en lluvias diarias. Puede decirse que la hoya de Portobelo es un cráter siempre humeante de vapores y miasmas.

El capitan no terminó hasta la caida del crepúsculo la importante compra de tres sacos de cacao, y las estrellas brillaban ya en el cielo cuando nuestra lancha tocó los flancos de la goleta. Arrullado con la esperanza de un sueño agradable que compensara el insomnio de la noche precedente, me apresuré á envolverme en una vela extendida sobre cubierta. Apénas habia cerrado los ojos cuando una fuerte lluvia me obligó á buscar un refugio en la bodega. Desde que la nube que nos habia obsequiado con ese baño desapareció, salí de nuevo de mi antro para agazaparme en un pliegue de la vela; pero otra nube vino bien pronto á descargarse sobre mi cabeza. Conocí que debia resignarme una vez mas á los tormentos del insomnio. Pasé la noche entera, ya arrojado del puente por las sucesivas lluvias y forzado á descender á la bodega de repugnantes olores, ya subiendo á la cubierta humedecida por la lluvia, tomando al vuelo por decirlo así algunos instantes de sueño fugitivo. Las voces extrañas que salian de las selvas vecinas, sobretodo los *chillidos* de una rana, que por sí sola hacia mas ruido que un perro campe-

®Biblioteca Nacional de Colombia

sino, contribuyeron particularmente á hacerme difícil el reposo.

Al apuntar el dia, el capitan hizo levar el ancla y largar las velas de *El Narciso*. Este, pésimo andador, no se apresuraba por salir de la garganta, tanto mas cuanto que los vientos, que soplan casi siempre en estos parajes de nordeste á sudoeste, rechazan hácia el puerto las embarcaciones que intentan dejarlo. Estuvimos bordeando toda la mañana, arrojados por el viento de uno á otro promontorio. Para continuar directamente nuestro camino, era necesario doblar la roca de Salmedina ó de Farallon-Sucio, que dirige hácia el este su torre escueta rodeada de negros arrecifes. Cuando ya nos alejábamos como una milla, una nueva bordada nos conducia siempre cerca de esta torre formidable, cuyos escollos aparecian y desaparecian sucesivamente como monstruos marinos que jugueteaban en las olas bramadoras. Una vez el viento se coló en las velas fuertemente en el momento en que el capitan acababa de pronunciar las palabras sacramentales: *Pára á virar! Vaya con Dios!* Y la goleta, dirigiéndose rápidamente y en línea recta hácia Salmedina, hendió las olas blanquecinas que se estrellaban en la base de la roca. El capitan, el marinero, el grumete y yo mismo nos esforzábamos inútilmente, apoyados contra la verga, para vencer la resistencia de la

®Biblioteca Nacional de Colombia

vela, miéntras que don Jorge, siempre placentero y sonriendo, dejaba vagar sus miradas por los aparejos de su goleta, que marchaba hácia una pérdida inevitable. Un enérgico juramento del capitan le hizo levantar sobresaltado: desde que él nos ayudó con su atlética fuerza, la verga cedió, y *El Narciso*, describiendo en torno de las rocas una gran curba, se dirigió hácia plena mar.

A medio dia habiamos en fin doblado el terrible promontorio, y seguimos á dos ó tres millas de distancia la costa que extiende de un extremo á otro del horizonte sus inmensas selvas, en las cuales no se presenta un solo claro. Las montañas cuya cadena uniforme y poco elevada se desarrolla de oeste á este, parecian mucho mas elevadas de lo que son en realidad, á causa sin duda del interpuesto velo de cálidos vapores que agrandaba extraordinariamente sus proporciones. Vimos presentarse, despues desaparecer unas tras otras, las puntas que esas montañas proyectan en el mar, Punta-Pescador, Punta-Escondida, Punta-Escribanos, todas semejantes por sus espesos bosques y circundados de mangles. El mar estaba tranquilo, la brisa inflaba apénas las velas de nuestra goleta, y ésta hendia pesadamente las ondas, cuya ligera espuma iba á perderse en torbellinos á los lados de la estela. Continuamos así nuestro curso marítimo todo el dia, y la noche nos sor-

®Biblioteca Nacional de Colombia

prendió ántes de que hubiésemos doblado el cabo de San Blas.

A la siguiente mañana, estábamos en medio del archipiélago de las Mulatas, cuyas islas "mas numerosas que los dias del año" están esparcidas en el mar en una gran extension. Nosotros contamos mas de sesenta en un horizonte extremamente reducido por la bruma, y á medida que avanzábamos, veiamos surgir otras nuevas del seno de las aguas tranquilas. Todas estas islas bajas que parecen reposar sobre la superficie de un lago como los jardines flotantes de Cachemira, están cubiertas de cocoteros cuyas semillas han sido conducidas allí por las olas desde que los españoles introdujeron este árbol en el continente de América. Algunos islotes son de tal manera pequeños, que sus cinco ó seis cocoteros de penacho encorbado los asemejan á grandes abanicos verdes desplegados sobre el agua trasparente. Otros, al contrario, ocupan una gran superficie, y las chozas de los indios se agrupan aquí y allá á la sombra de sus bosquecillos; pero todos son redondos ú ovalados. Un areonauta que por primera vez contemplase este archipiélago desde lo alto de su globo, no podria ménos de comparar las Mulatas á gigantescas hojas de nenúfar abiertas sobre la superficie apénas rizada de un pantano.

Cuando nuestra goleta pasaba cerca de

®Biblioteca Nacional de Colombia

un pueblecillo, una canoa hecha del tronco de un árbol, se destacaba de la ribera y se dirigia hácia nosotros, trayendo tres ó cuatro indios. Desde que los remeros llegaban al alcance de la voz, levantaban en el aire sus remos para testificar sus intenciones pacíficas, y nos enviaban salutaciones en mal español; en seguida, despues de haber asegurado su canoa al costado de la goleta, saltaban al puente, reian para animarnos y disponernos en su favor, y nos ofrecian con voz cariñosa sus sacos de cacao, sus plátanos, ó encantadores *pericos* verdes, anidados en *calabazos*, que se picoteaban y pelliscaban de la manera mas linda del mundo. En cambio aceptaban géneros de algodon, madejas de lana y monedas americanas. Estos indígenas pertenecen á la tribu de los indios de San Blas, son de pequeña estatura, fuertes, rechonchos, gruesos; tienen las mejillas rollizas, los pómulos salientes, el cabello negro y lustroso, los ojos penetrantes, frecuentemente untados de grasa al rededor, la tez color de bronce, pero mas blanca que la de la mayor parte de los indios del continente. Conservan hasta una edad muy avanzada el aire de niños burlones, y la felicidad de la vida brilla en sus miradas. Al ver sus encantadoras islas esparcidas en el mar, sus cabañas escondidas en los bosques de cocoteros, uno se pregunta si convendria desear que los america-

®Biblioteca Nacional de Colombia

nos ó los ingleses, obreros del comercio, vinieran pronto á explotar esas selvas de palmeras para quebrantar su nuez, reducirla á *koprah*, * y exprimirle el aceite. ¿ El imperio de Mammon, bastante extenso ya, debe aumentarse con estas islas afortunadas, á fin de que nuevas mercancías se amontonen en los muelles de Liverpool y que los cofres de los armadores de Nueva York se llenen mas aún ?

Estas poblaciones son felices: el comercio, tal como hoy se comprende, ¿no podria darles, en cambio de la paz, otra cosa que una servidumbre encubierta, la miseria y los goces salvajes bebidos en el aguardiente? La bella palabra civilizacion ha servido frecuentemente de pretexto para el exterminio mas ó ménos rápido de tribus enteras. ¡Esperemos para arrastrar á éstas en el gran movimiento comercial de los pueblos, á que podamos llevarles en nuestras naves, con mayor felicidad, la justicia y la verdadera libertad !

De buena voluntad habria seguido á los indios de las Mulatas y héchome, al ménos por algunas horas, ciudadano de su república ; habria querido interrogar á los ancianos sentados á las puertas de las cabañas, ver á las mujeres ocupadas en los trabajos domésticos, asistir de léjos á los juegos de los niños que enteramente desnudos

* Pedazo de nuez pilada y despojada de la corteza.

®Biblioteca Nacional de Colombia

se revolcaban en la arena de la playa; pero don Jorge, siempre ocupado en su pesca, me suplicó que dejara continuar su rumbo á la embarcacion con la esperanza de que numerosos peces se dejaran seducir por el cebo que jugueteaba en la estela. No me quedó, pues, otro recurso, que contemplar tristemente esas islas á medida que desaparecian una tras otra. En fin nos deslizamos lentamente al lado de la última; por largo tiempo vimos elevarse las palmeras sobre la superficie de las aguas, semejantes á una bandada de aves gigantescas; en seguida se desvanecieron poco á poco, y nos encontramos en plena mar Caribe.

La travesía del archipiélago de las Mulatas á Cartagena duró ocho dias, es decir, que nuestra goleta, mucho ménos rápida que una tortuga de mar, avanzaba como una milla por hora, á pesar de que teniamos la corriente y frecuentemente los vientos en nuestro favor; pero *El Narciso* era de forma tan pesada, sus miembros todos estaban tan dislocados, que apénas marchaba mas aprisa que una de esas producciones marítimas arrastradas por las olas. En sus viajes de regreso, emplea á veces mas de tres semanas para llegar á Aspinwall, porque entónces tiene que vencer la resistencia de los remolinos que se forman en el golfo de Urabá por la gran corriente ecuatorial, cuyas aguas vienen á

®Biblioteca Nacional de Colombia

estrellarse contra las costas de la América central, y rebotan á derecha é izquierda siguiendo las costas. En cualquiera otro mar, expuesto á bruscos cambios de viento y á violentas ráfagas, *El Narciso* no habria podido emprender un solo viaje sin correr el riesgo de zozobrar. Felizmente ni en el seno del golfo de Urabá, ni en las demas costas de la Nueva Granada hay tempestades jamas. Los huracanes, que producen frecuentemente efectos tan desastrosos en las pequeñas y grandes Antillas, tienen siempre su orígen á la entrada del mar Caribe, mas arriba de la gran corriente ecuatorial, y desarrollando su inmenso torbellino que se agranda sin cesar, van á morir en las costas de los Estados Unidos ó en los bancos de Terra-Nova, despues de haber removido las ondas, despedazado las naves, pulverizado las ciudades y los campos; pero en su curso terrible jamas desfloran siquiera los mares felices de la república granadina. Allá, todas las olas, conmovidas poco á poco por las tempestades de otros climas, se desenrollan con la regularidad de las ondulaciones que la caida de una piedra produce en un lago. Enormes y prolongándose paralelamente de un horizonte al otro, marchan impelidas por el soplo siempre igual de la brisa, y levantan silenciosamente las naves sin quebrarse en sus flancos. Del fondo de los extensos valles que las separan, saltan

®Biblioteca Nacional de Colombia

por millares peces alados que semejantes á los pájaros en los surcos de un campo, atraviesan de un solo salto las crestas de las olas, y van á caer mas allá en el agua trasparente.

El sétimo dia *El Narciso* llegó al archipiélago de San Bernardo, cuyas islas, casi todas bajas y cubiertas de bosques como las de las Mulatas, cubren el mar al norte del golfo Morrosquillo. La goleta se abrió pesadamente una via al traves de este dédalo de islas que proyectan en los estrechos, peligrosos bancos de arena, y despues de haber seguido durante toda la mañana la costa de la Nueva Granada, vino á echar el ancla en una pequeña ensenada de la isla Barú, no léjos de Bocachica, la entrada de la bahía de Cartagena. El capitan no confiaba suficientemente en su habilidad para atreverse á guiar su resabiada goleta por entre los escollos del paso ; por lo que á mí toca no pude ménos de celebrar la resolucion de esperar hasta el dia siguiente para ver mejor las ruinas de esta otra Sebastopol, tan formidable en tiempo de la dominacion española.

III

CARTAGENA DE INDIAS—LA POPA—LA FIESTA.

Al salir el sol, *El Narciso* entraba, viento en popa, en el canal de Bocachica, apénas de unas pocas brazas de ancho, y sinembar-

®Biblioteca Nacional de Colombia

go bastante profundo para admitir los mayores navíos de guerra. De cada lado se distinguen las rocas agudas esparcidas en el fondo del agua argentada; á medida que se avanza, la cintura de arrecifes se estrecha al rededor del tortuoso canal, mostrándose los escollos en todas direcciones; es imposible no estremecerse al pasar cerca de ellos. A algunos metros de distancia, sobre la izquierda, al pié de un promontorio de la isla de Tierra-Bomba, se levantan las blancas murallas de un fuerte, cubierto hoy de arbustos y espinos; á la derecha, sobre un islote de rocas amarillentas, rodeado de arrecifes, una ciudadela minada por las olas despliega por encima de los escollos la larga línea de sus bastiones con las troneras vacías; á lo léjos, á la extremidad de la isla Barú, toda verde de mangles, se presentan las ruinas de otro fuerte igualmente vasto. Tal era la primera línea de fortificaciones que protegia la entrada del puerto de Cartagena. En el último siglo fué forzada por el almirante Vernon, á quien, mejor defendida, habria podido oponer una resistencia invencible. Es verdad que este almirante fracasó ante la segunda línea de fortificaciones, y que siete mil ingleses pagaron con su vida esta tentativa audaz.

Despues de haber bordeado durante algunos minutos, entramos en la rada de Cartagena, cuyas aguas tranquilas tienen una

®Biblioteca Nacional de Colombia

superficie de 18 millas cuadradas. Completamente resguardada hácia el lado del mar, al sur, por la isla de Barú, al oeste, por la isla de Tierra-Bomba y por arrecifes y bancos de arena; al norte, por el archipiélago sobre el cual está construida la ciudad de Cartagena; esta rada se desarrolla en un magnífico semicírculo que penetra mucho en el interior de la costa. Podria contener flotas enteras; pero allí no habia sino miserables canoas. Sobre las colinas, en donde esperaba distinguir algunas huellas del trabajo del hombre, solamente divisé malezas interrumpidas aquí y allá por claros de tierra roja y estéril; dos ó tres pueblecillos de indios agrupan en desórden sobre los bordes del agua sus techos cubiertos de hojas. En fin, *El Narciso* dobló la punta oriental de Tierra-Bomba, sobre la cual están construidas las cabañas de Loro, pueblo habitado por pobres leprosos solamente, y á nuestros ojos apareció de repente la antigua ciudad, que en tiempos pasados se nombró con orgullo la *Reina de las Indias*.

Magníficamente sentada en las islas que por un lado miran á la alta mar y por el otro á la reunion de las lagunas interiores, que forman el puerto, rodeada de un cinturon de cocoteros, Cartagena parece dormir allí, ay! y duerme demasiado, á la sombra de la Popa, colina abierta que la domina al este. Dos grandes iglesias cuyas naves y

®Biblioteca Nacional de Colombia

campanarios son mucho mas elevados que el resto de la ciudad, se miran una á otra, como dos leones echados, y la larga línea de murallas se extiende, hasta perderse de vista, al rededor del puerto y sobre las riberas del mar. De cerca la escena cambia: las plantas parásitas entapizan las murallas, en las cuales se pasean muy raros centinelas; grandes piedras que se han desprendido de las almenas forman arrecifes contra los cuales vienen á estrellarse las olas; algunos restos de embarcaciones se pudren en la playa del puerto, en el cual flota una que otra goleta; á traves de las ventanas de los grandes edificios, cuyos techos se han desfondado, se alcanzan á ver las nubes ó el azul del cielo. El conjunto de esta ciudad medio arruinada forma un cuadro admirable y doloroso á la vez, y no pude ménos que experimentar un sentimiento profundo de dolor al contemplar esos tristes restos de un esplendor pasado.

El marinero dejó rodar el ancla del *Narciso*, y descendí á la lancha con el capitan. En cuanto á don Jorge, no se levantó siquiera para mirar la ciudad. La colocacion de su cargamento de cacao lo inquietaba muy poco, su sola preocupacion del momento era permanecer á la sombra precaria del palo mayor para continuar su siesta principiada, sin correr el riesgo de sentirse bruscamente despertado por los rayos ar-

®Biblioteca Nacional de Colombia

dientes del sol; tuvo, sinembargo, fuerza para dirigirme una semicortesía en señal de despedida, despues se volvió de medio lado y se durmió.

Unos pocos golpes de remo bastaron para que llegáramos á las gradas de piedra de la base de la muralla, y penetré inmediatamente en la ciudad por una poterna practicada en la misma muralla. La primera escena de que fuí testigo al poner el pié en las calles de Cartagena, redobló la tristeza que me habia inspirado la vista de sus ruinosos edificios. En una plaza rodeada de casas ennegrecidas y de elevadas arcadas, dos hombres de cabellos lisos, de mirada feroz, tez de color indeciso, se habian agarrado de los girones de sus *ruanas*, * desenvainaron, vociferando, sus terribles *machetes*, † y procuraban herirse con ellos. A su rededor se agitaba confusamente una multitud ébria y sucia; los unos gritaban con furor: *Mátalo! Mátalo!* los otros hacian desviar los golpes de machete, deteniendo los brazos de los combatientes. Durante algunos minutos, vi pasar forcejeando ese torbellino de hombres por encima de los cuales se levantaban y bajaban sucesivamente las lucientes hojas de los sables. Al

* Traje análogo al *poncho* mejicano: esto es, un cobertor con una abertura en el centro para que éntre por ella la cabeza.

† Sable encorbado.

®Biblioteca Nacional de Colombia

fin, se logró separar á los dos lidiadores, que seguidos de sus partidarios, se fueron, cada uno por su lado, á una *tienda*, * donde unos y otros se entregaron, botella en mano, á todos los demonios del infierno. Las mujeres que habian salido á las ventanas para ver la riña, se retiraron á sus habitaciones y la multitud de espectadores reunida bajo las arcadas se dispersó. Pregunté la causa del tumulto: *Son las fiestas!* me respondieron encogiéndose de hombros.

Cuando una ciudad está en decadencia, puede decirse que sus habitantes participan tambien del deterioro de las cosas. Todo envejece á la vez, hombres y edificios; los metéoros y las enfermedades trabajan de consuno en su obra. Por las calles, que limitan á lo léjos la masa sombría de las murallas y en que se ven conventos llenos de grietas, y elevadas iglesias de oblicuas paredes, pasaban cojos, tuertos, leprosos, enfermos de todas clases; jamas habia visto tantos mendigos reunidos. Ciertas encrucijadas me presentaban el aspecto de una *cour des miracles*. † Cuando el comercio ó la industria abandonan á una ciudad, gran parte de sus habitantes quedan sin colocacion y pri-

* Taberna, venta de vino y aguardiente.

† Nombre que se daba en Paris, en la edad média, á muchas callejuelas y otros lugares habitados por pillos de profesion y por rateros.

N. DEL T.

©Biblioteca Nacional de Colombia

vados de trabajo en la vida, se agitan durante algun tiempo en busca de nuevas ocupaciones; despues concluyen por entregarse al vicio y se embrutecen tanto física como moralmente. Tal es la desgracia que ha herido á la noble Cartagena de Indias. Pensé entónces involuntariamente en esos puertos en que durante las horas de la marea retozan las olas entre las naves con velas desplegadas; en que circulan incesantemente las embarcaciones conduciendo alegres marineros, y en que todo presenta un cuadro lleno de animacion y de vida; pero viene la baja marea y solamente queda el fétido fango en que hormiguean los gusanos en busca de asquerosos despojos.

Hace doscientos años, Cartagena servia de depósito al comercio de las islas Filipinas y del Perú, y monopolizaba enteramente el de la América central y Nueva Granada. Entónces todo gran puerto mercante debia ser al mismo tiempo un puerto de guerra, especialmente en un mar como el Caribe, que en cada ola llevaba un pirata. De todos los puntos de la costa por donde pudieran exportarse para Europa los productos de la hoya del Magdalena, uno por excelencia, Cartagena, presentaba facilidades para la defensa, y por esta razon, el gobierno español le habia dado el monopolio de los cambios en una longitud de 3,000 kilómetros de ribera. Despues las cosas cambiaron,

®Biblioteca Nacional de Colombia

las colonias españolas se independizaron de la madre patria, puertos libres se abrieron al comercio del mundo en todas las costas del mar Caribe y del golfo de Méjico; la paz llegó á ser el estado normal de las naciones y ha sido permitido cambiar las mercaderías en otras partes mejor que bajo la boca de los cañones. Tambien la prosperidad facticia de Cartagena, que reposaba en el monopolio, se desvaneció con la libertad; la poblacion, cada vez mas miserable, disminuyó como dos tercios y al presente no alcanza ni á la cifra de diez mil almas. Hace algunos años que el Congreso granadino, con el laudable deseo de hacer revivir el comercio de la ciudad caida, expidió una ley exceptuando del pago de los derechos de aduana á las mercaderías que se importaran á Cartagena. * El Gobierno ha restablecido pues el monopolio bajo una forma disfrazada, porque en todos los otros puertos de la República los derechos se elevan por término medio al 25 por 100. Los defensores de la ley sostenian que era necesario dar esta recompensa á la hija primogénita de la libertad, á la ciudad que sacudió primero el yugo de la España; pero en nombre de la libertad, ¿no habria sido mas justo mantener á todos los puertos en el derecho comun y rebajar uniformemente las tarifas de importacion? No es sobre el privilegio

* Esta ley fué derogada posteriormente—N. del T.

®Biblioteca Nacional de Colombia

que Cartagena podrá fundar jamas una prosperidad séria.

Sinembargo, es seguro que la antigua reina de las Indias se levantará de sus ruinas, porque su posicion geográfica es admirable. Sentada en las riberas de un mar sin tempestades, situada poco mas ó ménos á igual distancia del golfo del Darien, en que desemboca el Atrato, y del rio Magdalena, servirá necesariamente temprano ó tarde de intermediaria comercial entre las hoyas de estos dos poderosos rios; solamente está separada de Aspinwall y de otros puertos del Istmo por la anchura de un golfo estrecho, y puede comunicarse con esos diversos puntos mas rápidamente que todas las otras ciudades de la República; su rada es una de las mas bellas del mundo entero, y muy fácilmente podrian cavarse en ella diques flotantes ó de carena, necesarios hoy en todos los grandes puertos comerciales. La entrada de Bocachica es demasiado estrecha quizás; pero ¿porqué no se limpia Bocagrande, ancho brazo de mar, que separa de la isla Tierra-Bomba la punta arenosa de Cartagena? Antes de 1760, época en la cual el gobierno español, en guerra con los ingleses, hizo obstruir ese estrecho con piedras y arena, presentaba un canal suficientemente profundo para los mas grandes navíos. Que se abra nuevamente para ahorrar á las embarcaciones el rodeo y los peligros

®Biblioteca Nacional de Colombia

de la entrada por Bocachica, y Cartagena tendrá, por su posicion comercial, pocos rivales en el mundo.

A la ventaja de poseer un admirable puerto de mar, Cartagena reune la de poder adquirir, cuando quiera, un excelente puerto fluvial. Un antiguo brazo del Magdalena que se destaca de este rio cerca del pueblo de Calamar, 150 kilómetros arriba de su embocadura, buscaba en otros tiempos una via mas corta hácia el mar, y se derramaba en la rada misma de Cartagena en el pueblecillo Pasacaballos. Muchas compañías, y entre ellas una anglo-americana, se han formado sucesivamente para anchar y profundizar este canal ó *dique*, en parte extinguido. Ya han penetrado por esta via al rio Magdalena pequeños vapores; falta de dinero, la empresa no ha podido llevarse á buen fin; pero no es posible que dejen de hacerse nuevos esfuerzos temprano ó tarde; entónces la arteria central de la República granadina estará en comunicacion constante con el mejor puerto de las costas. A recursos naturales de esta especie deben apelar los ciudadanos enérgicos para levantar á la ciudad de su postracion y poderle dar el título de capital, sin ironía ó sin ridícula vanidad. Desde que la Nueva Granada se constituyó en República federal, Cartagena ha sido el asiento del gobierno del Estado de Bolívar, de una extension igual á la de

®Biblioteca Nacional de Colombia

diez departamentos franceses; pero la preponderancia política de la nueva capital no le asegurará sino una vida facticia, si el comercio y la industria no se levantan al mismo tiempo.

La catedral es el principal edificio de Cartagena; pero solamente presenta restos de su antiguo esplendor. Su alta y amenazante torre está negra y llena de grietas como las torrecillas de un castillo fuerte de Europa; las lápidas que forman el pavimento de la nave se hallan desunidas y las inscripciones borradas. Solamente el púlpito, enchapado de mosaicos de mármol y decorado con figuras de marfil, está aún perfectamente conservado. Esta obra de un escultor italiano, presenta encantadores detalles: es uno de los muy raros objetos de arte que se encuentran en el Nuevo Mundo. Yo que venia de los Estados Unidos, ese pais en que por amor al arte blanquean los árboles hasta la altura de un hombre, no podia mostrarme descontento, y me sentí verdaderamente conmovido á la vista de esas encantadoras figuras.

Lo mismo que la catedral, los otros edificios públicos de Cartagena, conventos, hospitales, iglesias, son espaciosos, y su extension ocupa gran parte de la ciudad; pero esos edificios se están desplomando y, como todas las ruinas, ganan con ser vistas desde léjos. Su majestuosa belleza depende en

®Biblioteca Nacional de Colombia

gran parte de la armonía de los contornos y el paisaje que los rodea con sus ondas y sus playas ; con el cielo que los cubre con su bóveda infinita. Por esto, me apresuré á subir á las murallas, desde donde podia contemplar al mismo tiempo el mar y ver la ciudad bajo su aspecto mas pintoresco. Las murallas poco elevadas y de muchos metros de anchura, ofrecen un bello paseo al rededor de la ciudad, embaldosado con grandes losas de piedra. Están tan sólidas hoy como cuando fueron colocadas, y el mar, que mina lentamente la base, apénas ha arrancado algunos pedazos ; pero los cañones que asomaban sus bocas por las troneras han desaparecido.

El Gobierno de la Nueva Granada, débil hoy para defender sériamente sus puertos de mar, ha tenido el buen sentido de vender la pólvora y los cañones de Cartagena á un industrial yankee por la suma de 120,000 pesos, quien hizo cortar en pedazos las cureñas para distribuirlas como leña á los pobres. Ójalá todos los pueblos del mundo tomasen una medida semejante ! Cuando las naciones cesen de combatir entre sí y formen una perpetua alianza, la República granadina podrá reclamar el honor de haber sido la primera en licenciar su ejército y demoler sus fortalezas.

Despues de haber dado la vuelta á la ciudad me dirigí hácia la Popa, cuya masa escueta domina el pequeño archipiélago de

®Biblioteca Nacional de Colombia

Cartagena. Abríme paso al traves de los grupos de indios, mestizos y negros que estaban estacionados frente á las *tiendas* en honor de las fiestas; y siguiendo una recua de mulas, ufanas por llevar sus monturas vacías y sus gualdrapas rojas, llegué en pocos minutos á la cima de la Popa. A mis piés se levantaban las torres, las altas murallas, los terraplenes de la ciudadela, cubiertos de árboles y semejantes á jardines suspendidos; á traves de las palmas de los cocoteros que guarnecen los contornos de esos terraplenes, se divisaba el agua tranquila del puerto y de los canales; mas allá, la ciudad aprisionada en sus murallas macisas levantaba los campanarios y las fachadas de sus conventos arruinados, y se destacaba negra sobre el vasto semicírculo del mar, resplandeciente con los rayos del sol de ocaso.

Las islas y el continente presentaban el contraste mas marcado: por un lado, los islotes esparcidos en medio de la rada parecian selvas flotantes desprendidas de un paraíso terrestre; del otro lado se extendia una cadena de colinas rojizas, desnudas de esa vigorosa vegetacion que da á la naturaleza tropical tan maravillosa grandeza; podia decirse que el largo rastro de espuma que orla la costa separaba dos zonas.

Era de noche cuando llegué á la plaza mayor de Cartagena. El palacio de la *Go-*

®Biblioteca Nacional de Colombia

IV.

EL CAPITAN DE PAPELES.—SABANILLA.—EL BONGO.—BARRANQUILLA.

Yo sabia que todo viajero que desembarca en Cartagena, debe destinar algun tiempo á visitar el pueblo de indígenas llamado Turbaco y el célebre volcan de cieno que describió Humboldt. Y, aunque mis huéspedes, alemanes que habiaban todas las lenguas, me daban muy buenas razones para prolongar mi permanencia en la *Fonda de Calamar*, habia oido decir que una excelente goleta se disponia á partir para Sabanilla, y resolví aprovechar esta ocasion, que segun todas las probabilidades no se volveria á presentar en mucho tiempo. Al amanecer, tomé una lancha é hice remar vigorosamente hácia *La Sirio*, cuyo elegante casco se balanceaba en medio del puerto. Contraté inmediatamente mi pasaje y el práctico del puerto que se solazaba en la orilla, retardando así la marcha, obedeció ál llamamiento de la bocina, y vino á bordo; fué levada el ancla, las velas desaferradas, y la goleta dobló el cabo hácia Boca-Chica. En ménos de una hora *La Sirio* estaba en el canal; el piloto, de pié en la cubierta, daba sus órdenes con prontitud; y los marineros prontos á obedecerle, se suspendian de las cuerdas; á cada bordada la proa casi rozaba las rocas; pero al impulso del timon

®Biblioteca Nacional de Colombia

y de la vela, se volvia bruscamente y se dirigia en sentido inverso. En fin, la goleta pasó la cadena de arrecifes, fué puesta al pairo y dos marineros, echando la lancha al agua, condujeron á tierra al práctico.

La Sirio habia sido construida en Curazao, tenia un andar aventajado y hendia admirablemente las olas. En pocos minutos, dejamos á nuestra espalda la escarpada ribera de Tierra-Bomba y el terrible escollo Salmedina; despues, costeando la lengua de tierra arenosa que protege al oeste el puerto de Cartagena, volvimos á ver la ciudad como levantada sobre un pedestal, por encima de la larga línea de sus murallas; luego nos alejamos poco á poco y al fin desapareció tras el alto promontorio de Punta-Canoa. Mas allá de este cabo divisamos vagamente las islas de la Venta y de Arepa, en seguida se presentó ante nosotros la abierta península de Galera-Zamba. Despues de haberla doblado, *La Sirio* no tenia que hacer sino dirigirse en línea recta hácia la entrada del puerto de Sabanilla.

La rapidez de la marcha, y la bella apariencia de la goleta, pusieron de buen humor al capitan Janssen, y mas de una vez hizo circular entre sus marineros la botella de *chicha*. * El señor Janssen, cosmopoli-

* Aguardiente fabricado con el jugo de la caña fermentado.—N. del A.

El aguardiente es una bebida que por destilacion

®Biblioteca Nacional de Colombia

ta, reunia en sus venas la sangre de todas las razas que se han establecido en las Antillas, y era un hombre bien diferente de don Jorge. Lo mismo que él consideraba á los marineros y los trataba como á iguales; pero no se contentaba con gozar de la vida tal cual el destino se la presentaba; trabajaba constantemente y no tenia ni un momento de reposo. Aunque navegaba en unas costas que frecuentemente habia recorrido, no cesaba de consultar la brújula, de estudiar el rumbo en las cartas marinas, y anotar sus observaciones. Cuando yo le preguntaba algo, me respondia con voz precisa y segura. Al ver su frente recta, sus cejas fruncidas, su boca resuelta, no podia dudarse de que tuviese tanta energía como sus antepasados, los piratas del mar de las Antillas, y al mismo tiempo mas inteligencia que ellos.

Al lado del señor Janssen, parecia agonizar un jóven cruelmente atormentado por el mareo. Me senté cerca de la almohada en que tenia apoyada la cabeza, y creyendo que era pasajero como yo, le interrogué sobre el objeto de su viaje.

—*Soy el capitan*, me dijo, con débil voz.

se saca del jugo de la caña, y es seguro que esta fué la que se distribuyó á los marineros; pero si en realidad se le dió la bebida fermentada que se fabrica del mismo jugo, esta es conocida en nuestras costas con el nombre de *guarapo*.—N. DEL T.

®Biblioteca Nacional de Colombia

—Cómo! y el que está consultando la brújula en este momento no es el capitan?

—*Sí, pero yo soy el capitan de papeles.*

Y me mostró un certificado sellado y rubricado, que le daba en efecto este título. No sé porqué ficcion legal estaba obligado á meterse á bordo de una goleta, en que á pesar de haber pasado muchos años, sufria constantemente el martirio del mareo, y en donde su título oficial no le daba ni el derecho de hacer soltar una cuerda. El pobre cautivo era ciertamente digno de lástima. De tiempo en tiempo volvia melancólicamente los ojos hácia dos *titíes* que subian y bajaban por los aparejos; pero ni los saltos mas alegres de los dos monos lograban desarrugar su fisonomía triste y enjuta. Solamente durante la comida sonreia ligeramente, viendo á los animalitos saltar al rededor de los platos, apoderarse de las tazas de café hirviente, cubrirse con ellas la cabeza para absorber mas pronto el líquido, y despues echarse á rodar dando gritos lamentables.

Despues de ocho horas de travesía llegamos frente á la ancha embocadura llamada Boca-Ceniza * en que desagua el brazo principal del rio Magdalena, y la que obstruyen numerosos bajíos cubiertos de mangles. El capitan se apoderó del timon, hizo girar

* Nombrada así á causa de los montones de arena fina que allí se forman.

®Biblioteca Nacional de Colombia

rápidamente la goleta por entre bancos de arena y la introdujo en un canal cuya agua verdosa y cubierta de despojos vegetales permitia con todo divisar el fondo á tres ó cuatro metros de profundidad. Enfrente de nosotros, entre una isla de paletuvios y las escarpaduras de la costa, se extendia una gran laguna en que reposaban muchas embarcaciones ancladas : era el puerto de Sabanilla. Sabiendo que este puerto es el que exporta al extranjero casi todos los productos de la agricultura y de la industria granadinas, buscaba con la vista la ciudad y sus edificios; pero no veia sino una casa blanca recien construida para el servicio de la Aduana y en la cual nadie habitaba. Despues me hicieron notar al borde del agua una larga hilera de chozas cubiertas de hoja de palma, y que se confundian de léjos con el terreno rojizo sobre el cual están construidas ; tal era la ciudad floreciente cuyo puerto ha sido el heredero del comercio de Cartagena de Indias.

Como no estaba acostumbrado á esta clase de viviendas, me estremecí al ver esas chozas miserables. Trataba de escoger desde léjos, entre esas mezquinas habitaciones, aquella en que pudiera hacerme dar, de grado ó por fuerza, la mejor hospitalidad posible. Mi eleccion recayó en una choza mas grande que las demas y notable por el cobertizo exterior sobre que reposa-

®Biblioteca Nacional de Colombia

ba el techo de hojas. Pertenecia, me dijeron, al señor Hasselbrinck, cónsul de Prusia, el único extranjero que reside en Sabanilla. Apénas desembarqué en uno de los pequeños muelles de madera que han sido construidos delante del pueblecillo, indiqué la casa del cónsul al negro que se encargó de mi equipaje, y le seguí sin inconveniente y sin detenerme ante el puesto de los guardas, que sin duda dormitaban en sus hamacas. En la playa se paseaba un venerable anciano, cuyas facciones tudescas me indicaron ser el cónsul de Prusia. Me dirigí con desenfado hácia su casa, en la cual entré resueltamente, y recibí en seguida en el dintel mismo de su puerta al sorprendido propietario á quien supliqué en su lengua nativa que se dignase excusar mi atrevimiento. Las pocas palabras alemanas que le dirigí, bastaron para decidirlo en mi favor hasta el punto de que tomase á la vez mis dos manos y me diese una cordial bienvenida, con estas palabras: *Mi casa está á la disposicion de usted.* Durante las primeras horas de la noche, me abrumó á cumplimientos, me dió con la mayor amabilidad los informes que le pedí, y en cambio me hizo numerosas preguntas sobre Europa, de la que se habia ausentado desde el año de gracia de 1829, pero á tiempo aún para haber ido de Stockport á Portarlington por el único camino

®Biblioteca Nacional de Colombia

de fierro de locomotivas que existia entónces en Europa. El pobre anciano se admiraba aún al recuerdo de ese viaje, y decia que podia morir en paz porque habia visto ese triunfo de la civilizacion moderna. Cuando llegó la hora de dormir, hizo colocar inmediatas dos camas de tijera, á fin de poder prolongar la conversacion, y oirme hablar de los progresos cumplidos en Europa y América desde 1830. Al dia siguiente por la mañana, se ocupó él mismo de procurarme una embarcacion para Barranquilla, y me despedí de él, provisto de una carta de introduccion para su hijo, agente de la compañía inglesa de navegacion por vapor en el rio Magdalena.

El pueblecillo de Sabanilla existe únicamente por su proximidad á la embocadura principal del rio, con el cual comunica su puerto por los pantanos del delta. No teniendo la barra mas de un metro de profundidad, todas las producciones de las provincias ribereñas, el tabaco, la corteza de quina, el café, deben depositarse arriba de la embocadura en los almacenes de Barranquilla, para ser transportados de allí trabajosamente por estrechos canales hasta el puerto de Sabanilla, donde se vuelven á cargar á bordo de embarcaciones que calen ménos de cuatro metros de agua. Cuando la República neo-granadina sea mas rica y emprendedora y se ocupe de la mejora de

®Biblioteca Nacional de Colombia

este puerto, tendrá que hacer ejecutar en él grandes obras, porque las arenas de una boca del rio Magdalena llamada Boca-Culebra, se acumulan á la entrada, y, por el impulso de las brisas y de las olas, avanzan continuamente hácia el oeste. Seria relativamente mas fácil construir un ferrocarril entre Barranquilla y Sabanilla, ó, mejor aún, utilizar las bocas pantanosas del rio, excavando un canal con la profundidad necesaria para permitir que pasando por él los mayores vapores del Magdalena fueran á atracar al lado de las naves marítimas en la rada misma; pero es probable que los negociantes de Barranquilla retarden por mucho tiempo la ejecucion de este proyecto que los privaria de los beneficios que les produce el trasborde de las mercaderías. *

La embarcacion que me facilitó el señor Hasselbrinck era un gran *bongo*, especie de chalana de tablones mal igualados y cubierto desde la proa hasta cerca de la popa. Cuatro *zambos* † atléticos y medio desnu-

* En 1867 se concedió un privilegio para la construccion de un ferrocarril entre Barranquilla y Sabanilla; en Inglaterra se formó una compañía para llevarlo á cabo; los ingenieros levantaron los planos y los trabajos de la vía se principiaron; pero repentinamente fueron suspendidos estos, sin que se sepa la verdadera causa, y si volverán á emprenderse.
N. DEL T.

† El nombre de *zambo* no debiera emplearse mas que para los hombres de color salidos de negros y mulatos; pero en la Nueva Granada se aplica indis-

®Biblioteca Nacional de Colombia

dos, dos de cada lado, se mantienen de pié sobre la cubierta, volviendo la espalda á la proa, y apoyan en el pecho izquierdo lleno de callosidades, sus largas *palancas*, cuyo otro extremo va á buscar punto de apoyo en el fondo del agua. Desde que con una palmada se dió la señal de marcha, se apoyaron con todo su peso en las *palancas*, y dando mesuradamente el grito de *Jesus! Jesus!* se lanzaron con paso gimnástico de la proa á la popa del bongo, despues volvieron lentamente hácia la primera repitiendo siempre *Jesus! Jesus!* y dieron un nuevo empuje. Impulsado por estos cuatro pechos vigorosos, el pesado bongo hendia rápidamente el agua verdosa del puerto, y en pocos instantes vimos desaparecer las cabañas de Sabanilla y el muelle desde donde mi huésped me enviaba sus saludos.

Vogamos así durante mas de una hora por una bahía de agua salada cuyas riberas recibian sombra de pequeños mangles, que de léjos se parecian á nuestros sauces de Europa. Despues de haber pasado las miserables cabañas llamadas Playon-Grande, el bongo dejó de costear la ribera de la bahía, dió una vuelta repentina hácia el norte, y el paisaje cambió bruscamente de aspecto. Estábamos en las aguas amarillen-

tintamente este nombre á todos los hombres de color negro ó de sangre mezclada.

®Biblioteca Nacional de Colombia

tas de los pantanos, á la entrada de Caño-Hondo. *

Gigantescas plantas acuáticas lanzaban al rededor nuestro sus tallos oprimidos que terminaban en ombelas, en plumeros, en penachos; casi por todas partes la superficie del agua estaba oculta por grandes hojas de todas formas y colores, que desaparecian bajo las flores que venian á abrirse encima de ellas; muchas capas de vegetacion se amontonaban unas sobre otras, y en la estrecha estela que detras de sí dejaba el bongo, el agua espesa cubierta por abundantes plantas flotantes, aparecia toda sembrada de vástagos vegetales. Aves acuáticas revoloteaban por bandadas en medio de las plantas, y á lo léjos se extendia el horizonte circundado de grandes árboles.

En ese pantano sobre el cual pesaba una atmósfera ardiente y fétida, los zambos se detuvieron para almorzar. Sacaron de una mochila algunas *yucas* † asadas en la ceniza, restos de pescados y una botella de chicha, y, haciéndolo circular todo, me invitaron generosamente á participar de su frugal comida. Acepté, pero confieso que el apetito me abandonó repentinamente cuando ví á uno de mis anfitriones remover con

* Los *caños*, en todo semejantes á los *bayons* de la Luisiana, son los canales de agua estancada que comunican los brazos de un rio con el mar.

† *Yuca*, raiz *jatropha manihof*.

®Biblioteca Nacional de Colombia

el cabo de su palanca los peces muertos que sobrenadaban en gran número en la estela; desechar con desden aquellos cuya cabeza estaba ya manchada de líneas amarillas, pescar los otros por medio de un pequeño harpon, y guardarlos cuidadosamente para la comida.

Terminado el festin, los zambos se apoyaron nuevamente en sus palancas, y volviendo á principiar su cantinela, lograron abrirle paso al bongo á traves de las plantas acuáticas de todas especies que obstruian la entrada de Caño-Hondo. Este canal, que se extiende en línea recta bajo la selva, como una ancha avenida, tiene mas de seis metros de profundidad; las palancas apénas alcanzaban al fondo; felizmente el agua, agitada al empuje de la lejana marea, tenia una ligera corriente y empujaba el bongo hácia adelante. Los grandes árboles unian sus ramas frondosas encima de nuestras cabezas; y prolongados bejucos verdes, suspendidos de las ramas, calaban en el agua de la corriente y se balanceaban muellemente á merced de cada remolino; plantas, hojas y flores detenidas por las raices de los árboles en los bordes del *caño*, oscilaban lentamente como islas floridas. Los buitres, posados sobre los troncos podridos, nos miraban pasar, fijando en nosotros sus ojos desdeñosos. Hácia la proa del bongo se veian las formas musculosas

®Biblioteca Nacional de Colombia

de los cuatro atletas, delineadas en el verde sombrío de la selva. De vez en cuando un rayo de sol que atravesaba la bóveda de follaje iluminaba las aguas, los bejucos y los troncos de los árboles con su luz deslumbradora.

Despues del Caño-Hondo, nuestra embarcacion atravesó pantanos cuya agua está cargada de tal manera de despojos vegetales, que en ciertos puntos es un fango líquido en donde las embarcaciones forman negros surcos, levantando emanaciones de un olor pestilencial; en seguida penetramos en otros canales de riberas fangosas, donde solamente los cocodrilos y las tortugas pueden permanecer sin temor y en los que el hombre que se viese abandonado sin recursos, no viendo á su rededor sino agua, fango y reptiles, se entregaria á la mas completa desesperacion. Esa naturaleza inhospitalaria me hacia estremecer, y deseaba con impaciencia respirar un aire ménos cargado de miasmas funestos, ver un pedazo de tierra en la cual pudiera poner el pié con seguridad. Por fin entramos en un estrecho canal abierto por la mano del hombre á traves de un terreno que se eleva algunas pulgadas de la línea de las inundaciones; al punto me pareció que el aire era mas puro y me sentí curado de la fiebre que pérfidamente principiaba á inficionar mi sangre.

®Biblioteca Nacional de Colombia

Sinembargo, fué preciso renunciar á seguir viaje en el bongo que me conducia. Un incidente imprevisto me obligó á recurrir á otro medio de locomocion. De repente, en una de las numerosas vueltas del nuevo canal en que habiamos entrado, nos encontramos detenidos por una enorme caldera, enviada de Liverpool para uno de los buques de vapor que se estaban construyendo en Barranquilla. Cargada en un bongo reforzado exteriormente con enormes maderos, debia seguir, como nosotros, la vía tortuosa de los pantanos; pero hacia dias que estaba en camino y, segun las probabilidades, no llegaria á su destino muy pronto.

Tanto y tan penosamente me sorprendió el aspecto de Sabanilla, cuanto me creí feliz por este encuentro inesperado que ponia en un contraste tan sorprendente á la naturaleza entregada aún á las fuerzas desordenadas del cáos y á la victoriosa industria que hace de la tierra una esclava obediente. Nunca pudo aplicarse mejor la palabra del poeta: "Esto matará aquello," que á esa pesada é inmóvil caja de fierro, encallada en un canal fangoso en medio de inmensos pantanos.

Mis cuatro zambos conferenciaron con sus amigos, instalados sobre la caldera, pero su elocuencia fué inútil, porque la embarcacion que nos obstruia el camino estaba

®Biblioteca Nacional de Colombia

perfectamente encallada; para sacarla de allí, era necesario esperar refuerzos ó una creciente del Magdalena.

Tomé pronto mi partido: miéntras que mis compañeros se instalaron en la ribera y comian los pescados tan extrañamente cogidos por la mañana, salté á una canoa, perteneciente á un indiecito que habia venido á ofrecer víveres á la tripulacion de la caldera y le mandé remar vigorosamente hácia el rio. Éste estaba mas cerca de lo que esperaba, y en ménos de média hora la barca en que habia tomado pasaje se encontró lanzada en el vasto seno del Magdalena.

En la América meridional, el Magdalena no le cede en importancia sino al Amazónas, al Orinoco y al Plata; pero ante mí no se presentaba en aquel momento todo el poderoso curso de sus aguas, pues habiamos entrado en uno de sus brazos, llamado Ceniza, cuyo caudal derrama en el mar á algunos kilómetros mas al oeste. Este brazo, mucho mas ancho que nuestras corrientes de agua de la Europa occidental, casi iguala al Missisipí: como él, está adornado de grandes árboles de sombrío follaje; mas en sus orillas no se distinguen sino una que otra cabaña cubierta de palmeras y platanales esparcidos en las riberas. Las aguas ligeramente movidas por el viento y cortadas por rápidas y pequeñas olas, parecen ménos profundas que las del gran rio de la

®Biblioteca Nacional de Colombia

América del Norte: pero como las de éste, arrastran tierra de aluvion y los cocodrilos no pueden distinguirse en ellas sino cuando estos monstruos dejan flotar en la superficie sus enormes quijadas con dientes de sierra. Ví á muchos de estos animales zambullirse á toda prisa cuando nuestro esquife se aproximaba, inclinado por la vela, hendiendo gallardamente las ondas: el cadáver, corrompido ya, de uno de esos gigantescos reptiles, daba vueltas en medio de un remolino entre troncos de árboles varados, cada uno de los cuales conducia un buitre de largo cuello ávidamente tendido. En el puerto mismo de Barranquilla, ví huir á la gente en todas direcciones para evitar la incomoda vecindad de uno de aquellos animales atraido por la algazara de varias personas que se bañaban.

A medida que nos acercábamos á Barranquilla, nuestra atencion cambiaba de objeto, y mis miradas fueron todas para la ciudad, cuyas largas hileras de casas blancas se percibian encima de los ribazos arcillosos. Pequeños diques flotantes en la ribera del canal y llenos de bongos, lanchas, *canoas;* astilleros cubiertos con techos de hojas de palma, almacenes de depósito en donde indios y negros arrumaban productos de todas clases; muelles á los cuales estaban atracados buques de vapor; carenas de fierro constantemente golpeadas por el

®Biblioteca Nacional de Colombia

martillo de centenares de obreros: todo anunciaba una ciudad comercial semejante á las de Europa y Estados Unidos. En el muelle de la gran plaza en que desembarqué, la misma animacion que en el puerto: marineros yendo incesantemente de los bongos á los almacenes para depositar en ellos barrilles y *bocoyes*, mujeres llevando en la cabeza canastas de plátanos y otras frutas, y mercaderes instalados delante de pequeñas mesas ofreciendo sus géneros. En medio de la multitud atareada circulaban pilluelos medio desnudos, apostrofando á los extranjeros con palabras inglesas pronunciadas con notable perfeccion.

Barranquilla, edificada sobre la ribera izquierda de una de las numerosas ramificaciones del rio Magdalena, data de ayer, por decirlo así; y sus progresos solamente pueden compararse á los de una ciudad de los Estados Unidos, tan rápidos así han sido. Allí no se ven sino andamios, ladrillos y cal. Sobrepuja ya á Cartagena por el número de sus habitantes, si se tiene en cuenta tambien la poblacion flotante; ademas la antigua ciudad de Soledad, situada en la ribera del rio á algunos kilómetros mas arriba, puede considerarse como un simple barrio de Barranquilla, porque sus habitantes viven únicamente de las diversas industrias que les procura la vecindad de la ciudad naciente, verdadera capital comercial

®Biblioteca Nacional de Colombia

del Estado Bolívar. Barranquilla proyecta en todas direcciones sus calles tiradas á cordel y cortadas en ángulos rectos; pero formadas la mayor parte de chozas y jardines en que se agrupan los cocoteros y los *papayos* * semejantes á una yerba gigantesca. Las casas de piedra y peristilo se encuentran todas en la vecindad del puerto y en la plaza principal. En cuanto al llano de los alrededores, no presenta nada de pintoresco: el terreno de greda roja, mezclada de venas arenosas, es poco fértil, salvas las depresiones pantanosas.

La importancia de Barranquilla se debe casi exclusivamente á los comerciantes extranjeros, ingleses, americanos, alemanes, holandeses, que se han establecido allí en los últimos años; han hecho de ella el centro principal de los cambios con el interior y el mercado mas considerable de la Nueva Granada; ménos instigados los indígenas por el aguijon de la fortuna y sin estar iniciados aun en los secretos de la especulacion, ninguna parte han tenido en el progreso de este *emporium* del Magdalena. A mi paso por allí, habia diez vapores flotando ó en construccion: cinco ingleses, tres americanos, uno aleman, y uno solo perteneciente á una compañía anglo-granadina que administraba M. Hasselbrinck, el hijo del cónsul prusiano de Sabanilla. Este excelente

* *Carica papaya.*

®Biblioteca Nacional de Colombia

jóven, antiguo alumno de la universidad de Gœttingue y corresponsal del ilustre botánico Nees-von-Esembeck, era un verdadero sabio cuya carrera lo llamaba naturalmente á ejercitar su ciencia en una gran ciudad de Alemania; pero á despecho de los negocios de comercio que lo ocupaban, no habia olvidado la ciencia, y habia logrado reunir á su rededor un gran número de hombres instruidos; tuvo la bondad de presentarme á muchos de ellos, casi todos granadinos.

En cambio, en el gran hotel de Barranquilla solamente ví extranjeros de todos los puntos del globo y conversando en inglés, esa lengua tan extendida en el mundo. Madama Hughes, nuestra huésped, habia montado su casa bajo un pié enteramente europeo; tenia la tontería, es verdad, de observar en el hotel una ridícula etiqueta británica, pero se le podia perdonar en virtud de que tenia el buen gusto de hacernos comer en un patio, debajo de los árboles cubiertos de fragantes flores á cuyo rededor revoloteaban los tominejos con alegres susurros. Por la noche hacia colocar las camas debajo de las arcadas que rodean al jardin, y los huéspedes que despertaban durante la noche, tenian el placer de ver los rayos de la luna ó el vago centelleo de la vía láctea á traves del tembloroso follaje.

®Biblioteca Nacional de Colombia

V.

LOS CAÑOS—LA CIÉNEGA—GAIRA.

Al dia siguiente de haber llegado á Barranquilla, me dirigí muy temprano al puerto con esperanza de encontrar algun bongo que partiera para Pueblo-Viejo, lugar situado al pié de la Sierra-Nevada de Santa Marta. El único patron que me manifestó disposicion de emprender el viaje era un hombre de mala fisonomía, y yo estaba casi decidido á esperar el bongo del correo, que debia marchar dentro de tres dias, cuando tendí una mirada al horizonte y alcancé á ver una línea azul débilmente trazada en el espacio: esa línea la formaban las cimas de la Sierra-Nevada, que habia elegido para que fuese mi futura patria, y que debia ser el término de mi largo viaje. No vacilé pues un instante; hice traer mi equipaje al *bonguito* que se me ofrecia; el patron llamó á sus dos remeros, compró su provision de plátanos y yucas y desató la cuerda con que ataba á la ribera la pequeña embarcacion.

Despues de haber navegado con trabajo al traves de las plantas de los pequeños caños, nos encontramos en pleno rio, el cual tiene muchos kilómetros de ancho, y semejante á un mar proyecta grandes estrechos entre las islas cubiertas de árboles. Los de

®Biblioteca Nacional de Colombia

las riberas me parecian apénas de la elevacion de nuestros sauces, y el alto cocotero hácia el cual se dirigia nuestro bonguito, se asemejaba á una banderola marina flotando á guisa de pabellon. Bastó una hora de travesía para que llegáramos al pié de este árbol, situado en la orilla misma del delta, entre las dos embocaduras. Mis remeros fatigados, y ademas deseosos de *echar una siesta*, amarraron la barca á una raiz, devoraron algunos restos de pescado y principiaron á dormitar. Por mi parte, me apresuré á dejar su incómoda compañía, y, engolfándome en una calle de árboles sombreada por magníficos mangos, fuí á sentarme sobre la yerba á corta distancia de una casita de ladrillos rodeada de platanales. El denso follaje dejaba penetrar solamente una luz casi crepuscular; apénas veia brillar los rayos del sol, y á la extremidad de la arboleda el agua amarillenta del rio. Una vaca errante me olfateaba de léjos; dos chicuelas de negra piel, medio ocultas tras de los árboles, examinaban á hurtadillas al viajero que acababa de recostarse á la sombra de sus mangos. El conjunto del paisaje formaba un cuadro gracioso, y yo lo admiraba apaciblemente sin inquietarme por cierta comezon que sentia en todo el cuerpo. Sinembargo, ésta llegó á ser intolerable, y pronto noté con terror que estaba cubierto de innumerables *garra-*

®Biblioteca Nacional de Colombia

patas * verduzcas y rojas, que bebian mi sangre por millares de heridas imperceptibles. Todos los esfuerzos que hice para arrancarme las miríadas de insectos que me incomodaban fueron vanos, y tuve que desistir de mi empeño esperando que cayeran por sí mismas cuando se hubieran llenado.

Me era imposible permanecer mas tiempo á la sombra de esos pérfidos mangos, y fuí á despertar á mis compañeros, que se levantaron refunfuñando y empuñaron sus remos de muy mal talante. Partimos, sinembargo, y el movimiento, la brisa fresca que se deslizaba por el rio, el placer de contemplar el paisaje que se desarrollaba ante mis ojos, calmaron un poco el estado de irritacion en que me habian puesto las garrapatas. Despues de haber costeado por largo rato una de las riberas del rio, erizada de raices y troncos de árboles entrelazados, el bonguito penetró de repente en un pequeño canal cuya entrada estaba destruida por matorrales, en los cuales reposaban enormes iguanas inflando y desinflando el cuello. Este canal conocido bajo el nombre de Caño-Clarin, ha sido excavado por la mano del hombre á traves de un terreno de aluvion, y une el Magdalena á los inmensos pantanos que recorria la antigua boca de este

* Se llaman así porque se *agarran* á las carnes con las *patas* armadas de barrenas.

®Biblioteca Nacional de Colombia

rio ; no es mas ancho que uno de esos fosos que, en algunas partes de Francia, separan dos propiedades, y mas de una vez me entregué al infantil placer de saltar de una á otra ribera por encima del bonguito. Dos embarcaciones no pueden cruzarse en él, y cuando se encuentran, es necesario que una de ellas retroceda hasta el rio ó hasta la laguna. Tuvimos este pequeño contratiempo: habiamos penetrado en el caño como un cuarto de legua, cuando otra embarcacion nos obligó á retroceder y volver á la entrada misma del Caño-Clarin.

Hácia el mediodia, los remeros amarraron el bonguito para dormir una nueva siesta. El lugar que ellos escogieron para estirarse, no podia ser mas desagradable : era un bosque de manzanillos atravesado en todas direcciones por senderos formados por las bestias de un rancho vecino. Los manzanillos de pobre follaje no impiden que pasen los rayos de sol en toda su fuerza; pero detienen la brisa, y al pié de estos grandes árboles solamente puede respirarse un aire sofocante, al cual se mezcla el olor fétido de los pantanos de las inmediaciones. Nubes de mosquitos se levantaban zumbando al rededor de los troncos ; en ninguna parte crece un vástago de yerba, y el suelo inundado de luz estaba sembrado de frutas podridas ó despachurradas. Allí fué donde se durmieron apaciblemente mis compañeros

®Biblioteca Nacional de Colombia

miéntras yo vagaba de aquí para allá, no para evitar el sueño fatal que, segun las relaciones poéticas, desciende de las hojas del manzanillo, sino para librarme de los piquetes de los mosquitos. De tiempo en tiempo recogia algunas de esas frutas verdes cuyo perfume es tan delicioso, y que, segun dicen, causan la muerte á quien las come, imágen demasiado fiel de la naturaleza pérfida y encantadora de los trópicos.

Despues de haber errado largo tiempo en el bosque, volví cerca de los tres dormilones, que roncaban á cual mas, y estudié á mi gusto sus fisonomías. Debo confesar que estos hombres me causaban cierto terror, y temia la noche que debia pasar en su compañía, en medio de una laguna desierta en donde los gritos de un hombre asesinado no encontrarian otro eco que los aullidos de los monos *aluates*. * El patron de la barca era un viejo negro y de cara arrugada, ojos pequeños é irónicos, boca contraida por una falsa sonrisa; durante toda la mañana no habia dejado de mirarme con aire triunfante, como una ave de presa que tiene entre sus garras un abadejo. De los dos remeros, el de mas edad tenia el cútis de color azul gris, indicante de una mezcla confusa de diversas razas; su frente y sus mejillas estaban marcadas con grandes cicatrices

* Llámase así á los que emplean el rabo para agarrarse y colgarse.—N. DEL T.

®Biblioteca Nacional de Colombia

guarnecidas de blanco, producidas sin duda, por machetazos recibidos en algunas riñas. Miéntras que remaba, sus ojos feroces se habian fijado frecuentemente en mí, y aun lo sorprendí una vez examinando la cerradura de mi baúl y sacudiendo el candado. El tercero, indio jóven de talla pequeña y rechoncha, de piernas musculosas, de color rojo, de cara mofletuda, me parecia ménos temible que los otros, pues aun en la mirada tenia cierta expresion de dulzura: así fué que tomé la resolucion de hacerlo mi amigo, para que pudiese en caso de necesidad, defenderme contra mis otros dos compañeros de viaje.

Cuando terminó la siesta, y los tres remeros despues de haberse estirado de brazos suficientemente, se embarcaron de nuevo en el bonguito, entablé conversacion con el indio. Me pareció que mis atenciones hácia él lo lisonjearon mucho, y no habian trascurrido diez minutos cuando me refirió su historia, y me confesó candorosamente que habia sufrido dos años de trabajos forzados en el presidio de Cartagena, á causa de un robo con fractura. Esta revelacion inesperada, no era muy á propósito para tranquilizarme, pero me bastó dirigir una mirada al patron y al otro remero para convencerme de que en semejante compañía no tenia derecho de hacerme el exquisito. Continué pues, conversando con mi nuevo amigo,

®Biblioteca Nacional de Colombia

dándole noticias sobre los europeos y los yankees, que escuchaba con la boca abierta y con respetuosa admiracion. Le hablé de las grandes ciudades, de los coches que marchan solos sobre listones de fierro, de hilos de cobre que conversan como los hombres y se hacen oir á cien leguas de distancia. En fin, cuando el indio estuvo bien encantado, le comuniqué mis planes. Le dije que iba á dedicarme á la agricultura en algun valle de la Sierra-Nevada, á los alrededores de Santa Marta.

" *Soy práctico de la Sierra*, conozco bien la montaña y lo conduciré á usted por todas partes! gritó con gozo. Cuando usted pase por Bonda, pregunte por Zamba Simonguama, y verá si los indios saben dar hospitalidad como los españoles! "

Ya no tenia nada que temer: siendo el huésped de Zamba podia estar seguro de que en caso de necesidad me defenderia hasta la muerte.

Al caer de la tarde, el bonguito echó el ancla en el agua negra del lago Cuatro-Horcas, llamado así á causa de cuatro caños que vienen á derramarse en él. Bajo el pretexto de hacer mis preparativos para pasar la noche, coloqué mis baules de traves en la embarcacion, de manera que quedaran las cerraduras vueltas hácia mí; en seguida hice que el indio se tendiera á mi lado, y coloqué un remo al alcance de la

®Biblioteca Nacional de Colombia

mano. La luna y la luz zodiacal brillaban con una rara intensidad y me permitian distinguir los menores movimientos de mis compañeros. La brisa de la noche soplaba impetuosa y retenia en las plantas los mosquitos, que vuelan ordinariamente por miríadas sobre toda la extension de las aguas estancadas; no me fué pues difícil permanecer con la cabeza descubierta y los ojos fijos hácia la otra extremidad de la embarcacion. Los chillidos de los monos *aluates* me mantuvieron despierto toda la noche; me felicité de ello, tanto mas cuanto que el remero de la cara llena de cicatrices velaba tambien, y de tiempo en tiempo levantaba silenciosamente la cabeza para dirigir hácia mí sus miradas penetrantes.

En cuanto al viejo, parecia dormir apaciblemente: fué quizás sin razon que le atribuí pensamientos criminales.

Al dia siguiente, atravesamos nuevas ciénegas y canales tortuosos, poco mas ó ménos semejantes á los que habiamos recorrido el anterior, pero de un aspecto mas grandioso, gracias á la magnífica vegetacion que sombrea las orillas. Las raices de los mangles, estribadas unas sobre otras, se reunian á cinco ó seis metros de la superficie del agua y formaban así gigantescas trípodes, sobre las cuales se levantaban los troncos lisos como los mástiles de una nave. A traves de la confusion de estas in-

®Biblioteca Nacional de Colombia

numerables raices, se presentan otros árboles que crecen en un terreno ménos esponjoso que el de las riberas. Esta es la inmensa y terrible selva que llena una gran parte de la hoya del Magdalena, y se prolonga sin interrupcion á mas de cien leguas al sur, hasta el pié de las alturas de Ocaña. Esta selva fué cruzada en todos sentidos por los conquistadores españoles. Y cuántos de entre ellos fueron devorados por los cocodrilos y los jaguares! cuántos ahogados en los pantanos! cuántos muertos por la fiebre, mas terrible que las emponzoñadas flechas de los indios Cocinas!

Recuerdo una parada que hicimos en la península de Salamanca á la entrada de la ciénega * de Santa Marta, laguna cubierta de islotes y de una superficie de mas de ochocientos kilómetros cuadrados. Al este se levantan las escarpas de la Sierra-Nevada como una formidable muralla apoyada en enormes contra-fuertes; á los otros lados demoran extensos bosques que han brotado en un terreno de aluviones formado por las avenidas del rio Magdalena. La península de Salamanca, que separa el mar de la ciénega, se asemeja á los *Nehrungen* del mar Báltico y á esa notable punta de Arabat, bañada de un lado por el mar de Azof, del otro por el mar Pútrido.

Como todas las penínsulas de la misma

* Ciénega, de *cieno*, fango.

®Biblioteca Nacional de Colombia

naturaleza, la de Salamanca ha sido formada á la entrada del pantano por despojos amontonados allí por las aguas: la arena se ha depositado gradualmente hasta formar un cordon litoral; en seguida los vientos han amontonado dunas errantes que se trasladan á uno y otro lado, excepto en los lugares en que con el curso de los siglos se ha formado una selva que les opone la infranqueable barrera de sus troncos. Una sola abertura comunica á traves de la punta Salamanca las aguas salobres y cálidas de la ciénega, con el agua comparativamente mas fresca del mar de las Antillas.

La playa en que desembarcamos estaba sombreada por manzanillos y algunos árboles cuyas ramas colgantes se asemejan á las de nuestros sauces llorones; mas de cincuenta barcas estaban amarradas á las raices y se balanceaban unas al lado de las otras; grupos numerosos de pescadores se hallaban esparcidos aquí y allá al rededor de grandes hogueras encendidas sobre la arena de las dunas; un espantoso olor de pescado inficionaba la atmósfera. Dejando mi equipaje al cuidado de mi nuevo amigo Zamba, atravesé apresuradamente los grupos y subiendo á la mas alta duna, busqué en el horizonte un camino hácia el mar. Llegué á él bien pronto deslizándome á traves de las malezas de los negros mangles y de arbustos espinosos. La playa arenosa se extendia has-

®Biblioteca Nacional de Colombia

ta perderse de vista en un vasto semicírculo desde la boca de la ciénega hasta la del rio Magdalena; al este aparecian los escarpados promontorios de Gaira y de Santa Marta, dominados por las azules cimas de la Sierra; delante de mí, las olas impelidas por una fuerte brisa, venian soberbias y precipitadas, á chisporrotear una despues de otra en la arena. Cansado como estàba de las lagunas de aguas estancadas, de fangos nauseabundos, del aire tibio é inmóvil de los pantanos, respiré con delicia ese aire fresco, esa brisa que puede decirse está salpicada de la espuma de las olas.

Cuando volví al campamento de los pescadores, no logré evitar, como la primera vez, las preguntas, y á mi pesar hube de sentarme en la arena al lado de muchos mestizos que hacian secar sus pescados al humo de un fuego de leña verde. Mi amigo Zamba habia cantado evidentemente mis alabanzas, porque mis interlocutores no dejaron de promover la conversacion sobre todas aquellas materias que habian sido el objeto de la mia con el indio; me fué pues preciso discurrir durante muchas horas, hablar de Madrid, Paris y Lóndres, tratar de industria, ciencias y artes. Este ávido auditorio me escuchaba con gozo, y yo mismo, alegre por haber encontrado oyentes tan benévolos, olvidé el olor nauseabundo del pescado y el humo sofocante para entregar-

®Biblioteca Nacional de Colombia

me todo entero al placer de enseñar á ignorantes lo poco que yo sabia. El mas jóven de los pescadores, el que me escuchaba con mas interes, habia oido no sé dónde hablar de Aténas. Me interrumpió repentinamente. "Dicen que hay muy hermosos templos en Aténas! Se hacen bellas estatuas en Aténas! La universidad de Aténas es la mas célebre del mundo entero, no es verdad? Ninguna lengua es tan bella como el *latin* de Aténas?" Cosa extraña, este lejano eco de la Grecia en las dunas del Atlántico! La gloria de Phidias y Perícles ha empleado dos mil años en salvar los mares, y al presente pescadores americanos se ocupan de ella, como si esta gloria fuese aun la mas radiante del mundo antiguo!

No me separé de mis nuevos amigos hasta acercarse la noche. La vela fué izada sobre el flexible mástil del bonguito, y pocos minutos bastaron para hacernos perder de vista los árboles de la ribera. Tomé las mismas precauciones que la noche precedente, y permanecí con los ojos fijos en aquellos que me inspiraban tanta desconfianza. No cesé de mirar al patron que constantemente se mantenia con el timon en la mano y al mestizo que estaba sentado junto de la vela; sinembargo, mi vigilia se mezcló de una manera íntima con cierto sueño, y todos los objetos que pasaban por mis ojos enteramente abiertos se me presentaban como

®Biblioteca Nacional de Colombia

otras tantas quimeras hijas de un delirio. Las negras ondas que nuestro bonguito hendia ruidosamente tomaban para mí figuras fantásticas que gesticulaban; las yerbas flotantes por en medio de las cuales pasábamos me parecian grandes islas cubiertas de coposos árboles que volaban en la superficie de las aguas con la velocidad de los hipógrifos. De repente ví, ó mas bien adiviné, que nos habiamos detenido en la ribera; el mestizo saltó á tierra y despues el pequeño esquife volvió á emprender su curso desordenado. Inmediatamente me dormí con sueño profundo. Cuando desperté, era de mañana, el mestizo habia desaparecido realmente, y la embarcacion echó el ancla en un pequeño puerto al lado de otras embarcaciones. Veia en la playa las cabañas de Pueblo-Viejo. Era dia de mercado: los negros y los indios iban y venian de choza en choza ofreciendo sus pescados con grandes gritos.

Despues de haber renovado á Zamba Simonguama la promesa de ir á Bonda á hacerle una visita, salí de la barca y corrí á inquirir en la poblacion los medios de trasladarme á Santa Marta. Para ir por mar, debia esperar muchos dias la marcha de un bongo; preferí alquilar una mula para conducir mi equipaje é ir yo á pié. La distancia de Pueblo-Viejo á Santa Marta es de cerca de 40 kilómetros: no tenia porqué

®Biblioteca Nacional de Colombia

asustarme de esto, y desde que encontré la mula, me puse resueltamente en camino, acompañado de un indio jóven, llamado Pablo Fonseca, que me serviria de guía. En ménos de un cuarto de hora, habiamos atravesado una selva de grandes árboles, y llegamos á la vista de Pueblo-Nuevo de la Ciénega.

Esta poblacion, que comun y abreviadamente se llama la Ciénega, está situada en un llano liso como la superficie de un lago, al pié de las montañas de la Sierra, verdes en sus bases, azules en las cimas, y cortadas por valles umbrosos. Del lado del mar el terreno está casi desnudo y no tiene otra vegetacion que *salsoles* * ó *hinojos*; pero al rededor de las casas se agrupan árboles frondosos que forman á la poblacion como un nido de verdura, y de enmedio de los cuales sobresalen las astas de los cocoteros. En el interior, la Ciénega no desmiente lo que promete vista á distancia; las calles, anchas y rectas, están bastante animadas; las casas blanqueadas con cal están cubiertas casi todas de tejas; á traves de las puertas entreabiertas de los huertos, se distinguen arbustos en flor. Por todas partes hay nuevas construcciones, testimonios de los progresos materiales de la Ciénega. Su poblacion, que alcanza á 6,000 almas, sobrepasa hoy á la de Santa Marta, capital del

* Plantas muy semejantes á la sosa.

®Biblioteca Nacional de Colombia

Estado soberano del Magdalena; sinembargo, casi la totalidad de aquella poblacion es de indígenas y mestizos que deben su prosperidad á sus propios esfuerzos, y no hay como en Santa Marta y Barranquilla negociantes extranjeros.

En las altas planicies de la Nueva Granada, el antagonismo de las razas produjo el levantamiento de los *comuneros* hácia fines del siglo pasado, y finalmente ocasionó la guerra de la independencia y la expulsion de los españoles; despues de esta época, los descendientes de los Muiscas * han reconquistado su nacionalidad y formando la gran mayoría de los neo-granadinos, han absorbido poco mas ó ménos á los blancos; al presente están confundidos con ellos en un solo pueblo. En las costas del Atlántico, no es así todavia: el odio subsiste entre las dos razas, † y como dos polos cargados de electricidad contraria, Santa Marta y la Ciénega se han levantado frente á frente. La primera tiene la ventaja inmensa de poseer un vasto puerto y de comerciar directamente con todos los paises del mundo; ménos favorecida, la Ciénega solamente puede

* Cuando el descubrimiento de la América, los Muiscas, que habitaban la planicie de Cundinamarca, no eran ménos civilizados que los Aztecas. Para ser conocidos les ha faltado solamente un historiador.

† Felizmente hoy ese odio está del todo extinguido ó próximo á serlo.—*N. del T.*

®Biblioteca Nacional de Colombia

hacer un pequeño tráfico de cabotaje entre su laguna y lo largo de las costas; pero tiene sobre Santa Marta el privilegio de estar habitada por indios aborígenes que no temen el trabajo como la mayor parte de los blancos del litoral. Así los resultados de la lucha entre las dos ciudades están completamente en favor de los cienegueros. En los valles de la Sierra-Nevada, sobre las riberas de todas las corrientes de agua, cultivan en vastos campos plátanos, yucas, papayas; recorren la laguna en todos sentidos en sus naves de pesca; abastecen á Santa Marta de legumbres, frutas y pescados; sin ellos, sin su trabajo, esta ciudad, que duerme perezosamente al borde de su linda playa, seria exterminada por el hambre. En los últimos tiempos, la rivalidad de las razas se ha trasformado gradualmente en rivalidad política: los samarios, * deseosos de mantener la antigua supremacía de la raza blanca, se han hecho naturalmente conservadores, miéntras que los cienegueros son demócratas, y en las elecciones votan como un solo hombre en favor de los candidatos liberales. Durante las revoluciones que agitan la República, no temen invadir armados la ciudad de Santa Marta, y los samarios rara vez osan usar represalias.

Saliendo de la Ciénega, en donde mi guia Pablo Fonseca me hizo permanecer dema-

* Habitantes de Santa Marta.

®Biblioteca Nacional de Colombia

siado tiempo bajo el pretexto de comprar yerba para su mula, pero en realidad con el único objeto de hacer ojitos á alguna bella, atravesamos un torrente cuyas fértiles riberas están plantadas de platanales, despues seguimos la costa por un promontorio de arena formado por las olas, y, dejando á la derecha en medio de árboles el ingenio de vapor del genoves Andreys, único habitante extranjero de la Ciénega, llegamos á la orilla del rio Toribio, uno de los torrentes mas impetuosos de la vertiente occidental de la Sierra-Nevada. Las ruinas de un puente que se llevó una inundacion obstruian aun el lecho del rio: quise vadearlo atravesando los rápidos borbollones formados por la corriente en medio de las piedras; pero Pablo me hizo desistir de tal designio, pretendiendo que los temibles cocodrilos habian elegido por guaridas las cavernas formadas por las aguas al pié mismo de los machones. La mula cargada ya con mis baules, recibió aun sobre su ancho lomo el peso de nuestras dos personas, y nos condujo sin tropezar al escarpado ribazo de la otra orilla del Toribio.

Mas allá de este rio, el paisaje cambia de aspecto. Las montañas se aproximan al mar y proyectan en las ondas sus escarpados promontorios, que el camino rodea por una sucesion interminable de subidas y bajadas. Ya no se ven platanales ni otras

®Biblioteca Nacional de Colombia

plantas cultivadas, sino solamente mimosas cubiertas de espinas, guayacanes, árboles cuyos duros troncos crecen generalmente en las tierras estériles. El terreno desnudo de tierra vegetal, deja ver por todas partes sus venas de piedra. Algunas veces el camino se engolfa en un barranco profundo, hendedura de paredes rojas y quemadas por donde descienden furiosos torrentes en la estacion de las lluvias, pero en las cuales se buscaria en vano una gota de agua durante la estacion de la sequedad. En medio de estas rocas, que reflejan los rayos del sol, respiraba un aire abrasador, el sudor descendia por mi rostro en grandes gotas, la fatiga principiaba á entorpecer todos mis miembros. Esta fatiga aumentó, cuando al salir de un barranco me encontré en un camino arenoso muy cerca del mar. Los cactos que se levantaban de cada lado del sendero, como hileras de estacas de diez metros de alto, estaban muy esparcidos para dar sombra, y muy espesos para dejar pasar la brisa marítima. Algunos *guamos* cubiertos con sus flores amarillas, esparcian en la atmósfera un fuerte aroma que me causaba vértigos. El sol perpendicular dejaba caer sobre mí sus fatigantes rayos, y á cada paso hundiamos la planta en la arena ardiente.

Cuándo llegarémos al pueblo de Gaira? preguntaba cada rato á mi guia.

—Pronto, ahora mismo, me respondia.

®Biblioteca Nacional de Colombia

Y yo me figuraba que á la primera vuelta del sendero, divisaria un fresco albergue rodeado de árboles frondosos que crecian á la orilla de un arroyo; pero solamente veia los cactos levantándose hácia el cielo como un bosque de lanzas. Repentinamente Pablo, fatigado como yo, saltó sobre la mula, picó y me dejó solo, sin otro guia que me condujese al pueblo que las huellas de los cascos de su bagaje.

Me hallaba próximo á abandonarme á la desesperacion, cuando el camino desembocó en una playa en donde, ha mas de tres siglos, centenares de españoles, fatigados y abrasados por el sol como yo lo estaba en aquel momento, fueron batidos sin trabajo por los indios de Gaira y rechazados hácia las ondas donde perecieron todos, hasta el último. Miéntras seguí la orilla del mar, me sentí revivir bajo las suaves caricias de la brisa; pero, desde que las huellas me condujeron hácia el interior de las tierras, perdí inmediatamente la fuerza y me faltó ánimo hasta para pensar, porque de nuevo empezó el calor á sufocarme. Una hilera de mangles detenia el ligero soplo de la brisa del mar que me habia refrescado hasta allí, y ví extenderse á lo léjos ante mis ojos un llano calcinado por la sal, y cortado por pantanos de agua estancada. Avancé con trabajo al traves del agua y de las arenas abrasadoras. Una sed devorante me ator-

®Biblioteca Nacional de Colombia

mentaba y sentia la lengua como adherida al paladar; me parecia que mi cerebro estaba en ebullicion; temblores convulsivos recorrian todo mi cuerpo, tenia la piel seca, los puños serrados y agarrotados y los ojos fijos; por momentos experimentaba frio, y temia por instantes que el sol me derribase con un último rayo, y, para gozar de aquel resto de mi vida, me entregué con embriaguez á ensueños de náyades y tritones jugueteando en el seno de las aguas frescas bajo eternas sombras. En fin, llegué al límite de la selva de cactos y mimosas. "Ánimo hasta aquel árbol," me decia un resto de voluntad. Mi cuerpo obedeció. "Mas allá, hasta aquel otro!" repitió la voz interior, y así me arrastré por largo trecho. Repentinamente, ví á mis piés un riachuelo, un verdadero riachuelo que mis ojos dilatados me hicieron aparecer grande como un rio; los árboles de extensas ramas se recreaban en las aguas, las muchachas venian á llenar allí sus cántaros, los muchachos se bañaban retozando, las vacas bebian á su sabor. Tuve aun fuerza para atravesar el riachuelo sin sumergirme enteramente en él, y fuí á caer en el suelo de la cabaña en que me esperaba mi guia.

Permanecí mas de una hora tendido en una estera, aturdido, tonto, viendo danzar delante de mí objetos de formas extravagantes, pero sentia como en un sueño que

®Biblioteca Nacional de Colombia

una mano femenil me acariciaba con dulzura. Cuando volví de mi aturdimiento, una muchacha indígena estaba delante de mí y me presentaba una calabaza llena de una bebida fortificante. Esta jóven era bella; sus negros ojos brillaban con tierna piedad; su encendido rostro, rodeado de largos cabellos flotantes, me parecia que estaba resplandeciente de luz; creí que tenia delante un genio bienhechor. Al verla, me sentí conmovido; mi corazon se llenó de afecto hácia esta extranjera que sonreia así á un viajero desconocido, y hasta pensé en aquel momento si no haria bien en poner término á mis viajes y edificar una cabaña en las orillas del riachuelo de Gaira. "¿Debe recorrerse el mundo como un insensato, cuando puede encontrarse la dicha en una choza de ramas, á la sombra de una palmera?"

Resistí con todo á la voz interior que me hablaba, llamé al guia y le seguí á través de la selva. Una hora despues, llegamos á Santa Marta, en el momento en que un cañonazo anunciaba la entrada de un buque en el puerto.

VI.

SANTA MARTA.

Santa Marta está situada en un paraiso terrestre. Sentada al borde de una playa que se extiende en forma de concha marina,

®Biblioteca Nacional de Colombia

agrupa sus casas blancas bajo el follaje de las palmeras y brilla al sol como un diamante incrustado en una esmeralda. Al rededor de la ciudad, la explanada, redondeándose en un vasto círculo, se levanta en suaves ondulaciones hácia la base de las montañas. Estas sobreponen unas á otras sus gigantescas gradas, matizadas con gran variedad por la vegetacion que las cubre y la trasparente atmósfera, cuyo azul se condensa al rededor de las altas cimas; las nubes se esparcen en grandes rastros blancos en los valles superiores, se agrupan en bandas sobre las cimas, y por entre este amontonamiento de nubes, picos y montañas de toda forma, brota la soberbia Horqueta, cuya doble cabeza que se levanta y domina el horizonte, parece reinar sobre el espacio inmenso. Los enormes contrafuertes sobre los cuales se apoya el pico de dos cabezas proyectan á derecha é izquierda dos cadenas de montañas que se arquean al rededor de la explanada de Santa Marta, rebajan por una sucesion de graciosos declives la larga arista de sus cimas, y sumergen en el mar, á cada lado del puerto, sus escarpados promontorios, cada uno con una vieja y arruinada fortaleza. Así la explanada parece sostenida en los brazos del gigantesco Horqueta y dulcemente inclinada como un canastillo de follaje hácia las ondas deslumbrantes de luz. El promontorio del norte

®Biblioteca Nacional de Colombia

continúa por una cadena submarina y vuelve á presentarse fuera de las aguas formando el Morrillon y el Morro, islas pedregosas que sirven de quiebra-olas al puerto. El conjunto del paisaje encerrado en este recinto es de una armonía indescriptible : todo es rítmico en ese pequeño mundo, limitado hácia el continente, pero abierto del lado de las aguas infinitas; todo parece haber seguido la misma ley de ondulacion desde las altas montañas de cimas redondas hasta las líneas de espuma, débilmente trazadas sobre la arena. Cuán dulce es contemplar ese admirable cuadro! Se mira, se mira sin cesar, y no se sienten pasar las horas. Sobre todo en la tarde, cuando el borde inferior del sol principia á sumergirse en el mar y que el agua tranquila viene á suspirar al pié de la ribera, la verde explanada, los oscuros valles de la Sierra, las rosadas nubes y las lejanas cimas como salpicadas de polvo de fuego, presentan un espectáculo tan bello, que el viajero absorto parece que no tiene vida sino para ver y admirar. Los que han tenido la dicha de contemplar este grandioso paisaje jamas lo olvidan. Uno de mis amigos granadinos, á quien ántes de ir á Santa Marta le habia pedido algunos datos de esta ciudad, solamente pudo responderme con una sonrisa de pesar y con esta palabra : Ay !

El interior de la ciudad no está en armo-

®Biblioteca Nacional de Colombia

nía con la magnificencia de la naturaleza que la rodea. Santa Marta es el primer establecimiento que los españoles fundaron en la costa firme granadina, y, á pesar de la antigüedad de este orígen, á pesar de su hermoso puerto y de su título de capital del Magdalena, á pesar de la fertilidad de su explanada y de sus montañas, cuenta cuando mas con una poblacion de 4,000 habitantes. Las calles, anchas y cortadas á ángulos rectos, como las de todas las ciudades de ménos de cuatro siglos de existencia, no han sido empedradas jamas, y durante los dias de fuertes brisas, presentan á la vista una perspectiva de torbellinos de arena en que el pasajero no se atreve á aventurarse. Las casas son bajas y mal construidas en general; en los barrios apénas hay simples cabañas de estacas y tierra, cubiertas con techos de palmas y pobladas de escorpiones y de innumerables arañas. En 1825, tres siglos despues de la fundacion de Santa Marta, un temblor de tierra * derribó mas de cien casas, y abrió grietas en los muros de su catedral y de sus cuatro iglesias. Desde esta época los pedazos de ladrillos y argamasa no se han escombrado, las ruinas no han sido reedificadas, las grietas se abren cada dia mas; solamente el tiempo ha decorado de arbustos las desplomadas pare-

* No fué en 1825, sino en 1834 que tuvo lugar el temblor de tierra á que alude el autor—N. DEL T.

®Biblioteca Nacional de Colombia

des, y tegido sobre la alta cúpula de la iglesia mayor una verde guirnalda toda mezclada de flores amarillas y rojas. En esta ciudad, tan arruinada aun como al dia siguiente del temblor de tierra, solamente ví una casita nueva y los cimientos de un edificio sin concluir, que debia servir para un gran colegio provincial. La morada del mas rico comerciante de la ciudad, en otro tiempo verdadero palacio, no presenta ya del lado del mar sino un conjunto de ruinas; paredes desplomadas rodean el jardin lleno de escombros amontonados, cuerpos de columnas y capiteles cubren el suelo y árboles espinosos crecen en medio de las piedras. *

A pesar de estas huellas del desastre de 1825, Santa Marta está muy distante de producir en el espíritu la misma lúgubre impresion que Cartagena: las calles son mas anchas, las casas que dejó en pié el temblor de tierra están blanqueadas con cal ó pintadas de alegres colores, y ademas la naturaleza es tan bella que arroja un reflejo de su belleza sobre la ciudad agazapada á sus piés en medio de los árboles. Desde la division de la Nueva Granada en ocho repúblicas federales, Santa Marta ha decretado la construccion de un faro en el Morro, estableci-

* El edificio á que alude el autor era propiedad del caballero á que se refiere, pero no su casa de habitacion—N. DEL T.

®Biblioteca Nacional de Colombia

do muchas instituciones de utilidad pública, y fundado una escuela de enseñanza superior. Pueda ella continuar en esta via y deje de ofrecer cuanto ántes un penoso contraste con el Dorado que la rodea!

Delante de las casas, en el centro de la extensa curva delineada por la playa, se levantan las ruinas de un antiguo fuerte, cuyas murallas medio roidas se desmigajan piedra á piedra en las ondas invasoras. Los bongos de la Ciénega, cargados de plátanos, pescados y cocos, anclan al pié de la fortaleza, y es en medio de los montones de piedras, sobre la cima de las murallas, que los indios ostentan sus productos. Las mujeres de la ciudad, en general con vestidos demasiado cortos, vienen allí en tropel á buscar sus provisiones del dia. Nada tan pintoresco como este mercado al aire libre, sobre muros que se desploman en las azules ondas.

Las grandes naves de Europa y de los Estados Unidos anclan á la distancia de un kilómetro hácia al norte, en el fondo mismo de la ensenada y al pié del promontorio que la protege contra los vientos del norte y del este. La playa que se extiende entre los promontorios y la ciudad, está circundada de un lado por el mar, del otro por salinas algunas veces inundadas. Por la tarde sirve de paseo á la poblacion que la recorre en todos sentidos, una gran parte á pié, otra á caballo y tal cual en coche. La

®Biblioteca Nacional de Colombia

aduana, un almacen arruinado para depósito, un muelle, algunas enramadas levantada sobre los bultos de mercaderías, son las únicas construcciones que se ven en el puerto, que, léjos de presentarse como un centro de actividad, parece mas bien un lugar de placer. En todos los instantes del dia, nadadores blancos y negros se precipitan desde lo alto del muelle, retozan como tritones al rededor de las naves y cambian el azul de la superficie del mar en olas de blanca espuma; los zambos ociosos permanecen en la ribera y los marineros apoyados en el bordaje de las embarcaciones, juzgan las proezas de los nadadores y con estrepitosos aplausos rinden homenaje á los mas hábiles.

De repente despues de las primeras horas de la mañana, consagradas al mercado, las plazas y calles de Santa Marta pierden la fisonomía animada que les habia dado la concurrencia de los indios, y el *far niente* viene á ser tan general como en el puerto: las cuatrocientas ó quinientas tiendas abiertas en todas las esquinas de las calles que ofrecen á los compradores una pequeña provision de plátanos, cazabes, fósforos químicos y chicha † quedan vacías; los habitantes de Gaira, Mamatoco y Masinga se retiran en caravanas, arreando una larga procesion de asnos y mulas. Entónces los samarios que quedan en posesion de la ciu-

† Guarapo.

®Biblioteca Nacional de Colombia

dad, principian su siesta, ó bien se sientan á los umbrales de las puertas, conversan alegremente sobre los incidentes de la mañana, miéntras que las señoritas, á la extremidad de los frescos corredores, se mecen en sus hamacas suspendidas de las columnas de los patios. A medida que el calor aumenta, las voces se extinguen poco á poco, los insectos mismos dejan de zumbar; se diria que la ciudad entera reposa y languidece bajo una atmósfera de voluptuosidad. El trabajo parece un esfuerzo inútil en este dichoso clima, donde la paz desciende de las verdes montañas y del azulado cielo.

¿Cómo se puede vituperar á esas poblaciones que se abandonen al gozo físico de vivir cuando todo las invita á ello? El hambre y el frio no las atormentan jamas; la perspectiva de la miseria no se presenta ante su espíritu; la implacable industria no las espolea con su aguijon de bronce. Aquellos cuyas necesidades todas son satisfechas inmediatamente por la benéfica naturaleza evitan contrariarla con el trabajo y gozan perezosamente de sus beneficios; son aún los hijos de la tierra, y su vida se pasa en paz como la de los grandes árboles y la de las flores. Frecuentemente el calor, aunque sea templado siempre por la brisa, es de tal manera fuerte que toda actividad se convierte en fatiga, porque Santa Marta está situada bajo el ecuador meteorológico del

®Biblioteca Nacional de Colombia

mundo, y la temperatura média es allí de veinte y nueve grados centígrados.

Cuando los valles y terraplenes de la Sierra Nevada estén poblados por centenas de millares de agricultores, entónces los samarios, hoy tan poco activos, serán arrastrados en el gran torbellino del trabajo, y el comercio de inmensos brazos se apoderará de Santa Marta como se ha apoderado de tantas otras ciudades tropicales que dormitaban tambien bajo un cielo encantador. En nuestros dias, la capital del Estado del Magdalena solamente hace un comercio de tránsito; recibe del extranjero cargamentos de telas, mercaderías poco voluminosas que puedan expedirse fácilmente hácia los mercados del interior; en cambio, envia á Inglaterra una gran parte del oro extraido por los mineros del Estado de Antioquia, y algunos cargamentos de tabaco á Alemania. El total de las importaciones y exportaciones se eleva cuando mucho á quince millones de francos por año. ¡Cuán fácil seria aumentar esta suma, comparativamente insignificante, si sus habitantes quisiesen entregarse sériamente al cultivo de la tierra!

Como todos los extranjeros que visitan á Santa Marta, me sentí embriagado desde los primeros dias con ese aire voluptuoso, impregnado en los aromas que se desprenden de la explanada; en lugar de ocuparme inmediatamente de mis proyectos de agri-

®Biblioteca Nacional de Colombia

cultura, me dejé llevar perezosamente á la contemplacion de la naturaleza de las cercanías. Sinembargo mis horas no se perdieron enteramente; bien acogido en todas las casas en que me presentaba, me hice á amigos que se apresuraban á responder á mis diversas preguntas con una cortesanía enteramente castellana; cuando me paseaba por la playa, trababa frecuentemente conversacion con los indios ó mestizos pescadores; de todos modos, procuraba estudiar á lo vivo las costumbres, las creencias, los hábitos de la poblacion. Para conocer los principales productos de la explanada, me bastaba errar por los senderos y penetrar en los huertos en donde se me ofrecia toda clase de frutos á precios increiblemente módicos. Higos; plátanos de muchas variedades, nísperos * de carne color de sangre, anones, papayas, ciruelas † de los trópicos, aguacates, mangos de olor de terebinto, guayabas, *marañon* ó manzana de anacardo, cuyo perfume vale él solo un festin, guanábana, ‡ que recuerda el gusto de las fresas en vino azucarado, y tantas otras producciones exquisitas, cuya nomenclatura exigiria un diccionario en regla. En esta explanada afortunada y sobre los declives de esas montañas

* Achras sapota. (Sapote es el nombre que se le da en las costas; el *níspero* es una fruta distinta. N. del T.

† Spondia, ciruela.

‡ Annona muricata.

®Biblioteca Nacional de Colombia

en que el sol madura con un mismo rayo los mas suaves frutos de todos los climas, no seria difícil volver á ser frugívoro como nuestros primeros padres, y abandonar el espantoso régimen de la carne y de la sangre por el de los vegetales que brotan espontáneamente del seno de la tierra.

Bajo nuestros tristes climas del norte, durante la estacion del invierno, muchos actos de la vida causan un verdadero sufrimiento. Por la mañana, sobre todo, se necesita hasta energía para abandonar la cama. En el momento de despertar, están los miembros dulcemente envueltos en cobertores como con una triple atmósfera de calor; estremecimientos eléctricos y voluptuosos recorren el cuerpo; los párpados se abren amorosamente á la vida. En la alcoba al contrario, todo parece contraido por el frio; cristales de yelo cubren las vidrieras con sus centellantes flores; la blancura mate que las penetra hace presentir que una espesa capa de nieve se extiende sobre la tierra; silbantes soplos de viento se lamentan por encima de los tejados y se engolfan en las chimeneas con un murmullo lastimero. Entónces los que no tienen á su disposicion todos los recursos del *confort* deben alzar repentinamente sus calientes cobertores, saltar al piso helado de la alcoba, sumergir la cabeza y las manos en agua fria: agitarse en seguida con desesperados movimien-

®Biblioteca Nacional de Colombia

tos y abandonar toda reflexion durante la consumacion de esta especie de suicidio. Los sibaritas prolongan su sueño por un medio-adormecimiento y luchan contra el dia que se levanta, el ruido creciente de la calle, los pasos que resuenan y el implacable tic-tac del reloj. Ven con espanto que se aproxima el momento de levantarse: bastaria hacer un movimiento, abrir los ojos para disipar los restos del sueño; pero tienen especial cuidado de mantenerse inmóviles; cierran los párpados con desesperacion, alejan todo pensamiento y logran dormitar por la fuerza. Despues, cuando el momento fatal llega por fin, inventan razones para esperar aun otro poco; el estudiante recita sus lecciones, el devoto dice cincuenta *Ave-Marías*, el poeta compone versos. Solamente los hombres verdaderamente valerosos se levantan con gozo, experimentan placer al sentir el agua helada que corre por el cuerpo y las penetrantes caricias del aire exterior que hace una irrupcion repentina por la ventana entreabierta. Este valor puede provenir tambien de la necesidad, y es al agua fria, al soplo helado del invierno, que debe quizas atribuirse en gran parte la constante fuerza, la tranquila resolucion de los hombres del norte. El que arrostra el frio puede tambien arrostrar el cañon.

Por el contrario, cuán suave y delicioso

®Biblioteca Nacional de Colombia

es el levantarse en los dulces paises del mediodia, en una explanada como la de Santa Marta! Los vagos aromas de las flores que se entreabren vienen á inundar la alcoba, las aves baten sus alas y gorgean mil cantos variados, la sombra del follaje se delinea en la blanca pared y parece juguetear con los nacientes rayos del sol. La atmósfera tan dulce en el interior de las casas, es fuera de ellas mas dulce aun, mas fresca, mas vivificante; el viento que pasa hace experimentar al cuerpo y á el alma, á todo nuestro sér, las suaves sensaciones de la juventud. En medio de esta naturaleza que se despierta á la vida con tanto amor, es imposible no revivir uno mismo con todo el ardor de su sér; en la ribera de este mar tan bello á los primeros rayos del sol, se respira con embriaguez, se siente uno renovado.

Al amanecer, gentes de á pié y de á caballo llenan los caminos que conducen al pequeño rio Manzanáres, nombrado así por los *conquistadores* en memoria del riachuelo de Madrid; y cada uno escoge una ensenada sombreada para el baño matinal. El sendero que yo recorria ordinariamente pasaba por en medio de huertos floridos. Las altas yerbas entapizaban tambien los bordes, los árboles agrupados entrelazaban tanto sus ramas en forma de bóveda encima del camino, que uno podia creerse bajo un inmenso toldo de verdura. El sol hacia pene-

®Biblioteca Nacional de Colombia

trar aquí y allá ráfagas de luz, y por uno que otro claro aparecian los penachos de los cocoteros balanceándose á mucha altura por encima de los árboles del camino. Las ciruelas de los trópicos cubren el terreno, las emanaciones de las flores entreabiertas y de las maduras frutas, se esparcen en el aire. Frecuentemente pasan algunas hermosas indias en asnos que van al trote y se cambia con ellas el saludo de costumbre: "*Ave María*"!—Sin pecado concebida."

Al llegar al puente del Manzanáres, monumento notable en su género, porque es el único de la provincia, pero que se compone sencillamente de unas tablas de madera muy mal colocadas sobre estribos ya cuarteados y desplomados, los grupos se separan: cada uno de los que van á tomar el baño, desciende de la escarpada orilla, y se sumerge en el agua trasparente que rueda sobre un lecho de arena micácea, semejante á un mosaico de oro y plata. A esta hora matutina todas las aves cantan, los enjambres de mosquitos no remolinean aun en el aire, el calor del sol no ha atravesado aun el espeso ramaje de los árboles, y el agua que acaba de descender de las montañas, conserva todavía la frescura de las rocas de que ha brotado. Despues de algunos minutos de este baño delicioso y vivificador, se sube la ribera y en seguida las gentes se dispersan al acaso en los huertos vecinos. Así se pasan

®Biblioteca Nacional de Colombia

las primeras horas de la mañana en Santa Marta.

Una gran parte del dia se emplea en dormir la siesta, al ménos los hombres, * porque las mujeres, activas en todos los paises del mundo, no interrumpen sino rara vez sus quehaceres domésticos. Cuando el calor era tan fuerte que no me permitia una excursion á lo largo del rio ó de la playa, no me quedaba otro recurso que tenderme en mi hamaca con un libro en la mano. La casa que habia tomado en arrendamiento por la módica suma de veinte francos por mes era espaciosa, bien sombreada, rodeada de un hermoso huerto, y mi vecina, la niña** *Perlita*, con ese tierno instinto de hospitalidad tan frecuente en las mujeres criollas, no habia esperado la for-

* No obstante el respeto que por su gran ilustracion, sus vastos talentos y la imparcialidad de sus juicios, nos inspira el autor, nos tomarémos la libertad de aclarar unas veces y de rectificar otras, algunos conceptos, formados indudablemente bajo las primeras impresiones ó por informes erróneos ó exagerados.

No dudamos que él observara frecuentemente que los habitantes de Santa Marta estaban ociosos; pero esto dependia de la carencia de trabajo, pues generalmente los hijos de aquella ciudad no son perezosos, y de esto dan pruebas trasladándose á otros paises de la República, y aun de los Estados Unidos y Europa, en busca de ocupacion cuando tienen medios de hacerlo. N. del T.

** *Niña*, jovencita. En la Nueva Granada, las señoras casadas reciben, así como las señoritas, este tratamiento de confianza y amistad.

®Biblioteca Nacional de Colombia

malidad de una visita para enviarme todos los muebles necesarios para mis reducidas necesidades domésticas. Extranjero desembarcado apénas, encontré ya en mi nueva patria mayor número de afectos simpáticos que los que de ordinario se encuentran en el pais natal. Algunos jóvenes, ansiosos de instruirse, como lo son sin excepcion todos los neo-granadinos, venian á conversar conmigo; las damas á las cuales era presentado, me interrogaban con la encantadora libertad del pais. Algunas llevaban la audacia hasta preguntarme si las francesas eran bonitas. A esto yo hubiera contestado con ánimo resuelto; pero bajo los ojos fulgurantes de esas hijas del sol, apénas osé decir que, allá en las brumas del Norte germinaban tambien bellas flores.

Una cosa que desde luego me llamó la atencion, fué la notable inteligencia de todos los jóvenes que conocí en Santa Marta. Siempre dichosos y alegres no hacen consistir su gloria suprema en representar el papel de héroes ridículos; viven jovialmente, hermanando el estudio con los placeres ruidosos. Se expresan con elegante facilidad y se elevan naturalmente á una elocuencia á veces verbosa, pero siempre seductora. Ademas del español, hablan en general una ó dos lenguas vivas, el frances, el inglés, el aleman ó el holandes. Ávidos de conocer todo lo que pertenece al extran-

®Biblioteca Nacional de Colombia

jero, adquieren cierta educacion superficial que les permite conversar sobre todo sin quedarse jamas en zaga. Esta educacion se la deben enteramente á sí mismos, porque en las escuelas la disciplina es completamente nula, y para obtener algun resultado de los niños es necesario hablarles como á hombres libres. Las instituciones republicanas han dado tal temple á la voluntad en todos los paises de la América, que los niños así como los hombres no admiten la obediencia. Para hacerse respetar, los profesores deben darse sencillamente el título de amigos, y léjos de hacer uso de la menor autoridad, tienen que proceder con dulzura. En Luisiana, un director frances, infatuado con las tradiciones clásicas, introdujo en su colegio una disciplina rigorosa, y los jóvenes se amotinaron y quemaron el establecimiento.

Estos niños, tan quisquillosos en materia de dignidad personal, son felizmente muy exaltados en punto de honor; la emulacion puede hacerlos obrar prodigios. Basta mostrarles confianza para que inmediatamente traten de justificarla por su actividad.

En esto los hombres de la Nueva Granada no difieren en nada de los niños, y cuando se convenzan de que su honor está comprometido en hacer prosperar á su pais, en fundar escuelas, abrir caminos, cultivar su extenso territorio, es seguro que harán

®Biblioteca Nacional de Colombia

cuanto sea dable exigir de ellos. El punto de honor es la principal palanca que podrá levantar este pueblo y lanzarlo en la via del progreso; es la gran virtud que pondrá en actividad todas las otras. Las cualidades de los criollos granadinos son numerosas: si se les puede enrostrar cierta pereza moral, no se les puede negar la inteligencia, la bravura, la afabilidad, y sobre todo, la modestia. Con qué conmovedora gracia no arrojan en la sombra á su propia patria cuando hablan de la Francia, que para ellos es, con razon ó sin ella, el representante mas glorioso de las razas latinas y el porta-estandarte del progreso!)

El jóven mas notable de aquellos que conocí, se llamaba Ramon Díaz. Era un mulato de diez y ocho años apénas, y habia tenido tiempo de adquirir una instruccion sólida. En compañía de un viajero europeo habia estudiado la ornitología y la botánica en la explanada que rodea la ciudad; despues de la partida del explorador extranjero, continuó sus pesquizas enteramente solo. Ayudado de algunos libros, habia redactado para su uso privado tratados de filosofía, literatura y geometría. Sinembargo, la variedad de sus conocimientos no le habia inspirado la menor ambicion; y permanecia como si tal en la tienda portátil de su madre, en donde vendia quizás una quincena de plátanos por dia. Si estaba des-

®Biblioteca Nacional de Colombia

tituido de ambicion, no carecia de orgullo, y sabia muy bien que no es la posicion social, sino la dignidad personal la que da importancia al hombre.

Ramon Díaz y sus amigos no eran los únicos que me hacian pasar agradablemente las horas; tenia tambien otros visitadores: el mono atado á una larga cuerda, que cansado de balancearse en una rama, venia de tiempo en tiempo á darme un abrazo; el loro, que me recitaba los nombres de todos los niños de la vecindad y se interrumpia frecuentemente con el grito de *burro! burro!* aprendido sin duda de los indios que excitan así á sus cabalgaduras; el pequeño perico verde que inclinaba la cabeza con aire tímido y zalamero, como para pedir un beso, alisando en seguida con el pico sus alas extendidas, y gritando alegremente cuando yo le arrojaba las frutas rojas del cacto. *

Rodeado así de amigos y ademas un poco debilitado por el calor, no podia consagrar todas mis horas al trabajo. Sinembargo, mis estudios, aunque no eran serios, no dejaban de ser provechosos. Puede aprenderse, aun gozando, y el vaiven de la hamaca, las sombras de las ramas inclinadas sobre el pavimento á traves de las columnas de madera del patio, la vista de la cuarteada cúpula de la Catedral que se delineaba

* Tunas—N. DEL T.

®Biblioteca Nacional de Colombia

color de violeta en el fondo azul del cielo, todas estas cosas contribuian á grabar irrevocablemente en mi espíritu cada una de mis reflexiones. En el silencio del gabinete, sobre todo durante las noches frias y lúgubres de nuestros paises del norte, el que busca la verdad la encuentra desnuda con toda su serena majestad, y puede mirarla frente á frente sin que nada turbe su contemplacion. Esta conquista tiene algo de heróica; es sin duda, la mas digna del hombre, pero es solitaria, por decirlo así, y no presta su poesía á nada de lo que le rodea. En medio de la naturaleza tropical, potencia mágica que embellece todos los objetos, cada pensamiento es al mismo tiempo un cuadro; las abstracciones, tan frias en el norte, armonizan con todo lo que las rodea, y frecuentemente una idea espera que un rayo de sol pase al traves del follaje para despertarse en los espíritus. Las almas vibran de concierto con la gran alma de la tierra.

Con la noche vienen los bailes y los paseos. Los tocadores de tamboril y castañuelas se reunen en las esquinas de las calles, é improvisan conciertos que los muchachos imitan de léjos con gran acompañamiento de calderos y carracas. Los jóvenes se reunen en casa de las amigas que celebran sus dias, y bailan en torno de un altar adornado con flores y guirnaldas; al lado de la imágen

®Biblioteca Nacional de Colombia

tituido de ambicion, no carecia de orgullo, y sabia muy bien que no es la posicion social, sino la dignidad personal la que da importancia al hombre.

Ramon Díaz y sus amigos no eran los únicos que me hacian pasar agradablemente las horas; tenia tambien otros visitadores: el mono atado á una larga cuerda, que cansado de balancearse en una rama, venia de tiempo en tiempo á darme un abrazo; el loro, que me recitaba los nombres de todos los niños de la vecindad y se interrumpia frecuentemente con el grito de *burro! burro!* aprendido sin duda de los indios que excitan así á sus cabalgaduras; el pequeño perico verde que inclinaba la cabeza con aire tímido y zalamero, como para pedir un beso, alisando en seguida con el pico sus alas extendidas, y gritando alegremente cuando yo le arrojaba las frutas rojas del cacto. *

Rodeado así de amigos y ademas un poco debilitado por el calor, no podia consagrar todas mis horas al trabajo. Sinembargo, mis estudios, aunque no eran serios, no dejaban de ser provechosos. Puede aprenderse, aun gozando, y el vaiven de la hamaca, las sombras de las ramas inclinadas sobre el pavimento á traves de las columnas de madera del patio, la vista de la cuarteada cúpula de la Catedral que se delineaba

* Tunas—N. DEL T.

®Biblioteca Nacional de Colombia

color de violeta en el fondo azul del cielo, todas estas cosas contribuian á grabar irrevocablemente en mi espíritu cada una de mis reflexiones. En el silencio del gabinete, sobre todo durante las noches frias y lúgubres de nuestros paises del norte, el que busca la verdad la encuentra desnuda con toda su serena majestad, y puede mirarla frente á frente sin que nada turbe su contemplacion. Esta conquista tiene algo de heróica; es sin duda, la mas digna del hombre, pero es solitaria, por decirlo así, y no presta su poesía á nada de lo que le rodea. En medio de la naturaleza tropical, potencia mágica que embellece todos los objetos, cada pensamiento es al mismo tiempo un cuadro; las abstracciones, tan frias en el norte, armonizan con todo lo que las rodea, y frecuentemente una idea espera que un rayo de sol pase al traves del follaje para despertarse en los espíritus. Las almas vibran de concierto con la gran alma de la tierra.

Con la noche vienen los bailes y los paseos. Los tocadores de tamboril y castañuelas se reunen en las esquinas de las calles, é improvisan conciertos que los muchachos imitan de léjos con gran acompañamiento de calderos y carracas. Los jóvenes se reunen en casa de las amigas que celebran sus dias, y bailan en torno de un altar adornado con flores y guirnaldas; al lado de la imágen

®Biblioteca Nacional de Colombia

de la Patrona se suspenden todos los objetos preciosos existentes en la casa: collares, brazaletes, abanicos, piezas de género, láminas francesas representando el entierro de Atala ó la muerte de Poniatowski. * Los ministriles tocan con una especie de furia sus destemplados retornelos, recostados en muebles forrados en zaraza, y no descansan sino de hora en hora para apurar de prisa un vaso de chicha. Entra el que quiere, sea para bailar, sea para tomar de los refrescos que circulan á expensas del dueño de la casa y de sus *niñas*. La casa pasa á ser todas las noches de propiedad pública hasta el aniversario del natalicio de otra jóven. †

Gracias á la belleza de las noches, los paseantes son mas numerosos en la playa que los danzantes en las salas de baile; los gru-

* Poniatowski, conocido con el sobrenombre de *Bayard-Polonais*, era sobrino de Estanislao II, rey de Polonia. Se distinguió por su indomable valor, y viéndose obligado á expatriarse, tomó servicio en el ejército de Napoleon I, haciendo en 1809, con 8,000 hombres, una brillante defensa de Varsovia, contra 60,000 austriacos y batiendo al archiduque Fernando. Fué nombrado mariscal de Francia en el campo de batalla de Leipsick, y pereció poco despues ahogado en el Elster (19 de octubre de 1813), en cuyo rio se precipitó ántes que rendirse, cuando no pudo proteger la retirada del ejército—N. DEL T.

† Creemos que el autor confunde la celebracion del natalicio con la de la "Invencion de la Santa Cruz," la cual tiene lugar en los nueve dias que trascurren del 2 al 10 de mayo, y se verifica en los términos que él indica, durante las noches de esos nueve dias—N. DEL T.

®Biblioteca Nacional de Colombia

pos se mezclan, se separan, se modifican; por diversas partes se oyen cantos que se confunden con el armonioso ruido de las olas. Los que no conocen el esplendor de las noches tropicales, no pueden figurarse cuan dulces son las horas que se pasan á la luz velada de esas noches deliciosas; ignoran á qué grado puede uno gozar acariciado por la límpida atmósfera que lo rodea; todos los sentidos están halagados á la vez, los movimientos se hacen con tanta suavidad, que uno puede creerse libre hasta de su propio peso. El cielo cuyas ertrellas brillan con una claridad cuatro veces mayor que en la zona templada * está casi siempre sin nubes, y se puede contemplar en toda su extension el flamígero arco de la via lactea. La luz zodiacal, que muchos astrónomos americanos pretenden ser un anillo semejante al de Saturno, redondea su inmenso arco hácia el occidente: al sur se presentan como copos de nieve las nubes magallánicas, y grupos de constelaciones tan vastas como nuestro cielo y perdidas sinembargo como un vapor en el espacio infinito. A cada instante estrellas errantes mucho mas voluminosas en apariencia que las de nuestros climas y que dejan en pos de sí largos rastros de luz de variados colores, cruzan el cielo en todas direcciones: diríase á veces que aquellas exhalaciones son cohetes y fue-

* Segun Alejandro de Humboldt.

®Biblioteca Nacional de Colombia

gos de artificio: sinembargo, jamas hacen explosion. Esta circunstancia y el número y volúmen de las estrellas errantes, me parece que dan un gran peso á la opinion de los sabios, que no ven en estos meteoros otra cosa, que la combustion espontánea del gas escapado de los pantanos. En efecto, en ninguna parte fermentan tantas materias corrompibles como en las lagunas de las selvas tropicales, y los gases que de ellas se levantan pueden formar sin duda alguna, verdaderas nubes en las regiones superiores de la atmósfera.

Otra cosa contribuye tambien á aumentar la influencia casi embriagadora de las noches tropicales en el organismo: los perfumes de los huertos y de los bosques. Las flores de cada especie se abren unas despues de otras, y derraman en el aire el olor especial que las distingue. Algunos de estos olores, entre otros el de la palma *córua*, hacen una irrupcion repentina é invaden bruscamente la atmósfera: otros, mas discretos, se insinúan con lentitud y se apoderan gradualmente de los sentidos; otros producen una especie de ritmo en las olas aéreas, y brotan de las flores por intervalos; pero todos se suceden en un órden regular y producen así un verdadero diapason de perfumes. Imitando á Lineo, que proponia la construccion de un reloj de flores, en el cual las horas se marcarian por la abertura de

®Biblioteca Nacional de Colombia

las corolas, MM. Spyx y Martius, los célebres exploradores del Brasil, proponian convertir un jardin en un vasto reloj tropical, en el cual se indicaria cada division del tiempo por un olor diferente, escapado de una flor entreabierta como el humo se escapa del incensario.

VII.

LOS ALREDEDORES DE SANTA MARTA — LA HORQUETA — EL INGENIO DE ZAMBA — EL MÉDICO HECHICERO.

Despues de haberme instalado en Santa Marta, me faltaba hacer algunas excursiones por la explanada y por las montañas que la circundan con su gigantesco anfiteatro. Dirigí mi primera correría hácia el promontorio que cierra del lado del norte las salinas y el puerto de Santa Marta, cuyas escarpadas cimas dominan atrevidas las ondas. Gracias á una estrecha barranca abierta por las aguas de las lluvias en las rocas de pizarra, pude subir, no sin trabajo, hasta el punto culminante de la colina. Desde lo alto de la enorme mole en la cual me encontraba, dominaba á la vez dos extensas bahías. A la izquierda se redondeaban los suaves contornos de la rada de Santa Marta, en donde se balanceaban algunos buques al ancla; á la derecha, se desplegaba el puerto de Taganga, mas abierto; pero mucho mas extenso que el de la ciudad, y sinembargo,

®Biblioteca Nacional de Colombia

rara vez visitado si no es por alguna goleta de contrabandistas ó una canoa de indios. En este momento, nada me recordaba al hombre, ni siquiera una miserable choza sobre la ribera.

No obstante mi deseo de contemplar por mas largo tiempo los dos golfos tan graciosamente cercados por la estrecha cadena, la violencia del viento me obligó bien pronto á descender de roca en roca, como pudiera por una escalera y agazaparme sobre la arena en una gruta defendida de las olas por arrecifes en desórden. El viento se hace sentir siempre con una fuerza mayor á cierta altura sobre el nivel del mar; en la propia superficie de las olas, el rozamiento con el agua sobre la cual se desliza, lo retarda miéntras que mas alto no experimenta ninguna resistencia y sopla con toda su fuerza: las velas superiores de las naves se inflan siempre mas fuertemente que las bajas. Por medio de pequeños hélices fijados en los mástiles, me parece que podria medirse la intensidad del viento en alturas diversas, y acomodar para las corrientes atmosféricas los cálculos que el ingeniero de Prony ha hecho para los rios: podria descubrirse tambien, á qué altura sobre el nivel del mar se hace sentir el máximo de fuerza del viento en cada estacion y en cada latitud. Este trabajo, que, para ser completo y concluyente requeriria numerosos y repetidos experimen-

®Biblioteca Nacional de Colombia

tos, se haria mas fácil por la regularidad con la cual sopla sobre las aguas el viento de la zona tropical; léjos de propagarse como los vientos de nuestros climas por una sucesion de soplos violentos que separan intervalos de reposo, la brisa recorre el espacio con un impulso siempre igual: es una corriente cuya celeridad no cambia.

Mi segunda excursion fué mas larga y ménos fácil que la primera: se trataba de atravesar la boca del rio Manzanáres, costear la playa hasta las ruinas del fuerte San Cárlos, * y subir la montaña que lo domina. Nada mas sencillo en apariencia; pero no contaba con una república de perros salvajes, que habian establecido su campamento sobre la ribera izquierda del rio, y no dejaban invadir su dominio sin defenderlo. Apénas habia atravesado la barra, largo valladar de arena alternativamente bañado por las aguas dulces del Manzanáres y por las saladas del mar, cuando ví que cinco mastines vigorosos se levantaron de un salto de las altas yerbas en que estaban acostados, y se lanzaron hácia mí con el ojo ardiente y el cuello tendido. En un momento estuve rodeado, y las cinco furiosas bocas se abrieron para devorarme, pero cogí un pedazo de madero que estaba clavado en la arena, y rompí con él la quijada al animal mas en-

* San Fernando era el nombre de este fuertes.
N. del T.

®Biblioteca Nacional de Colombia

carnizado. Este fué un golpe de teatro; los mastines se detuvieron moviendo la cola en señal de afecto, y se echaron á mis piés. El perro de la quijada colgante y ensangrentada, me miraba con una ternura mas servil que los demas. Este cambio repentino equivalió para mí, lo confieso, á la lectura de un largo artículo de historia ó de filosofía. Cuántos hombres, cuántos pueblos se han doblegado así bajo la mano que los golpeaba! Cuántos esclavos no hay en América y en otras partes, que gimen bajo la opresion y que sinembargo, aman cobardemente á sus amos, y corresponden cada acto de tiranía con un nuevo envilecimiento!

Média hora despues llegué al fuerte de San Cárlos, cuyos bastiones se levantan sobre la roca al traves de la playa. Las murallas están desmanteladas, los cañones expuestos hace mas de un siglo al áspero viento del mar, se desmoronan en planchas herrumbrosas; el océano ha formado grutas en las casamatas. Nada mas apasible que todo este tren de guerra mellado por el tiempo; en ninguna otra parte pueden formarse mejores ilusiones que al pié de estas murallas que tanto tiempo ha dejaron de amenazar á las escuadras. Desgraciadamente, desde lo alto del fuerte, se goza de una vista demasiado limitada, si no es hácia el mar, que se extiende al occidente en toda su inmensidad; pero del lado de tierra sola-

®Biblioteca Nacional de Colombia

mente se ve un estrecho horizonte de rocas y cactos.

Para contemplar en toda su belleza el panorama de la explanada, es necesario arriesgarse en las escarpadas pendientes de la montaña al pié de la cual fué construido el fuerte. Las dificultades de la ascension principian en la base misma del cerro. Las rocas pizarreñas de que se compone, están formadas de una masa muy deleznable que se rompe al pisarla y rueda en pedazos á lo largo de las escarpas. Las únicas plantas que crecen en las fragosidades pertenecen á la familia de los cactos y están erizadas de espinas formidables; el suelo mismo está todo sembrado de estos dardos acerados. Para subir por en medio de las piedras que ceden al poner el pié en ellas, corriendo á cada instante el riesgo de perder el equilibrio, es necesario colocarlo con la mayor prudencia entre las espinas ó introducir delicadamente el cuerpo por debajo de los troncos y de las ramas de los cactos entrelazados. Un solo paso falso, un solo gesto estemporáneo, y puede uno cegarse ó herirse gravemente enterrándose en las carnes un manojo de alfileres. Ántes los españoles de Colombia plantaban á las inmediaciones de sus fortalezas hileras de cactos, y estas fortificaciones vegetales eran mas difíciles de tomar que las murallas rodeadas de fosos.

®Biblioteca Nacional de Colombia

A fin de conocer mejor el aspecto general de estas montañas en que deseaba establecerme, y familiarizarme al mismo tiempo con los peligros que presentan, resolví internarme en la *montaña*, * y subir tanto cuanto me fuese posible por los flancos de la Horqueta. Todos aquellos á quienes pedia algunos datos sobre esta montaña, procuraban amedrentarme con la descripcion de una multitud de peligros imaginarios: uno me habló de serpientes y tigres; un indio, fuerte en aritmética, pretendió persuadirme de que habia una treintena de estos animales, catorce machos y diez y seis hembras, correteando por las pendientes de la Horqueta. Otro me aseguró que existia en los valles superiores una tribu de salvajes que tenian la costumbre de asesinar á los extranjeros por medio de flechas untadas del veneno del *curare*. Un tercero sostenia que las montañas estaban encantadas, y que los naturales, hábiles hechiceros, se entendian con el diablo para guardar la entrada de sus desfiladeros. El que salvaba la primera garganta, me decia él, debe desafiar torrentes de lluvia que descienden del cielo como verdaderas cataratas. Si la fuerza y el valor no le faltan, y llega al segundo desfiladero, es asaltado por un huracan

* Selva vírgen. En casi todas las antiguas cartas francesas de la América, *montaña* ha sido traducida erróneamente *montagne*.

®Biblioteca Nacional de Colombia

de nieve; si á pesar de la tempestad, continúa subiendo la roca, entónces el diablo en persona viene á su encuentro y muestra sus cuernos al viajero obstinado.

Esta fábula se apoya en un fondo de verdad y puede dar á las gentes supersticiosas una vaga idea de la superposicion de los climas en los flancos de las altas montañas. En efecto, la Sierra-Nevada, colocada como una gigantesca barrera al traves del camino seguido por los vientos alisios, recibe en sus valles todos los vapores que se levantan del mar; despues del medio dia, entre dos y tres, ó mas tarde, aun en las dos estaciones de sequedad anuales, cuando un implacable azul se extiende sobre la explanada, la tempestad estalla en la Sierra, y los vapores se precipitan en copiosas lluvias en los valles inferiores, en huracanes de nieve en las pendientes elevadas. A mayor altura se extienden los *páramos*, mesetas desiertas en donde los que no están habituados al tránsito de las montañas son atacados frecuentemente de vértigo. ¿A qué atribuir este vértigo sino á los maleficios del demonio?

Yo temia poco los sortilegios; pero en la ausencia de guias no podia pretender descubrir solo los desfiladeros practicables y los senderos abiertos por el tapir al traves de los montes y de las malezas. En Santa Marta, ni un solo hombre, blanco, negro ó

®Biblioteca Nacional de Colombia

zambo, habia penetrado en la sierra hasta la base de la Horqueta. Cuarenta dias ántes de mi llegada, una docena de hombres abastecidos de provisiones y armas, habian partido para la montaña con la esperanza de obtener del gobierno la concesion de 16,000 hectaras de excelentes tierras, prometidas al que, ó á los que descubrieran una garganta fácil en la direccion del Valle-Dupar, ciudad situada en línea recta á veinte y cinco leguas al sudeste; pero la expedicion léjos de atravesar la cresta de la sierra, descendió por un valle lateral al pueblo de la Fundacion, cerca de la Ciénega. Es, pues, cierto, que estas montañas son de difícil acceso; sinembargo, jamas podrá uno admirarse suficientemente de que una cima de mas de cuatro mil metros que se levanta á ménos de cuatro leguas de Santa Marta, haya permanecido inexplorarda hasta hoy.

Los picos mas elevados no han recibido nombre siquiera, y nadie pudo decirme cuál era el San Lorenzo, frecuentemente citado en las obras de Humboldt. Presumo que este gran viajero designó así la Horqueta. No pudiendo encontrar á ningun español que quisiera servirme de guia, recordé la promesa que habia hecho á Zamba Simonguama, y resolví visitarlo en Bonda, esperando encontrar en él un excelente compañero. Pregunté sencillamente dónde estaba

®Biblioteca Nacional de Colombia

situado Bonda, pero se me miró con aire de admiracion.

—*No hay gente en la Sierra.*

—Cómo, los pueblos están desiertos?

—*No hai gente, le digo, no hay sino chinos.*

Doblemente admirado de esta asercion contradictoria que negaba la existencia de habitantes en los pueblos de la Sierra y afirmaba al mismo tiempo que los chinos estaban establecidos en ellos, insistí en poseer la llave de este enigma, y descubrí que los habitantes de la explanada, blancos y negros, tienen solos el nombre de *gente;* en cuanto á los indios de las montañas, no tienen derecho al título de hombres, no son sino *chinos.*

Este nombre, como el de indio, evidentemente impuesto á los indígenas de la América por los primeros conquistadores, es una nueva prueba de que los españoles estaban firmemente persuadidos de que habian descubierto las costas orientales del Asia. Cristóbal Colon creia que las costas de Veraguas, cerca de Portobelo, estaban á nueve jornadas de marcha de la embocadura del Ganges. Para él la isla de Cuba no era otra cosa que el Japon ó reino de Cipango, la Costafirme era una península de la vasta y misteriosa *Tierra sinensis*, y los *pieles-rojas*, eran chinos ó indios. En el embarazo de la decision, se les dieron ámbos nombres: el

®Biblioteca Nacional de Colombia

uno ha sido adoptado en Europa, miéntras que el otro se ha perpetuado en la América del Sur hasta nuestros dias. Por largo tiempo los castellanos rehusaron el título de hombres á los indígenas y los trataron como bestias. Los negros importados de Africa no fueron mas respetados al principio; pero á consecuencia de los cruzamientos y de la abolicion de la esclavitud, la mezcla entre blancos y negros se obró gradualmente, miéntras que los indios quedaron aparte en sus valles montañosos. Poco á poco los negros y mulatos, con su presuncion natural y la potencia de similacion que los distingue, han formado resueltamente entre la *gente*, y dejan para los indios solos la calificacion de *ninguno*. No hay necesidad de decir que nadie hace esta distincion injuriosa en los Estados mas civilizados de la Nueva Granada, * en las altas planicies, donde los indios forman la mayor parte de la poblacion y han nacido hace mucho tiempo para la vida política. Las tribus de indios que no se han mezclado á la masa del pueblo y viven aparte en sus caseríos ó en sus ranchos, son los únicos que los habitantes de las ciudades se permiten tratar así; ellas forman poco mas ó ménos la vigésima parte de la poblacion granadina.

* Ni tampoco en nuestras costas del Atlántico, pues aunque es cierto que á los naturales de los pueblos los llaman *indios*, no es por desprecio, sino porque descienden de la raza primitiva—N. del T.

®Biblioteca Nacional de Colombia

El deseo de ver esos *chinos* no podia ménos que aumentar mi ardor para realizar la excursion á la Horqueta. Mi amigo Ramon Díaz ofreció acompañarme hasta Mamatoco, pueblo de indios situado á una legua de Santa Marta, sobre la ribera izquierda del Manzanáres. El ancho sendero que conduce á este pueblo cruza los huertos, rodea al norte de la explanada la base de la cadena montañosa, despues sigue por un desfiladero entre esta cadena y algunos mamelones rocallosos cubiertos de cactos. Por allí, durante las fuertes crecientes, el Manzanárez derrama sus aguas y amenaza á la ciudad de Santa Marta. En cada una de estas inundaciones, arrastra consigo enormes cantidades de arena que cubren el camino con su masa movediza y hacen el tránsito de él sumamente penoso. Mas allá del rio, que se atraviesa á vado, el camino es excelente, y se llega en pocos minutos al pueblo de Mamatoco, larga calle formada por cabañas y que remata en una pequeña plaza en que se levanta una casa de ventanas y barandas, perteneciente al cónsul inglés.

Casi todos los indios, hombres, mujeres y niños, estaban ocupados en sus huertos y en sus cañaverales; la calle estaba desierta, y los únicos habitantes del pueblo eran los buitres (*gallinazos*), posados sobre los techos de hojas de palmas. No reteniéndome en Mamatoco ningun objeto especial, me

®Biblioteca Nacional de Colombia

despedí de Ramon Díaz despues de haber obtenido las señas necesarias, y me apresuré á recorrer el sendero montuoso que conduce á traves de la selva al hermoso valle de Bonda.

Mi antiguo compañero de viaje, Simonguama, me recibió con una explosion de alegría y corrió á llamar á sus amigos para festejar con ellos mi bienvenida con una botella de chicha; en seguida me sirvió un refresco de frutas y de *pichipichis:* * y me comprometió á pasar la noche en su cabaña. Verdadero *caballero*, me mostró y puso á mi disposicion sus herramientas, sus instrumentos y hasta sus vestidos; pero olvidó presentarme á su mujer, india despavorida, cuya desordenada cabellera flotaba al viento como las crines de un caballo. Su marido no le dirigia nunca la palabra; se contentaba con darle sus órdenes por señas que ella comprendia por demas de un modo admirable y se esmeraba en ejecutarlas inmediatamente. Ante los extranjeros la mujer del piel-roja de la Sierra, es siempre una esclava muda. ¿De dónde viene esta desaparicion de la esposa cuando ella ve penetrar un tercero en la cabaña conyugal? Quizás de un refinamiento de celos de parte del esposo. Con esta religiosidad que él observa generalmente en todos sus actos, el

* Pequeñas conchas bivalvos que presentan alguna semejanza con el *cardium esculentum.*

®Biblioteca Nacional de Colombia

marido considera á su mujer mas bien como una institucion que como una persona ; ella es su propiedad por excelencia y para ampararla mejor, no quiere que sea admirada siquiera. El musulman cubre con un velo á su mujer ; mas celoso todavía, el indio la rebaja sistemáticamente en presencia del extranjero : hace de ella una esclava, le prohibe la palabra, casi la mirada, le quita toda individualidad y la suprime por decirlo así. Acostumbrada á su papel de máquina, la mujer lo ejecuta admirablemente.

Mi título de frances me valió una acojida favorable de parte de todos los indios invitados por Zamba. Los piratas bretones y nanteses que ántes espumaban el mar de las Antillas y que dejaron tan sangrientos recuerdos en las costas de Colombia y en la América central, solamente atentaban contra las fragatas, las plantaciones, las ciudades españolas, y en sus expediciones tomaban frecuentemente á los indios por compañeros en los asesinatos y el incendio. De aquí sin duda, esa popularidad que acompaña al frances. A pesar mio, vine al cabo de muchos años á tener alguna solidaridad con los antiguos piratas de la isla de la Tortuga.

Así como las otras tribus de la Sierra Nevada de Santa Marta, todas conocidas con los nombres de sus pueblos, Gaira, Mamatoco, Masinga, Taganga, la tribu de los

®Biblioteca Nacional de Colombia

bondas desciende del antiguo pueblo de los Taironas, quienes, á la llegada de los españoles, cultivaban los valles y las pendientes de las montañas hasta el pié mismo de los hielos, y podian, dicen, poner mas de 50,000 combatientes sobre las armas. Mas de una vez rechazaron á los españoles en batalla campal, y la playa de Gaira conserva aun el recuerdo de la terrible lucha en que todo un ejército de invasores blancos fué exterminado sin que quedase uno solo. Sinembargo los indios, atacados nuevamente, cedieron al fin ante la disciplina y las armas de fuego de los europeos, y probablemente debieron á su retirada á las montañas el haber escapado en parte al exterminio. Hoy los descendientes de los antiguos Taironas están en un estado de transicion. No han entrado aun en la corriente de la vida civilizada, como sus hermanos de los Estados de Santander y Boyacá, y sinembargo no viven ya en su fiera y salvaje libertad antigua. No hablan siquiera la lengua de sus padres, y desde la guerra de la independencia, que los trasformó en soldados y ciudadanos, han perdido el sentimiento de la patria local para adherirse á la gran patria granadina. En este nuevo patriotismo está el gérmen de su futura regeneracion.

Los caciques de los indios de la Sierra han tenido siempre una autoridad libremente consentida por los miembros de la

®Biblioteca Nacional de Colombia

tribu; pero ántes podian juzgar todas las causas y pronunciar todas las sentencias de una manera absoluta y sin apelacion. Hoy los caciques no son en realidad sino simples jueces de paz, y todos los negocios importantes deben pasarse al tribunal de Santa Marta. Simonguama lo habia experimentado á su costa. Si él hubiese sido juzgado en su tribu, no habria sido condenado ciertamente á la fuerte pena que tuvo que sufrir por haber penetrado de noche en la cabaña de un mulato de Mamatoco y haberla pillado completamente. Cada pueblo tiene su moral: á los ojos de los otros bondas, Zamba solamente habia cometido una falta, y cuando volvió del *presidio*, no habia perdido nada en la estimacion de sus compañeros.

A pesar de las apariencias, la religion de los indios de la Sierra, difiere igualmente de la de los samarios. Es verdad que ya no adoran el Sol: en general, tienen tambien en su cabaña una pequeña imágen de la Vírgen, fija á una vigueta con un alfiler ó con un clavo; pero esta imágen no basta para hacerlos católicos. La santa vírgen les parece una buena y pequeña diosa, suficiente á lo mas para la proteccion del hogar; pero completamente impotente fuera de la cabaña. Que salven el umbral de sus puertas, inmediatamente verán erguirse por sobre las selvas y los picos las dos grandes

®Biblioteca Nacional de Colombia

puntas azules de la Horqueta. Esta doble cima, es la grande, la temible diosa de todas las tribus que viven á su sombra; es ella la que arranca las nubes al cielo para ceñirse la frente, es ella la que vierte los torrentes en sus gargantas y sus valles, ella la que brama con la voz de las tempestades; la explanada que se extiende á sus piés es fertilizada por sus lluvias y sus arroyos. ¿No es á ella á la que es necesario rendir todo homenaje por el crecimiento de las plantas y por el sustento diario? ¿No es ante ella que debe temblarse cuando lanza la tempestad en los valles que la rodean?

Despues de su vuelta del presidio, Zamba Simonguama habia tenido tiempo para hacerse industrial y montar un pequeño trapiche. Durante los pocos instantes de reposo que me dejaba su solícita hospitalidad, traté de examinar en detal todos sus aparejos de fabricacion. Lo mismo que los de todos los modestos ingenios de la Sierra, se reducen á muy poca cosa; pero no por eso dejaron de parecerme bien respetables como el tipo original de las sabias y complicadas máquinas que se ven hoy en los importantes establecimientos de Europa y América. Un asno atado á un madero, hace girar uno sobre otro los dos cilindros de madera dentados; un muchacho introduce el extremo delgado de la caña de azúcar entre los dos cilindros, la caña se hace pedazos,

®Biblioteca Nacional de Colombia

y el *vino de caña* pasa por un tubo de bambú á una enorme calabaza, en donde un segundo muchacho, provisto de una calabaza mas pequeña, toma el jugo para trasladarlo á la marmita que sirve á la vez de *grande*, de *refinador*, de *miel* y de *baticion*. * Esta marmita, sostenida por algunos ladrillos, descansa en una hornilla cavada en el suelo, de suerte que para activar el fuego, el atizador se ve obligado á bajar al fondo de un agujero de mas de un metro. En todas las veinte y cuatro horas se vacia la miel de la marmita en una cubeta chata, en la cual se condensa lentamente; en seguida se corta en *panelas*, pequeños panes rectangulares que forman con los plátanos la base de la alimentacion en las provincias septentrionales de la Nueva Granada. Sucede frecuentemente que los indios y los negros se contentan con azúcar para su comida. Yo he calculado que en las costas atlánticas de Colombia cada persona come mas de ciento cincuenta kilógramos de azúcar por año. En ningun pais del mundo, ni aun en las Antillas, es tan considerable el consumo de este artículo; pero tampoco en ninguna parte la caña es mas rica en azúcar, y aunque los medios de extraccion son enteramente primitivos, el rendimiento del caldo

* Nombre de las cuatro calderas por las cuales debe pasar el jugo de la caña sucesivamente ántes de sacar el aguardiente.

®Biblioteca Nacional de Colombia

de la caña en azúcar cristalizada, es de cerca del diez y seis por ciento.

Cuando llegó la noche, queriendo Simonguama, darme la hospitalidad como verdadero gentil-hombre español, hizo que su mujer desplegase una gran tela nueva tejida con las fibras de la pita americana; despues, subiendo sobre un tronco de guayacan que servia alternativamente de silla y de mesa, logró colgar esta tela sobre mi lecho, especie de zarzo fijado mas abajo del techo. Quizá nunca se habia desplegado por indio alguno lujo semejante, y yo manifestaba mi reconociniento á Zamba, cuando de repente cayó un escorpion de uno de los pliegues de la tela. Mis gracias espiraron en los lábios, y fué con verdadero horror que salté sobre mi lecho. Aquella noche fué para mí muy poco agradable, lo confieso, pues me parecia á cada instante que otro escorpion iba á enterrar su dardo en mis carnes.

Al dia siguiente, descendiendo de la percha de cañas silvestres sobre la cual habia pasado la noche tan desagradablemente á tres metros sobre el suelo, insté á Simonguama para que me acompañase á la Horqueta; pero me confesó que no conocia esa region de las montañas y que solamente habia recorrido las *sierritas* de las inmediaciones. Ofreció al mismo tiempo conducirme hasta Masinga, pueblo situado en la

®Biblioteca Nacional de Colombia

cima de un terraplen muy elevado, desde donde se disfruta de una vista admirable sobre el mar y la explanada de Santa Marta. En efecto, apénas dirigí mi peticion al *caporal* ó cacique de los indios de Masinga, cuando éste me presentó un jóven que, decia él, podia llevarme *por todas las partes del mundo*. Me apresuré á arreglarme con este guia incomparable, y partimos inmediatamente.

Durante muchas horas consecutivas, marchamos á traves de la selva, sobre la pendiente de un valle en que oiamos correr un torrente; despues seguimos un camino abierto por las cabras por en medio de los pastos, y hácia las dos de la tarde llegamos á una explanada árida donde se perdia toda traza del sendero. Al frente aparecia azul y serena la doble cabeza de la Horqueta, separada de nosotros por un abismo; cambiando de frente, podiamos percibir aun la explanada ostentando su verde cintura al rededor de la concha tranquila del puerto. El guia que hasta allí habia marchado con paso firme, daba señales de inquietud; habia llegado evidentemente al límite de ese mundo que conocia tan bien, y llegó mi vez de conducirlo á él. Subí desde luego á un gran *peladero*, * con la esperanza de poder rodear del lado del sur el gran valle que se

* Montecillo de rocas, desnudo de toda vegetacion por la intemperie.

®Biblioteca Nacional de Colombia

extiende al pié de la Horqueta ; pero vi que era necesario atravesar el golfo, y eligiendo para descender una garganta cuyas pendientes estaban cubiertas por un monte de cañas espinosas, descendí lo mejor que pude al lecho del torrente. Sus bordes estaban sombreados por una vegetacion de tal manera embrollada, que para avanzar era mas fácil deslizarnos de rama en rama como monos, que arrastrarnos por el suelo. Despues de habernos despedazado los vestidos, las manos y el rostro, logramos subir á la meseta que domina la otra ribera ; pero habiendo llegado al límite de las selvas que se extienden sobre las pendientes mismas de la montaña, nos fué imposible pasar la barrera de troncos, bejucos y parásitas entrelazados. Al mismo tiempo se formaba una tempestad amenazadora sobre nuestras cabezas. Me fué forzoso ceder á las súplicas de mi guia y dicidirme á volver cara ignominiosamente. Tal como se me habia predicho en Santa Marta, los sortilegios del diablo obtuvieron la victoria.

Para regresar á Masinga, me pareció que el camino mas cómodo era el lecho del torrente cuyo valle habiamos rodeado. Esta fué una bajada penosa ; durante mas de dos horas, con una fuerte lluvia, nos fué necesario saltar de grada en grada en una inmensa escalera cuyos escalones son rocas y troncos de árboles arrojados al acaso. Todos

®Biblioteca Nacional de Colombia

los que están acostumbrados á las excursiones de las montañas, saben que para descender así, es necesario entregarse enteramente al instinto y dejar que la intelijencia, que ordinariamente se tiene en la cabeza, se refugien en los miembros; reflexionar, cuando un pié se detiene en la punta de una roca y el otro se balancea en el espacio, es caer, y caer, es despedazarse el cráneo. Tan pronto era preciso saltar por encima de la rama de un árbol; tan pronto arrastrarse por debajo, despues lanzarse sobre una roca en medio del agua blanca de espuma, mantenerse en equilibrio sobre el borde de un precipicio, apoyar el pié en la fragosidad de una pared vertical, y saber sostenerse, sin quebrarla, de una rama seca, ó de una gavilla de yerba sin arrancarla.

Así descendiamos, cuando de repente sentí en un ojo un vivo dolor; una abispa del pais, la *conchahonda*, cuyo enjambre suspendido de una rama de árbol toqué por descuido, me picó en el párpado. En pocos segundos, el ojo picado estaba enteramente cerrado, y el otro no dejaba pasar la luz sino á traves de una abertura estrecha. Apénas veia, y me dejé deslizar trabajosamente de piedra en piedra, cuando de repente me encontré sumergido en el agua hasta medio cuerpo, en el fondo de un pequeño pozo cavado en la roca al lado de una cascada bramadora.

®Biblioteca Nacional de Colombia

Felizmente no estaban léjos las primeras cabañas de Masinga; me arrastré penosamente con la ayuda de mi guia, y me dirigí donde el caporal para reclamarle la hospitalidad á que me daba derecho mi carácter de extranjero. Mi huésped me puso inmediatamente una compresa en los ojos, me subió al zarzo de cañas silvestres suspendido de las vigas del techo; despues se fué á buscar al médico hechicero del pueblo. Éste, hermoso jóven, de ojo meditabundo, de andar vacilante, me acarició largamente la cara, como tienen la costumbre de hacerlo los indios con sus enfermos, despues me aplicó sobre el párpado una hoja de naranjito. *

En pocos minutos me sentí completamente curado.

VIII.

SAN PEDRO — MINCA — EL PLANTADOR FILÓSOFO — LOS CORREOS.

Durante mi permanencia en Santa Marta, que se prolongó algunas semanas, pude comprender cuán difícil me seria fundar una explotacion agrícola tal como yo la concebia. Casi toda la explanada está dividida en porciones de muy escasa extension, pertenecientes á mestizos y negros que cultivan ellos mismos árboles frutales y vienen todas las mañanas á la ciudad conduciendo su recoleccion de frutas.

* Arbusto cuya hoja se asemeja á la del naranjo.

®Biblioteca Nacional de Colombia

Yo no podia pensar en una asociacion con estos agricultores, bravas gentes que viven sin ninguna preocupacion por el porvenir, y pasan su vida, demasiado perezosa por otra parte, en disputas con motivo de los conductos de irrigacion, frecuentemente estancados en provecho de uno solo. En cuanto á los valles y pendientes de la Sierra, cuyos terrenos, de una fertilidad exhuberante, bastarian para alimentar ámpliamente á medio millon de hombres, han sido concedidos hace mucho tiempo á algunos grandes capitalistas que no quieren ni vender ni cultivar, y, con la indefinida esperanza de una futura colonizacion emprendida en una escala gigantesca, rehusan enajenar la menor porcion de su imenso territorio. Jamas lo han visitado, jamas han recorrido esas soledades, aun ignoran su verdadera extension; pero al ménos pueden cada tarde, al pasearse por la playa, contemplar las azules montañas, los valles cubiertos de sombra que les pertenecen, y decir con satisfaccion: Todo ese horizonte es mio!

Las pendientes de la Sierra Nevada que dan frente á Santa Marta son las únicas monopolizadas en prevision de futuras inmigraciones; las demas y la mayor parte de la cadena central no han sido concedidas todavía á nadie por el Gobierno de la República, y todo colono sério puede establecerse allí sin pasar bajo las horcas caudinas de

®Biblioteca Nacional de Colombia

un primer concesionario. Desgraciadamente todas esas regiones son de todo punto inaccesibles á los viajeros que partan de Santa Marta, y, para penetrar hácia el interior, siquiera de la mole principal de la Sierra, es indispensable elegir como punto de partida la ciudad de Riohacha, ó los pueblos situados al mediodia en el gran valle del rio Cesar. Debia, pues, resolverme á abandonar el Dorado de la explanada del Manzanáres; pero con el objeto de gozar de él el mayor tiempo posible, resolví completar á los alrededores de Santa Marta mis estudios preliminares sobre la agricultura tropical.

Por esta época, las únicas explotaciones importantes del distrito eran las de San Pedro y Minca, pertenecientes entrámbas al mismo propietario, el señor Joaquin de Mier, el mas rico comerciante de la ciudad. San Pedro está situado no léjos de Mamatoco, entre el Manzanáres y su principal afluente, que desciende de las gargantas de la Horqueta. El agua, este elemento tan necesario para las plantas, corre murmurando por pequeños acueductos distribuidos á lo largo de los canales de servicio; árboles gigantescos arraigados al borde del rio balancean sus hojas, de un verde oscuro, por encima de los vastos campos de caña; en el huerto de donde se escapan aromas que pudieran llamarse irritantes, se ven innumera-

®Biblioteca Nacional de Colombia

bles arbustos cubiertos de flores que se abren extendidas ó chorrean en forma de cascada sobre las ramas inclinadas; por todas partes la naturaleza, como madre generosa, da productos magníficos sin mayor trabajo. La hacienda contrasta con la exuberante vegetacion que la rodea. Los edificios de explotacion se encuentran en mal estado; los patios están desempedrados; la máquina de vapor, toda desarreglada, funciona rara vez y la mayor parte del jugo de la caña se emplea en la confeccion de la bebida llamada guarapo. Fué en San Pedro, en una modesta alcoba de la casa de habitacion, que murió en 1830 el general Bolívar, acusado por sus compatriotas de haber atentado á las libertades públicas de su patria y de haber gobernado á estilo de emperador la República que lo habia nombrado su presidente. *

Minca, llamado así por una tribu de indios que en otro tiempo habitó esta parte de la Sierra, es una de las mas antiguas plantaciones de café del Nuevo Mundo, y sus productos son muy estimados en todas las costas del mar Caribe. Así se ve que los cafés de Cúcuta, de la Sierra Negra y de otras procedencias usurpan frecuentemente

* El exagerado republicanismo de unos, la ambicion de otros y la ingratitud de los mas, formularon esa acusacion que jamas justificaron y cuya falta de fundamento ha venido descubriendo el tiempo.
N. del T.

®Biblioteca Nacional de Colombia

aquel nombre. Los extranjeros que permanecen algunas semanas en Santa Marta no dejan de visitar á Minca, y, á pesar de la fatiga de una marcha de cinco horas por caminos fragosos, jamas se arrepienten de esta excursion, la única que pueden hacer sin peligro en la Sierra propiamente dicha.

Rodeando el ingenio de San Pedro, se suben sucesivamente las pendientes de muchos peladeros, despues se sigue el borde de una garganta profunda, que mas que verla se adivina, tanto así se estrechan unos contra otros los árboles. Cuando uno se inclina sobre el estrecho sendero en que está como suspendido para mirar al fondo del valle, solamente divisa un abismo de follaje, una mezcla inextricable de troncos, bejucos y hojas. Apénas se distingue de cuando en cuando el brillo de un punto blanco, ó un copo de espuma que indica el paso del torrente cuyas cascadas braman como una tempestad. Los mismos árboles, cuyos troncos ocultos por la aglomeracion de las hojas no han podido divisarse en el fondo del golfo, entrelazan sus copas por encima del sendero, y solamente dejan pasar por entre sus ramas una vaga y misteriosa luz. El piso sobre el cual se marcha desaparece bajo las plantas de todas especies; podria creerse uno perdido en un océano de verdura. Hubo un momento en que no pude darme cuenta del paisaje que me rodeaba:

®Biblioteca Nacional de Colombia

me parecia á las veces que cruzaba por un puente de verdura echado sobre un torrente, cuya agua escuchaba mugir á una gran profundidad; pero los árboles que se levantaban á derecha é izquierda tenian tantas girnaldas de parásitas en flor, las entradas del puente estaban obstruidas de tal manera por grandes arbustos entrelazados, que no pude saber si era debido al trabajo del hombre, ó si era un arco abierto en las rocas por el torrente.

Se comprende que, en una naturaleza tan fragosa, el sendero desaparezca frecuentemente por la vegetacion, que esté obstruido por árboles caidos y quebrado por las inundaciones repentinas; sinembargo, al lado de este camino, cuyas curbas y zig-zags cambian todos los años por las pisadas de los animales y de los peones, se ve aun el antiguo camino de los indios mincas, enlosado con piedras de granito de mas de un metro de dimension. En los lugares en donde la pendiente de la montaña es muy rápida, las piedras están dispuestas en escalones; pero regularmente están colocadas de plano sobre el terreno inclinado, y forman un pavimento resbaladizo en el cual no se atreven á aventurarse las bestias, sobre todo en el tiempo de lluvias. Por otra parte, este camino no sirve para orillar ningun obstáculo, y sube las colinas escarpadas ó desciende á pico en los valles, sin desviarse de la línea

®Biblioteca Nacional de Colombia

recta; y se comprende que fué construido por una raza de montañeses para los cuales era desconocida la fatiga. Hoy de los indios mincas solamente queda el nombre y este camino monumental, al lado del cual los españoles trazaron su sendero cortado por barrancos.

De la cima de una roca escarpada que atraviesa el camino, se descubre repentinamente la plantacion de Minca, extenso claro que la selva circunda por todas partes con sus toldos de verdura. Hay un puente sobre el torrente de Gaira y en seguida una calle de naranjos conduce á la habitacion principal, situada á seiscientos metros de elevacion, á media pendiente de un contrafuerte de la Horqueta, que domina una garganta inculta que se redondea en semicírculo al pié de la montaña. Desgraciadamente su cafetal no está mejor conservado que el ingenio de San Pedro. Los árboles de café, plantados en quincunces, de tres en tres metros, están cubiertos de musgo; muy pocas frutas mezclan su brillante rojo al verde de las hojas; las yerbas abatidas por el aire, se abren paso á traves de la tierra, donde se colocan las bayas para hacer secar las cáscaras. Los obreros parecen tambien mucho mas inclinados á dormir la siesta que á cuidar los campos.

Cosa sorprendente! en esta plantacion tan fértil, donde basta sembrar al acaso para

®Biblioteca Nacional de Colombia

que la tierra produzca el céntuplo, donde podrian hacerse crecer en un mismo vergel todos los árboles frutales del globo, no se ha pensado en desmontar una parte de la selva para establecer en ella un platanal ó una hortaliza, y es preciso que todas las mañanas vaya una caravana de *peones*, asnos y mulas á buscar á Santa Marta, á cinco leguas de distancia, las provisiones para cada dia. Cuando me presenté en persona al *capataz* Fortunato, el valiente hombre se aterró verdaderamente por mi llegada inesperada, y con gran trabajo pudo descubrir en toda la hacienda cuatro plátanos y un trozo de azúcar para llenar conmigo los primeros deberes de la hospitalidad. Ordinariamente los visitadores llevan los víveres para no verse reducidos á tomar por todo alimento algunas tazas de café. *

La decadencia de Minca data de la abolicion de la esclavitud. Antes de esta época, un gran número de negros trabajaban, no

* Como el mismo autor lo dice en seguida, cuando él visitó á Minca, esta hacienda estaba en decadencia, y esa decadencia se debió, no á la incuria del propietario, sino á la carencia de brazos para hacer la recoleccion del café, cuyas primeras cosechas se perdieron completamente por tal causa. Por lo demas, tenemos seguridad de que el señor de Mier ignoró la visita que el autor hizo á sus propiedades, pues al haberla sabido aquel, habria sido su compañero, y entónces no habria extrañado la carencia de víveres, porque el señor de Mier conocia y sabia practicar dignamente los deberes de la hospitalidad—N. DEL T.

®Biblioteca Nacional de Colombia

bajo el látigo, porque en Colombia era muy raro que los esclavos fuesen maltratados por sus amos, sino bajo una vigilancia constante y un eficaz apremio moral del cual les era casi imposible evadirse. Daban su trabajo diario casi gratuitamente, y estuviera ó no presente el dueño, no dejaba de trabajarse lo necesario en la estacion favorable; los productos se recogian en el tiempo requerido, y el dinero pagado por las cosechas afluia regularmente á la caja. Cuando fué devuelta la libertad á los esclavos, los amos cuidaron de no cambiar nada en su sistema de agricultura, y siguieron escrupulosamente sus antiguos errores: en lugar de trasportarse á sus propiedades, de supervigilar ellos mismos el trabajo, descargaron en un capataz el cuidado de buscar peones, de arreglar con ellos los precios, y vieron en consecuencia disminuir poco á poco sus rentas.

En un pais como la Nueva Granada, donde cada hombre libre puede tener un dominio, donde las exigencias de la vida material reducidas á la simple alimentacion, solamente requieren un trabajo insignificante, todo propietario debe, si quiere prosperar, interesar directamente al trabajador en su prosperidad. Algun tiempo despues de mi partida de Santa Marta, el señor Joaquin Mier hizo llevar de Génova unos cincuenta agricultores, con los cuales esperaba trasformar de nuevo á Minca en una floreciente propie-

®Biblioteca Nacional de Colombia

dad. Estos italianos pasaron en el *far niente* mas absoluto los tres meses de su compromiso, y en seguida se dispersaron por diferentes puntos, trabajando y desmontando por su propia cuenta; la mayor parte se reunió á inmediaciones de la Ciénega de Santa Marta, en un pueblo de formacion reciente, la Fundacion. Allí se han entregado al cultivo del tabaco y de los árboles frutales cerca de cien familias europeas en el espacio de cuatro ó cinco años; y bajo el solo impulso del trabajo libre, este punto ha venido á ser el centro agrícola mas importante de las costas de la Nueva Granada.

A mi regreso de Minca tuve ocasion de ver una vez mas, cuán fácil es enriquecerse con el trabajo agrícola en las regiones montañosas de la Nueva Granada. En el fondo de una cañada alcancé á ver un sendero lateral serpenteando entre los troncos unidos de los *bihaos;* * lo seguí con cierta curiosidad, y pronto me encontré en un vasto claro ante un cobertizo reducido á las mas simples proporciones, que consistia únicamente en un gran techo de hojas de palma sostenido por cuatro estacas gruesas. En una hamaca suspendida de largas cuerdas á las soleras del techo, se balanceaba un anciano de severa fisonomía, leyendo tranquilamen-

* *Heliconia bihai*, plátano de los monos. Es una planta que á primera vista puede confundirse fácilmente con el plátano.

®Biblioteca Nacional de Colombia

te un periódico. A su lado dos peones dormian sobre unas esteras; una mula amarrada á una de las estacas del cobertizo, masticaba perezosamente espigas de maiz; aquí y allá estaban esparcidos machetes, sillas, vestidos, pailas, platos; en un rincon, entre dos piedras ennegrecidas por el humo, acababan de extinguirse algunos carbones. Al ruido que hice rozando las hojas de bihao, el anciano se volvió, y, alegrándose á la vista de un caballero extranjero, se enderezó en su hamaca y me invitó cortesmente á descansar á la sombra de su techo; despues despertó á uno de sus peones y le ordenó que colgara otra hamaca y que me preparase una taza de *jengibre*.*

Demasiado político para preguntarme el objeto de mi paseo, se apresuró á prevenir mi curiosidad refiriéndome cómo habia venido á establecerse en un rancho perdido en medio de las selvas. Habiendo heredado, hacia algunos meses apénas, un territorio de muchas leguas cuadradas, el señor Collantes, inspirado repentinamente, habia tomado la resolucion, bien extraña á los ojos de sus amigos, de ir á cultivar una parte de su vasto dominio. Eligiendo cerca del camino de Minca, una cañada abundantemente regada y desprovista de grandes árboles,

* Bebida exquisita y saludable, producida por la infusion de una raiz de jengibre en una agua muy azucarada.

®Biblioteca Nacional de Colombia

hizo poner fuego por muchos puntos á la vez, y el incendio propagándose con rapidez en los altos matorrales, formó bien pronto un extenso claro en el cual se veian esparcidos aún algunos troncos ennegrecidos. Dos ó tres dias bastaron para que el rancho se levantara en medio de las cenizas; la hamaca fué suspendida en él; y Collantes se instaló allí como en un trono.

Sin variar su posicion horizontal, vigilaba con un solo golpe de vista los trabajos agrícolas é indicaba con un gesto en qué parte de la cañada ó de las colinas inmediatas debia sembrarse el tabaco, plantar las plataneras ó las cañas de azúcar. Comia con sus peones, bebia con ellos el jengibre ó el café y jamas dejaba, aun ántes de lo fuerte del calor, de llamarlos para la gran siesta. Cada tres ó cuatro dias, un peon iba á la ciudad á buscar los periódicos, las cartas y las provisiones; una vez por semana, recibia la visita de algun amigo ó extranjero que iba á Minca. Verdadero filósofo el anciano, no pedia mas para ser dichoso. Estaba al abrigo de la lluvia; su hamaca y una frazada reemplazaban todo lo que en las ciudades se cree necesario para la comodidad, el periódico lo mantenia al corriente de lo que pasaba en el mundo; veia ondular al impulso de la brisa sus plátanos y sus cañas; qué mas podia desear? Ademas su empresa debia producir infaliblemente bue-

®Biblioteca Nacional de Colombia

nos resultados, porque sus gastos eran casi ningunos, sus cosechas se vendian con anticipacion á un precio muy elevado, y tenia el cuidado de asegurar siempre el trabajo de los peones haciendo de ellos sus libres asociados. Para estudiar prácticamente la agricultura tropical, quizás hubiera hecho bien en pedir la hospitalidad por dos ó tres semanas al plantador Collantes ; pero preferia establecerme en las inmediaciones de la ciudad, con un jóven é inteligente italiano que, hacia mas de un año, poseia una roza, * á média legua de Santa Marta, donde cultivaba las especies mas importantes de árboles frutales y algunas plantas industriales. Feliz este jóven por haber encontrado un compatriota, porque en la América del Sur todos los latinos se llaman hermanos, acogió mi propuesta con gozo, y bajo su direccion me puse inmediatamente á la obra. En el espacio de unas pocas semanas, aprendí á conocer las diversas variedades de frutos y semillas ; planté una hilera de plátanos, ayudé á reparar una parte del canal de irrigacion ; ensayé, bien que mal, el modo de extraer la fécula de la yuca, todo esto con gran admiracion de un zambo que ganaba renegando sus cuarenta sueldos por dia, † y no podia comprender que un hombre en

* *Roza.* En la Nueva Granada llaman así á los huertos y vergeles.

† Cuatro reales. N. del T.

®Biblioteca Nacional de Colombia

sus cabales encontrase algun placer en el trabajo.

Aprendí, sinembargo, bastante, y para hacer aun mejor mi aprendizaje, elevándome á la dignidad de propietario, traté de comprar un huerto encantador de una hectara de superficie, situado á orillas del Manzanáres y perfectamente regado. Me lo ofrecieron con su casita y todos sus árboles frutales por la módica suma de treinta y ocho francos. Estaba próximo á cerrar el negocio, cuando fuí á consultar á mi italiano y lo encontré tendido en su estera con el cráneo roto: en una riña que se originó despues de haber bebido, un compañero de botella le habia asestado un terrible bastonazo. Esta aventura, que me reveló ciertos hábitos de mi profesor, resfrió mi celo, y no encontrando quien pudiera servirme de mayordomo en lugar de Andres Giustoni, resolví no diferir por mas tiempo mi partida para la ciudad de Riohacha.

Podia elegir la via de tierra ó la de mar: la primera me parecia infinitamente mas agradable; pero estábamos al principio de la estacion lluviosa, y sin rodearme de una multitud de precauciones que no estaba en posibilidad de tomar entónces, me habria sido imposible hacer trasportar mi equipaje por las riberas del mar. Ademas la marcha habria sido horriblemente penosa. Los correistas, únicos de quienes habria podido

®Biblioteca Nacional de Colombia

pretender que me sirvieran de guías, hacen en tres dias el trayecto de 175 kilómetros entre Santa Marta y Riohacha; ademas las dos primeras etapas son las únicas que tienen un rancho en que puedan obtenerse algunos recursos en caso de un accidente; no hay siquiera trazado un camino de una ciudad á otra, y es indispensable seguir la orilla del mar entre el agua saltadora y los altos derrumbaderos, cuyas bases corroen las olas. Frecuentemente hay que elegir el momento preciso en que la ola se retira para lanzarse en el agua hasta medio cuerpo y rodear así la extremidad de un promontorio. Si se vacila un solo instante, la ola vuelve remolineando por encima del viajero y lo arroja en medio de las piedras esparcidas ó lo golpea contra el barranco. Veinte rios desembocan en el mar entre Santa Marta y Riohacha. En tiempo de sequedad, la mayor parte derraman sus aguas en lagunas pantanosas separadas del mar por un cordon litoral; pero durante la estacion de las lluvias, se abren á traves de las arenas numerosas bocas siempre cambiantes, y algunas veces los correistas en su marcha de tres dias, tienen que atravesar mas de cien brazos de agua corriente. Cuando estos rios no son muy profundos, se puede seguir la barra marcada por la línea blanca de los bajos; pero marchando sobre la arena que cede con las pisadas, es necesario no

®Biblioteca Nacional de Colombia

olvidar que es preciso dar machetazos á diestra y siniestra para espantar los monstruos, cocodrilos ó tiburones, que pueden encontrarse á las inmediaciones. Si el agua está muy profunda ó la corriente muy rápida para poder pasar á vado, uno se amarra sólidamente debajo de los brazos dos vejigas ó *balsos*, para conservar la cabeza y el pecho fuera del agua, y, sable en mano, se atraviesa así la embocadura. La Administracion ha elegido para correistas á indios jóvenes, caminadores incansables, y que podrian en caso necesario hacer todo el camino sin reposar ni un solo instante; á su llegada parecen tan frescos como en el momento de partir. Son siempre tres, con el objeto de poder intimidar á los jaguares; el uno conduce á la espalda la balija de la correspondencia; el segundo va encargado del saco de provisiones y al tercero se le confian las armas y las vejigas. Cada viaje es remunerado con veinte francos poco mas ó ménos.

Seguro de llegar medio muerto si intentaba seguir á estos terribles caminadores, tomé el partido mas prudente de ir por mar, con tanta mas razon, cuanto que para penetrar en el interior de la Sierra, como tenia intencion de hacerlo, debia seguir despues la parte mas interesante de este camino. Fuí á tomar mi camarote en la goleta *Margarita*, próxima á hacerse á la vela para Riohacha; dije adios á todos mis amigos y despues á

®Biblioteca Nacional de Colombia

esa ciudad de Santa Marta, tan bella en medio de sus huertos, á la sombra de sus grandes montañas. Apénas habiamos pasado el Morro cuando la ciudad desapareció de repente como un sueño, el mas agradable que haya tenido en mi vida, pues millares de mariposas blancas que revoloteaban á nuestro rededor como una trompa inmensa, ocultaban á nuestros ojos la Sierra y los promontorios.

Durante toda la travesía, esta nube movible nos quitó la vista del panorama de los cerros, y para abreviar las horas, me ví obligado á recurrir á mi pequeña biblioteca. Cuál no fué mi sorpresa cuando al abrir mis libros, al parecer intactos, los encontré casi sin fojas como cajas cuyo contenido se hubiera vaciado. Durante mi peregrinacion en Santa Marta, en el espacio de algunas semanas, el comegen habia devorado todo, salvo las pastas y los cantos; de tal manera que de la obra entera de un célebre filósofo ecléctico, no me quedó sino el título impreso en bellos caractéres mayúsculos. Singular ironía de la suerte!

Despues de una travesía de dos dias, llegamos á la vista de las escarpas, ó barrancos de arcilla roja que prolongan al oeste la costa de Riohacha, y por la tarde desembarqué en el largo muelle del puerto de aquel nombre.

®Biblioteca Nacional de Colombia

IX

EL CÍRCULO FRANCES—LA COLONIA DE EXTRANJEROS.

Santa Marta, tan notable por su magnífica posicion, difiere poco de las otras ciudades de la República bajo el punto de vista de sus habitantes y de las costumbres de estos. Riohacha, al contrario, es una ciudad distinta, y los objetos de estudio se presentan allí en tropel. Puesto avanzado de la civilizacion granadina, está separada de las tribus salvajes apénas por la embocadura de un rio. Allí se encuentran y se unen con los lazos de un comercio activo muchas sociedades completamente diferentes por su orígen y por sus hábitos: los hombres de sangre mezclada, que forman la mayoría de la poblacion, los goagiros nómades, los *aruacos* industriosos y tímidos, y algunos grupos esparcidos de europeos, que representan el elemento moderno del progreso.

Antes de despedirse de mí, el capitan de *La Margarita* me instó vivamente para que diera la preferencia á la posada el *Palacio verde*. Ya estaba yo acostumbrado á las exageraciones de lenguaje; sinembargo, el pomposo nombre de Palacio Verde me hizo suponer balcones elegantes, grandes arcadas moriscas, espesos bosques de palmeras y fuentes de aguas murmuradoras en medio

®Biblioteca Nacional de Colombia

de las flores. Llegué pronto al lugar designado, miré cuanto me fué posible, y solamente ví una sencilla casita baja con cinco ó seis ventanas de hojas verdes que le habian valido sin duda el sonoro nombre con que la habia bautizado el propietario. El Palacio Verde servia alternativamente de colegio y de albergue; cuando yo me presenté, estaba ocupado por una quincena de muchachos que, bajo el pretexto de aprender á leer, retozaban al rededor de las mesas y se subian sobre los bancos. El director del colegio avanzó gravemente hácia mí, con la gramática española en la mano, y me anunció que por entónces no era posadero: "Mi casa, como yo y todo lo que poseo están á la disposicion de usted; sinembargo si usted prefiere permanecer en un hotel, le recomiendo la casa de su compatriota el ingeniero don Antonio Rameau."

Este personaje grueso y fresco, sencillamente vestido, pues solo llevaba camisa y calzoncillos, estaba sentado á la puerta en medio de un grupo de personas vestidas apénas un poco mas decentemente que él. Desplegó para recibirme maneras parisienses que contrastaban singularmente con su traje, y me presentó, uno tras otro, á los miembros de la sociedad, todos compatriotas: era una verdadera colonia de franceses llevados por la casualidad á esa playa lejana. La asamblea me recibió con una

®Biblioteca Nacional de Colombia

explosion de gozo, y me hizo sufrir inmediatamente un interrogatorio en regla. Yo era allí, en aquel momento, un representante de la patria, y como tal, no me pertenecia ya á mí mismo; habia pasado á ser la propiedad de mis nuevos conocidos, que habian adquirido el derecho de abrumarme á preguntas.

Es sabido que por instinto nuestros nacionales se adhieren mas al suelo natal que los demas europeos; los emigrantes franceses que se destierran voluntariamente dejan siempre el corazon cerca del hogar doméstico y alimentan hasta la muerte la esperanza de volver. Excepto en las grandes ciudades, en donde forman comunidades numerosas, en las demas se consideran como expatriados; con frecuencia se echan en cara el haber dejado la patria querida; protestan obstinadamente contra las nuevas circunstancias en que se encuentran y rehusan casi siempre, hacerse ciudadanos de la república en que habitan. El frances, separado de la patria por las inmensas ondas del mar, cree que la única capital de la civilizacion es Paris, que la única voz del mundo es la que parte de la Francia. En todo compatriota, cualquiera que sea su orígen ó su pasado, ve un amigo, y el nombre de frances le hace perdonar faltas y crímenes. No sucede lo mismo con el inglés: este es mas exclusivo en su patriotismo; él es

®Biblioteca Nacional de Colombia

para sí mismo su propio pais y puede pasarse sin hermanos. En cuanto á los alemanes emigrados, la mayor parte de entre ellos se despojan de su nacionalidad como de un vestido, y á veces afectan despreciarse mutuamente en presencia del extranjero.

El círculo frances de Riohacha se reunia todas las noches en la puerta de la casa del ingeniero Rameau ó en el patio de la del vice-cónsul. Este último, excelente anciano que durante mi larga permanencia en Riohacha me hizo numerosos é importantes servicios, habitaba en la Nueva Granada hacia treinta años; y del frances solamente conservaba el patriotismo exaltado; su matrimonio, sus relaciones, su comercio, sus costumbres lo habian trasformado bajo todos los otros aspectos en neo-granadino; no presentaba ya ninguno de esos rasgos característicos que distinguen á sus compatriotas.

Mi huésped el ingeniero, ó para hablar mas modestamente el albéitar Rameau, era todavía el hijo de Paris, y su carácter no habia cambiado nada despues de su llegada á Riohacha. Hijo de un ugier del ministerio del interior, habia hecho sus estudios en la escuela de artes y oficios de Angers. El mismo confesaba que jamas habia comprendido nada de las ciencias y que apénas aprendió algunas canciones populares; pero gracias á su habilidad natural, habia llegado

®Biblioteca Nacional de Colombia

á ser, sin gran trabajo, un excelente obrero. Cuando dejó la escuela resolvió casarse, y hacia algunos meses que lo habia verificado, cuando en un café se encontró con un alegre negociante del Havre encargado por sus corresponsales de Riohacha, de remitirles por el próximo correo un ingeniero que supiera hacer un pozo artesiano. El negociante le propuso el negocio á Rameau. El jóven marido vaciló al principio; pero la triple perspectiva de visitar el Nuevo Mundo á costa de una compañía, de ganar una suma considerable y de merecer el título de ingeniero, lo decidieron al fin. Con el objeto de aprender la teoría de los taladros, compró un volúmen de una enciclopedia popular, en seguida adquirió por cuenta de la sociedad granadina los instrumentos necesarios, abrazó á su mujer y á su anciano padre, y hélo ahí navegando en el Atlántico y esforzándose en leer su manual á pesar del mareo. Cuando llegó á Riohacha, se puso á la obra atrevidamente y taladró en el primer lugar que se le designó, sin hacer el menor estudio preliminar sobre la naturaleza geológica del terreno. El trabajo marchó bien durante algunas semanas; pero los utensilios se rompieron en un banco de rocas. Los retira, los repara lo mejor que le es posible y vuelve á comenzar el taladro. Las máquinas se rompen nuevamente y el dinero suscrito por los accionistas se gasta en reparaciones y en

®Biblioteca Nacional de Colombia

compras. Se le hacen recriminaciones, se acusa al ingeniero frances de no conocer su oficio, y finalmente se le invita á presentar su dimision; en seguida se arrojan las herramientas en el agujero de sonda, y se cubre todo con algunas planchas.

A pesar de haberse evaporado sus sueños de gloria y de fortuna, Rameau no se desalentó; se hizo arquitecto de la catedral de Riohacha, albeitar, herrero, armero, chalan, hotelero, reparador de arcos y flechas, fabricante de estribos y espuelas para los indios goagiros. La fortuna le sonreia y gracias á sus variados talentos, podia dormir todos los dias una siesta de muchas horas. Tomó una *comprometida* para gobernar su casa y veia crecer á su rededor una média docena de muchachos de todos los colores y completamente desnudos. Tal era mi anfiction.

El decano de los franceses de Riohacha era don Jaime Chastaing, carpintero, ebanista por estado, pero censualista por naturaleza. Era un individuo seco y apergaminado, siempre cubierto con un gorro de algodon que deliberadamente le cubria hasta las orejas. Hábil obrero, habia dejado la Francia por invitacion de un capitan de buque, que le pintó á Riohacha como el Dorado; pero perezoso mas allá de toda expresion, habia esquivado trabajar para enriquecerse, y poco á poco habia caido en

®Biblioteca Nacional de Colombia

una miseria relativa. Así, qué amargura cuando se veia obligado á permanecer dos ó tres dias delante de su banco para ganar con que hacer frente á las necesidades de todo un mes!

Aprovechaba las ocasiones para maldecir su destino y creerse el mas desgraciado de los hombres. Gran contradictor, solamente sentia renacer el gozo en su alma cuando habia podido triunfar en una pequeña escaramuza de palabras y sofismas; entónces acariciaba su bigote blanco, inclinaba con aire provocador su gorro de algodon y hablaba con complacencia de las ventajas del estudio. Pocos dias despues de mi llegada, descubrió en mi aposento algunos números sueltos de una coleccion filosófica: esto fué para él el descubrimiento de un mundo. Desde entónces sus discusiones versaron solamente sobre el *ser* y el *no ser*, la inmortalidad del alma, la personalidad de Dios y otras cuestiones trascendentales. Fuerte con las armas que tomaba en el arsenal de los silogismos, triunfaba de todos sus adversarios, y si habia algunos que se atreviesen á abordar ciertos asuntos cuyo monopolio se habia reservado él, lo hacian temblando. El único sentimiento que se guardaba de contradecir era el amor de la patria; hablaba de la Francia con el mismo respeto que los demas miembros del círculo.

Hácia principios de mi permanencia en

®Biblioteca Nacional de Colombia

Riohacha, un recienvenido aumentó la colonia francesa: era un capitan náufrago. Descendiente de una familia de lobos marinos bretones, fué enviado desde muy temprano al Seminario de Rennes, habia recibido el grado de bachiller en derecho y en teología; pero en un hermoso dia el amor hácia ese mar que lo habia mecido en su cuna cuando era niño revivió en su corazon, colgó los hábitos y se enganchó como marinero á bordo de un buque que iba á partir para Pondichéry. De mar en mar, de ribera en ribera, habia recorrido el mundo bajo los pabellones de todos los colores, ingleses, americanos, chinos, holandeses. Se habia casado en la isla de Madagascar; despues, huyendo del matrimonio como habia huido del celibato, interpuso mil ochocientas leguas entre su esposa y él, con el objeto de ir á ejercer el oficio de pirata en las islas de la Sonda. Su temeridad inaudita, su inteligencia, su instruccion sólida, fortificada aun con sus viajes y sus aventuras, su falta absoluta de conciencia le habian puesto la fortuna en las manos cien veces, y cien veces la habia dejado escapar por su amor á lo desconocido. En fin, pudo adquirir una goleta en el puerto de Cumaná, con la cual hacia un comercio de contrabando muy fructuoso en las costas de Colombia, entre la Guaira y Puerto Cabello. En una noche de tempestad su goleta se habia perdido con todo el cargamento en

®Biblioteca Nacional de Colombia

uno de los bancos de arena que estrechan la entrada á la laguna de Maracaibo, y él mismo escapó á duras penas medio desnudo. Recogido al dia siguiente por un buque de Riohacha, habia llegado á esta ciudad sin recursos, casi sin vestidos, aunque con sobra de ánimo. La noche misma de su llegada, habia principiado á construir el edificio de su fortuna: instalado en la esquina de una calle, sentado en un banquillo que le habia facilitado el ingeniero Rameau, ofrecia á los peones y á los muchachos plátanos, tazas de café, azúcar. Verdadero charlatan, acompañaba sus arengas con muecas y gestos, con gran sorpresa de los caballeros y con no ménos escándalo del vice-cónsul frances, antiguo capitan tambien, que veia en esa conducta un doble ultraje á la dignidad del frances y á la del marino. Pero, qué importaba la dignidad al capitan Delarroque? Ocho dias despues de su llegada tenia un pequeño peculio, recogia el sebo que los carniceros de Riohacha arrojaban á la calle, fundó una modesta fábrica de velas y realizó beneficios que le permitian pensar en una próxima partida para California, en donde queria hacerse minero. Por la noche no dejaba de asistir al conciliábulo frances, cuyo mas bello ornamento se creia: desgraciadamente su lengua se desataba demasiado algunas veces á causa de la chicha del pais, referia entónces con cierta complacencia su

®Biblioteca Nacional de Colombia

vida de latrocinio y piratería; aun se vanaglorió un dia con una sonrisa de satisfaccion, de haber sido mercader de negros y de haber ayudado al asesinato de la tripulacion de un crucero inglés. Facineroso engreido por sus proezas, se parecia por el egoismo y la inclinacion al mal á un *rowdy* americano; pero cuando era sóbrio, su espíritu, su instruccion, sus modales servian de pasaporte á sus vicios.

Otro capitan asistia regularmente á las reuniones de la noche; era un anciano que de naufragio en naufragio habia venido á encallar en esta playa lejana, á dos mil leguas de su patria. Demasiado viejo y cascado para emprender un último viaje, habia tomado el partido de permanecer donde la fortuna lo habia arrojado, y se consideraba como una produccion marítima abandonada por las ondas en la arena de la orilla. Con los restos de su haber, se hizo construir una cabaña frente al mar, y pasaba los dias á la puerta contemplando las naves que se balanceaban á lo léjos en la rada. Todas las noches á la misma hora, se veia al viejo capitan, volviendo la esquina de la calle, apoyado en su baston con puño de marfil; sin fuerzas para caminar, hacia deslizar lentamente sus piés medio sumergidos en la arena y avanzaba así como una sombra. Cuando llegaba al centro del círculo, se sentaba aniquilado por la fatiga, y hacia una incli-

®Biblioteca Nacional de Colombia

nacion de cabeza por via de saludo, porque estaba casi mudo á consecuencia del asma. Al escuchar los sonidos de la dulce lengua materna, se reanimaba poco á poco, sus ojos brillaban y se sentia revivir. En él estaba muy bien representado el patriotismo con toda su fuerza instintiva. Para él sus compatriotas eran la Francia con sus goces, su gloria y su belleza; en ellos amaba todo su pasado, su juventud, sus recuerdos, su dicha perdida. Excelente anciano! cuántos años vivió así, con dos cosas solamente que le hacian soportar la existencia: durante el dia, la vista del mar, y por la noche, las vibraciones que en su oido producian los armónicos acentos de la bella lengua francesa!

Cosa extraña! Riohacha no poseia otros representantes de la nacionalidad francesa. Ordinariamente en todas las ciudades importantes de la Nueva Granada se encuentran tambien peluqueros parisienses, vendiendo sus perfumes, sus jabones y sus cepillos con tanta gracia y cortesanía como si ocuparan aún un almacen de la calle Vivienne. El peluquero, hay que confesarlo, es el heraldo de la civilizacion francesa; él hace conocer al extranjero nuestras maneras, nuestras modas, nuestras opiniones, á él lo toman como el tipo del frances ideal. Así nada iguala la audacia con la cual recorren el mundo estos *artistas;* en todas partes se

®Biblioteca Nacional de Colombia

consideran ellos como en pais conquistado, y gracias á su orígen trasatlántico se figuran que lo conocen todo, sin haber tenido necesidad de aprender cosa alguna. En Riohacha me refirieron la historia, probablemente exagerada, de uno de ellos, que diciéndose ingeniero, se habia ofrecido sin rubor á una sociedad de Antioquia para dirigir la explotacion de unas minas de oro. Su facundia ofuscó á los accionistas que le dieron plenos poderes, creyendo haberse puesto en un excelente minero. Sin la menor vacilacion, hizo abrir canales, construir exclusas, comenzar excavaciones, emprender al acaso grandes trabajos. Todo lo vuelve de arriba á abajo, pero con gran admiracion, no logró su objeto y consumió en la empresa los capitales de los empresarios. Al fin, tuvo que reconocer él mismo lo infructuoso de sus esfuerzos y confesó francamente el estado desesperado de las cosas. "Circunstancias imprevistas han hecho fracasar mis planes; pero contando con vuestro concurso para emprender nuevamente los trabajos, me ofrezco, señores, entre tanto, para haceros la barba. He aprendido igualmente el oficio de peluquero."

Tales son los personajes que componen, con antiguos marinos, algunos obreros y raros comerciantes, las colonias francesas de la Nueva Granada. Las principales naciones de Europa están representadas tambien

®Biblioteca Nacional de Colombia

en la república, y Riohacha, como las otras ciudades, tiene su cuota parte de inmigrantes de todos los paises de ultramar.

Cuando estuve en Riohacha, el italiano de la ciudad era el genoves Canova, sobrino del gran estatuario, una especie de Holofernes que se oia aullar de un extremo al otro de la *Calle Mayor*. Sucesivamente exportador de café, tabaco y cacao; plantador, banquero, expendedor de aguardiente, armador, habia recorrido todo el pais y su nombre era célebre en el mas insignificante caserío de la Nueva Granada. Para enriquecerse con toda seguridad, habia tenido la ingeniosa idea de ostentar un aire estúpido: cuando su estrepitosa risa levantaba las paredes de su ancho pecho, podia asegurarse que urdia alguna trama con el objeto de engañar á algun desgraciado comprador.

El español de Riohacha era un antiguo paje de cámara trasformado en exportador de cuernos y pieles; traficante avaro, se ocupaba dia y noche en verificar el balance de su fortuna. El inglés era un hijo de familia arruinado que, de desórden en desórden, de bancarota en bancarota, habia concluido por agazaparse en Riohacha para ocultar su vergüenza. El griego era un hombre de ojos negros, de facciones angulosas, boca pérfida, andar oblícuo: tenia la apariencia de un pirata, y causaba asombro que no se le hubiese colgado de la verga de algun navío. De to-

®Biblioteca Nacional de Colombia

dos estos extranjeros, el aleman era el único verdaderamente respetable: evitaba en general la compañía de sus colegas los comerciantes. Por la noche, se le veia siempre pasearse solitario por las orillas del mar: su nariz prolongada en forma de pico, sus anteojos redondos, sus faldas flotantes, sus piernas largas y flacas, su andar lento y precavido, le daban el aire de una garza preparándose á dejarse caer en las olas en pos de algun pez.

Los elementos entre los cuales se reclutan en general los extranjeros de la Nueva Granada, son demasiado impuros. La república granadina no se aprovecha aun de esa gran corriente de emigracion que se dirige á Chile, á la república Argentina y aun al Brasil; quizás no cuente anualmente por término medio cincuenta emigrados útiles, desembarcados en las costas de los Estados de Bolívar y del Magdalena, con el objeto de crearse allí una nueva patria. Casi todos esos colonos pertenecen á las razas latinas ó bien á esa raza germánica, que pierde tan fácilmente su nacionalidad y, como el hielo convertido en agua por los rayos del sol, trasforma sin esfuerzo sus hábitos y costumbres al contacto de los pueblos del mediodia. Los americanos del Norte establecidos definitivamente en la Nueva Granada son poco numerosos; y los que fijan allí su residencia se apresuran á reclamar el título

®Biblioteca Nacional de Colombia

de ciudadanos granadinos. Impacientes por pronunciar discursos, ejercer sus derechos y desempeñar funciones públicas, se hacen naturalizar ántes de saber hablar el español; y sinembargo de tal procedimiento, son mal vistos á consecuencia de su gravedad anglosajona y de su espíritu de dominacion. Los neogranadinos fundan todas sus esperanzas en sus hermanos los latinos de Europa. *

Entre los extranjeros residentes en Riohacha, seria injusto olvidar á dos miembros muy asíduos del club al aire libre de don Antonio Rameau, los hermanos Bernier, mulatos de Jacmel, desterrados á consecuencia de una sublevacion contra Soulouque. Se decian franceses como todos los haitianos, respecto de los cuales pueden hacérsele á la Francia muy graves cargos, y con el objeto de hacer constar perfectamente bien su orígen, recordaban frecuentemente el nombre de su visabuelo, el célebre médico del Gran Mogol, Akhbar. Ordinariamente no se aprecia en su justo valor la influencia que las razas latinas y la rama francesa en

* Hoy no es así: la malhadada expedicion francesa á Méjico ha producido una completa reaccion en los espíritus de los suramericanos que, con justo motivo, vieron en esa expedicion una amenaza á su independencia y un ataque á la República, única forma de gobierno que ellos aceptan. Temiendo futuras tentativas, vuelven la espalda á la Europa, y buscan en la gigante República del Norte el poderoso aliado que los defienda contra aquellas tentativas.—N. DEL T.

®Biblioteca Nacional de Colombia

particular, ejercen en toda la América por intercesion de los haitianos y de los negros de las islas españolas y francesas, verdaderos corredores de civilizacion que vogan siempre de Antilla en Antilla á traves del mar Caribe, y descansan aquí y allá en las costas de Colombia como aves viajeras. Los haitianos, esencialmente imitadores, reciben con entusiasmo lo que les viene de la antigua metrópoli, y fuertes con su existencia en cuerpo de nacion, enseñan con la autoridad que da la independencia lo que han aprendido. Principalmente por su mediacion, los diez ó doce millones de negros que habitan el nuevo mundo, serán sometidos á la influencia de la civilizacion europea.

X

RIOHACHA.

Pocos dias despues de mi llegada, di las gracias por su hospitalidad al ingeniero Rameau, y alquilé al extremo opuesto de la ciudad una casa agradable, sombreada por un pequeño grupo de palmeras. Al principio tuve algunas dificultades que estaba muy léjos de prever: mi arrendador, el señor Moráles, no queria oir hablar de arrendamiento, y á duras penas le hice aceptar la módica suma que le correspondia. Debo á este propietario modelo una multitud de noticias sobre la sociedad de Riohacha, el

®Biblioteca Nacional de Colombia

mecanismo de la administracion local, la geografía de los alrededores, los indios goagiros y las montañas. Cuando un neogranadino presta servicios, no pone límites á su complacencia.

La ciudad de Riohacha, ménos regularmente construida que la de Santa Marta, tiene la inmensa ventaja de no estar arruinada; sus calles con aceras de ladrillo á ámbos lados, aunque muy llenas de polvo y muy mal alineadas, avanzan cada año mas hácia el campo, y el número de habitantes pasa ya de cinco mil, poblacion considerable para una ciudad insalubre de la costa. Casi todas las casas cubiertas con hojas de palma, se componen de maderos verticales, cruzados con listones de cañas silvestres ó bambú; las paredes forman de este modo una especie de zarzos, cuyas intervalos se llenan con barro amarillo endurecido al sol; así, las fachadas de las casas que miran al norte y al este, esto es, expuestas á los vientos alisios, se conservan completamente húmedas por el espacio de algunos meses. Los únicos edificios de piedra son la aduana, las ruinas que sirven de palacio al Cuerpo legislativo de la provincia, dos ó tres casas particulares, y la Iglesia, monumento demasiado grande, y en el cual se trabajó durante cuarenta años; esta se halla coronada por un faro erigido en 1856, el primero que se haya levantado á costa de una ciu-

®Biblioteca Nacional de Colombia

dad neo-granadina. Cuando este faro brilló por la primera vez, fué una fiesta nacional: todos los riohacheros, hombres y mujeres, se trasportaron al muelle para ver brillar su luz; les parecia que no tenian cosa alguna que envidiar á las grandes ciudades del mundo. Desgraciadamente, despues de ese dia de triunfo, el guardian del faro ha olvidado frecuentemente su deber, y la estrella de fuego no esparce sus rayos sobre la ciudad sino de tiempo en tiempo.

De los tres fuertes que defendian la ciudad en tiempo de los españoles, uno solo subsiste aún; las ondas han zapado los otros dos ha mucho tiempo, cuyos cimientos se han convertido en pequeños arrecifes, cubiertos de pulpos. Los temblores de tierra, tan frecuentes y á veces tan terribles en otras partes de Colombia, parece que no han sido la causa de su destruccion. Tal vez se ha efectuado una lenta depresion del terreno, porque se nota en muchos lugares la invasion gradual del mar, y la calle de la Marina, ántes la mas importante de Riohacha, ha desaparecido bajo las ondas, que se la han llevado en claro. En otro tiempo debió de producirse con gran intensidad un movimiento en sentido inverso: la explanada entera compuesta de aluviones marítimos y de conchas calcáreas, tiene la apariencia de una bahía recientemente formada. Los contornos de los arrecifes per-

®Biblioteca Nacional de Colombia

didos en el interior de las tierras están tan tersos como en la época en que los golpes de las olas formaron desigualdades en ellos; las arenas parecen arrojadas allí la víspera, y los pantanos formados en los terrenos bajos están aún tan salados como el dia en que una calzada de guijarros los separó del mar.

La explanada de Riohacha puede tener diez y seis leguas granadinas en todos sentidos; cubre una superficie de seis mil cuatrocientos kilómetros cuadrados, limitada al oeste por la Sierra Nevada, al sur por las montañas de pórfiro llamadas Sierra de Treinta ó de San Pablo, y al este por el rio que ha dado nombre á la ciudad y que la separa de los desiertos y de los pantanos de la península goagira. Al pié de las alturas y sobre las riberas de las corrientes de agua, esta explanada es extremadamente fértil; pero en la zona mas próxima á Riohacha, la falta de agua dulce y la naturaleza arenosa del terreno hacen muy precaria toda tentativa de agricultura, excepto en las riberas del rio, en las cuales nadie osa establecerse á causa de la terrible vecindad de los indios. El campo está cubierto solamente de árboles espinosos y de malezas que crecen en las dunas, á lo largo de las antiguas playas marítimas y al rededor de pantanos infectos. En las condiciones actuales de la agricultura granadina, seria absurdo hacer tentativas sérias de colonizacion en los alrededores de

®Biblioteca Nacional de Colombia

Riohacha, porque alejándose una docena de leguas hácia el sur ó el oeste pueden encontrarse admirables terrenos que hasta ahora no han sido ocupados, y que son infinitamente mas propios para toda clase de cultivo; los raros huertos de los alrededores de la ciudad deben su existencia á los ricos propietarios, que los plantaron con el objeto de que sirvieran como lugares de recreo.

En 1856, el vice-cónsul frances hizo plantar quinientos mil piés de ajonjolí en un campo de veinte hectaras poco mas ó ménos, que habia hecho desmontar cerca del promontorio de Mariangola, á seis kilómetros al oeste de Riohacha. Él me detalló complacientemente sus esperanzas. "Rebajando, decia él, un cuarto del precio que puedo conseguir en Marsella por mis productos, cuento con trece mil pesos por estacion, que son veinte y seis mil pesos ó ciento treinta mil francos por año." Desgraciadamente las lluvias fueron poco abundantes y las plantas, que crecen muy bien en medio de los bosques en que están protegidas de los rayos del sol por el espeso follaje, se marchitaron en ese vasto campo sin sombra ántes de producir. La quimérica renta neta de veinte y seis mil pesos se saldó por una pérdida de algunas centenas de francos. Resultados semejantes deben esperarse en la mayor parte del territorio que se extiende al rededor de la ciudad.

®Biblioteca Nacional de Colombia

Profundas y tortuosas barrancas abiertas por las aguas de las lluvias en el terreno de arcilla roja, y que se agrandan á medida que se aproximan al mar, cortan la explanada en todos sentidos y hacen muy penosa, aun para el mas obstinado cazador, la marcha por ella. Aunque la legislatura vota cada año subsidios para mejorar los caminos arenosos que se dirigen á pueblos del interior, sinembargo, no se les puede recorrer sino á pié ó á caballo; no se encuentra un solo carro, ni otro vehículo del mismo género en treinta leguas á la redonda. El vicecónsul inglés, el primer caballero de la ciudad, posee un coche que es, por decirlo así, el símbolo de su poder, y que los jóvenes elegantes le piden á veces para cruzar á toda rienda las plazas y las calles de Riohacha, y ocultarse en un torbellino de polvo á las miradas de los papanatas. azorados. Así mismo, otro caballero, el señor Atensio, ha hecho construir una góndola dorada que jamas le sirve, pero que tiene el placer de mostrar en el patio á sus visitadores.

Como los habitantes de Riohacha no pueden penetrar en los bosques de los alrededores, ni seguir los senderos, en los cuales se sumergen hasta média pierna en la arena, se ven obligados á limitar sus paseos á lo largo de la playa, que cada ola allana y siembra de conchitas, ó bien á recorrer de un extremo á otro el muelle que tiembla al

®Biblioteca Nacional de Colombia

choque de las olas. La rada de Riohacha es extremamente rica en vida animal. El mar está á veces amarillo de acalejos; numerosas tortugas flotantes navegan en órden en una vasta extension de plantas marinas, que cambian la superficie de las aguas en una inmensa pradera; los cuervos marinos, llamados *buzos* en el pais, se sumergen torpemente, miéntras que bandadas de *tagatangas*, revoloteando al rededor de aquellas aves se posan sobre sus espaldas y esperan pacientemente que hayan cogido alguna presa para arrebatársela. Por la tarde, bandadas triangulares de aves marinas, semejantes á los batallones de un ejército, se dirigen hácia los pantanos situados al oeste, al pié de la Sierra Nevada, y por la mañana vuelven en el mismo órden, sin alterar en nada la regularidad de sus viajes diurnos. Frecuentemente se ve aparecer en el agua al tiburon, en persecucion de las doradas ó de otros peces; pero las gentes que se están bañando no se ahuyentan por eso, ni suspenden el baño.

Regáleme usted una peseta y daré una patada al tiburon, dicen los muchachos á los espectadores que están á la orilla de la playa; en seguida nadan hasta cerca del animal, se deslizan por debajo de su vientre y le aplican un puntapié: el monstruo huye con toda la rapidez de sus nadaderas.

Débese sin duda la bondad de carácter

®Biblioteca Nacional de Colombia

de los tiburones de estos parajes á la abundancia de alimentos que encuentran á lo largo de la costa. No he oido hablar de un solo accidente: un tiburon, que andaba al rededor del muelle, atrapó un dia por casualidad el pié de un muchachito que se habia acostado á la orilla de la playa y que las olas bañaban á intervalos. En cuanto á los terribles tiburones *tintoreras*, jamas se ven en la rada de Riohacha, cuyas aguas no son sin duda suficientemente profundas para que puedan hacer allí cómodamente sus cacerías.

A cada extremidad de la poblacion hay un lugar de horror y de sangre: al oeste la *carnicería* pública; al este los cobertizos para las tortugas. La carnicería se compone simplemente de estacas clavadas en la arena de la ribera, y aunque se ha tenido el cuidado de establecerla bajo el imperio de los vientos, siempre se escapa un olor pestilencial de sangre cuajada mezclada con yerbas marinas y restos de armazones en putrefaccion, pelos, girones de carne y huesos esparcidos por todas partes; la espuma del mar se enrojece al correr sobre la arena. Los *gallinazos* de largo cuello desnudo rodeado de un collar rojo, las águilas *caricaris*, enderezadas fieramente sobre pedazos de carne corrompida, ó innumerables perros que ladran, rodean la carnicería, en donde reses flacas compradas por la mañana á los

®Biblioteca Nacional de Colombia

indios goagiros olfatean el olor de los cadáveres con sordos bramidos. Frecuentemente los carniceros desjarretan de un machetazo á las pobres reses para impedir que rompan la cuerda que las sujeta, y las dejan toda la noche vertiendo sangre, y hasta el dia siguiente por la mañana no concluyen con ellas; en seguida las dividen en pedazos y venden las carnes palpitantes aun.

Los cobertizos para las tortugas no son ménos horribles; á veces se cuentan debajo de esos techos de ramas y de hojas mas de cien que pesan cada una muchos quintales; con la cabeza colgando, el cuello desmesuradamente inflado, los ojos inyectados de sangre, estos animales esperan frecuentemente durante semanas enteras el hachazo que debe despedazar su coraza y poner un término á sus sufrimientos. Cuando uno pasa cerca de estas tortugas cautivas, agitan convulsivamente las patas como si esperasen algun socorro. Innumerables conchas á las cuales están adheridos restos de carnes corrompidas yacen esparcidas á montones á los alrededores de los cobertizos, y en aquel sitio se encuentra la arena enrojecida á muchos piés de profundidad.

Durante los siglos XVII y XVIII, Riohacha, que se llamaba entónces ciudad de la Hacha, era célebre por su opulencia: joyeros, engastadores de perlas, cambistas establecidos en ámbas aceras de la *calle de la*

®Biblioteca Nacional de Colombia

Marina, ostentaban inmensas riquezas ganadas con la venta de las perlas que los indios pescaban á tres leguas al nordeste de la ciudad, cerca del cabo de la Vela. Por tal motivo la ciudad de la Hacha era el blanco de los piratas de las Antillas, y la tradicion refiere, que durante el curso de dos siglos ella fué sometida al pillaje y entregada al incendio once veces; pero contenia tales elementos de prosperidad que once veces se levantó de sus ruinas. En fin, cuando la expedicion del almirante Vernon contra Cartagena, dicen, que éste queriendo aniquilar para siempre el comercio de Riohacha, envió hácia el cabo de la Vela muchas naves de guerra que destruyeron todos los arrecifes perleros de esos parajes explotándolos durante meses enteros. Despues la costa se ha ido poblando muy lentamente de ostras de perlas, y su escasez que ha coincidido con una gran baja en el precio de este artículo, ha contribuido á disminuir considerablemente la importancia de Riohacha. Hoy se ocupa en la pesca de perlas una quincena de indios cuando mas; un solo joyero anciano, para quien todo va extraordinariamente mal en el mundo, hace vibrar, renegando, la cuerda del instrumento que le sirve para engastar las perlas; y vende muy lindos aderezos por unas pocas *pesetas*.

El comercio de la ciudad consiste principalmente en palo de Brasil y de Nicaragua,

®Biblioteca Nacional de Colombia

que los indios y labradores de las provincias del interior trasportan en mulas; en granos de *dividivi;* * en cueros; y desde hace pocos años en café y tabaco. Los principales artículos de importacion son los alimenticios; las naves de Nueva York le llevan maiz y harina; los pueblos de Sierra Negra le envian café y frutas; Dibulla, pequeño puerto situado á quince leguas al oeste, le suministra plátanos y cacao; los indios goagiros ganado; pescadores de la misma tribu piden al mar sus innumerables peces, sus tortugas y sus mariscos. Así los riohacheros dependen completamente de otros para su alimentacion cotidiana. Si las tempestades en el mar y las lluvias en la tierra coincidieran para impedir toda importacion, el hambre reinaria bien pronto: con alguna frecuencia se ha carecido allí de pan durante semanas enteras.

A pesar de esta desventaja, tengo para mí que el porvenir de Riohacha es magnífico, porque esta ciudad, una de las ménos insalubres de toda la costa firme, es la salida natural de una inmensa region que se va poblando rápidamente. Las producciones de la Sierra Nevada, de la Sierra Negra, de la fértil hoya del Valle Dupar, de la península goagira, no pueden exportarse sino

* *Coulteria tinctoria;* los granos se emplean en Inglaterra para curtir los cueros.

®Biblioteca Nacional de Colombia

por Riohacha; temprano ó tarde, cuando se abran caminos al traves de las sabanas y de las selvas, las producciones del alto Magdalena y de la laguna de Maracaibo, centuplicadas por la agricultura, tomarán necesariamente la misma via. Muchos ricos negociantes judíos de la isla holandesa de Curazao, con el olfato que distingue á los holandeses, han adivinado la importancia futura de Riohacha y han establecido allí sucursales; la mayor parte del comercio de la provincia está ya en sus manos. Durante los diez últimos años, el total de los cambios ha ido en aumento, y el movimiento anual de buques se eleva hoy á mas de treinta mil toneladas. Los armadores riohacheros poseen cerca de una veintena de bergantines y goletas: es decir, las dos terceras partes poco mas ó ménos, de toda la marina mercante de la Nueva Granada. Desgraciadamente el puerto de Riohacha no es en realidad sino una rada abierta en que los buques mayores anclan á una ó dos millas de la costa. Esta circunstancia incómoda, unida á la poca importancia de las mareas, que se elevan cincuenta centímetros apénas, impiden que los buques de vapor visiten frecuentemente las aguas de Riohacha; cuando alguno de estos buques visita aquellas aguas, la noticia se esparce inmediatamente en todos los pueblos de la comarca y centenares de curiosos se pasean

®Biblioteca Nacional de Colombia

sin cesar en el muelle para ver de léjos la extraña nave.

Exceptuados estos últimos tiempos, en que la rivalidad entre Santa Marta y Riohacha ha producido algunos desórdenes sensibles, el gobierno y la administracion de esta última ciudad han funcionado siempre sin obstáculos sérios. Como en todas las otras ciudades granadinas, se goza en ella de tal libertad, que el extranjero pacífico puede permanecer años enteros en el pais sin que nada le recuerde el poder: allí no hay ni soldados, ni agentes de policía, ni guardas uniformados, ni colectores de impuestos, ni empleados que se distingan del resto de los ciudadanos por algun signo exterior. Los gastos municipales se hacen con el producto único del derecho de toneladas y de faro impuesto sobre los buques mercantes. Todos los habitantes de la ciudad están investidos de hecho de las funciones de magistrados, y como tales hacen ejecutar la ley, y la seguridad y el órden público están confiados á su honor. De esto resulta que la administracion local no puede tener fuerza real sin el concurso de los ciudadanos; y si la municipalidad no entrara algunas veces en conflictos con los gobiernos de Santa Marta y Bogotá, si las decisiones de la administracion federal, dadas á una gran distancia y sin un perfecto conocimiento de causa, no hirieran frecuentemente los inte-

®Biblioteca Nacional de Colombia

reses locales, toda revolucion, todo trastorno político vendria á ser imposible allí.

Riohacha, siguiendo el ejemplo de las otras municipalidades de la Nueva Granada, ha amoldado su constitucion á la de la República. El gobernador ó presidente, que durante mi permanencia en Riohacha era un sencillo especiero y mercader de conchas de tortuga, es el encargado de velar en la ejecucion de las leyes, de dar informes al gobierno central, de conservar los archivos de la ciudad y de hacer publicar los actos oficiales; como los jueces y demas funcionarios, es nombrado por mayoría de votos. La cámara provincial, compuesta de diputados de las ciudades y distritos de la provincia, se reune en una antigua iglesia medio arruinada, cuyo nombre sonoro es hoy *Palacio de la libertad;* allí, á la vista de sus conciudadanos admitidos á la barra de la asamblea, los diputados discuten sobre arbitrios, conservacion de los caminos, compra de libros y folletos para la biblioteca comunal y otras cuestiones de interes local.

Es innecesario decir que á ejemplo de todas las asambleas deliberativas, la de Riohacha, que se compone cuando mas de 24 miembros, se divide en izquierda, centro y derecha. Esta última fraccion, formada especialmente de ricos propietarios, está por lo general satisfecha de la marcha de las

®Biblioteca Nacional de Colombia

cosas, y trata de evitar toda discusion séria reclamando el órden del dia; ésta dispone de la mayoría de los votos. La izquierda, ménos numerosa y disciplinada, logra sinembargo hacer votar todos los proyectos de interes público, gracias al apoyo que le dan la juventud y el periódico *intermitente* publicado por los liberales. Intermitente he dicho: en efecto, en la época de mi residencia en Riohacha, este periódico, así como la mayor parte de las publicaciones que se llaman *periódicos* en la Nueva Granada, salia algunas veces, y no tenia existencia séria sino en las épocas de elecciones ó de una gran agitacion política. Es imposible calcular las dificultades que encuentra un redactor de periódico en la Nueva Granada. Cajistas, regentes y prensistas, rehusan trabajar cuando no hay un gran interes patriótico, y erigiéndose ellos mismos en tribunal de censura, discuten la utilidad de la publicacion; segun las circunstancias, dan ó rehusan su *imprimatur*. Así como resisten el trabajo cuando no hay cuestiones graves que preocupen el espíritu público, del mismo modo emplean todo su ardor en el servicio de la causa en las ocasiones solemnes; entónces pasan el dia y la noche en la imprenta, levantan de prisa el periódico y las excitaciones al pueblo; en seguida se encargan de fijarlas y se convierten en repartidores, y recorren la ciudad y

®Biblioteca Nacional de Colombia

anuncian las noticias como pregoneros públicos. Detras de ellos se forman grupos compuestos igualmente de jóvenes entusiastas que se apoderan de los ejemplares, penetran en la sala de las deliberaciones de la asamblea y despliegan las hojas húmedas aún y los gigantescos carteles, como para protestar de antemano contra toda decision poco liberal.

Es conocido el terror misterioso que á los negros del interior del Africa les causa el *papier parlé;* del mismo modo, los legisladores de Riohacha al ver el periódico acusador en el cual leen anticipadamente su condenacion, pierden el juicio con frecuencia y ceden en las cuestiones del debate: mucho le queda por hacer á la palabra impresa. La prensa tiene en proporcion, una influencia mucho mas poderosa sobre las masas ignorantes que sobre los pueblos ya civilizados; en Riohacha, el periódico liberal es ciertamente un cuarto poder.

La administracion puramente municipal, se compone de un jefe político y de un consejo rara vez convocado. El jefe político que yo conocí, era un jóven que ejercia, segun las circunstancias, el oficio de relojero ó de carpintero; muy tímido y dulce, se esforzaba para no ver amargada su existencia, y trataba de hacerse invisible deslizándose entre todos los partidos. Se le habia elegido para reemplazar á un jefe político

®Biblioteca Nacional de Colombia

poco mas ó ménos loco, que, al contrario, pasaba por demasiado arrogante, y sin prevenir á nadie ponia en ejecucion los caprichos mas extravagantes. Un dia abrió la prision en que estaban encerrados muchos ladrones y un asesino. "Tomaos la pena de salir, señores." Aquellas gentes no se lo hicieron repetir dos veces.

Las fiestas nacionales se celebran ordinariamente con grandes bailes dados en la plaza pública, *urbi et orbi*. El jefe político se pone entónces á las órdenes del frances Chastaing, y, manso como un cordero, levanta los postes, acepilla las tablas, amarra las cortinas, extiende las guirnaldas y despliega las banderas. Nada mas encantador que esos bailes iluminados oblícuamente por la discreta luz de la luna: los grupos de danzantes giran al rededor de las columnas vestidas de follaje: las mujeres, vivas como cervatillos, corren, saltan y brincan sacudiendo al viento sus negros cabellos entretegidos con flores y hojas; los embriagadores perfumes de las mimosas y de los lirios de América se esparcen en el aire, y cuando los músicos cesan sus acordes, la potente voz del mar los repite de un modo mas solemne y mas bello.

Sinembargo, las fiestas mas espléndidas son las procesiones hechas en honor de la *Santísima Virgen de los Remedios*, patrona que, en concepto de los riohacheros, es

®Biblioteca Nacional de Colombia

tan poderosa como la Vígen de los Dolores, la de las Virtudes, ó cualquiera otra Vírgen del mundo. Antes estaba representada en la iglesia de Riohacha por una estatua de plata vestida de perlas; pero hace mucho tiempo que esta efigie fué empeñada á un judío de Curazao, y probablemente á esta hora, estará trasformada en lingotes ó en piezas de á cinco francos. La nueva estatua torneada en madera de guayacan por don Jaime Chaistaing, y provista de una cabeza de carton con alambres de fierro, no es, durante trescientos sesenta y cuatro dias del año, objeto de ninguna veneracion; pero el dia de la gran fiesta recobra repentinamente por veinte y cuatro horas el poder milagroso de la antigua. Una multitud tumultuosa, compuesta en su mayor parte de mujeres y niños, invade la iglesia desde por la mañana para adorar á la Vírgen, y tegerle guirnaldas de flores, se la adorna con todos sus atavíos, en seguida se la lleva en triunfo y se forma la gran procesion. Los principales personajes bíblicos figuran en ella: Jesus-Cristo con una barba postiza y pedazos de laton al rededor de la cabeza, Lázaro cubierto con una lepra demasiado real, Júdas, maniquí vestido á la última moda, Simon de Cirene doblado bajo el peso de la cruz y embriagándose con aguardiente sin preocuparse de las probabilidades históricas, en seguida ángeles y sobre todo dia-

®Biblioteca Nacional de Colombia

blos sin número que regocijan al público con sus muecas y contorsiones. Por encima del grupo principal, se percibe la estatua de la Vírgen, que agita sus brazos, gira los ojos dentro de sus órbitas, mueve violentamente los lábios; al llegar á la orilla del mar, nunca deja de arrojar á las ondas su corona de papel dorado. Al instante los muchachos completamente desnudos, ó vestidos con solo una camisa despedazada, se precipitan al agua para reconquistar la preciosa corona, que vuelven á poner en la cabeza de la estatua, la cual se apresura á arrojarla de nuevo en el mar, con grandes aplausos de la multitud. Esto es lo que por allá llaman milagros, y la fiesta no es espléndida sino cuando la estatua se ha dignado hacer al ménos una centena. Cuando la Vírgen milagrosa ha sido colocada nuevameute en su nicho, todos rodean el maniquí que representa á Júdas, se le carga de maldiciones, se le llena de lodo, se le hiere á sablazos, en seguida se le suspende á un poste frente á la casa de algun judío detestado, y se le acribilla á balas hasta que cae á pedazos. Por la tarde hay gran reunion en la plaza pública, riñas de gallos delante de las tabernas, danzas improvisadas por los zambos en las calles.

Esta aficion á las procesiones mímicas, que por lo demas disminuye gradualmente, y no puede compararse en Riohacha con la

®Biblioteca Nacional de Colombia

que distingue á los habitantes de Quito y de otras ciudades de Colombia, no implica en manera alguna gran fe, y es con cierta incredulidad burlesca que los riohacheros piden los milagros. Ellos son necesarios, porque están en el programa de la fiesta; la tradicion de la ciudad los exige; y es por ellos que se ligan al pasado y que la cadena de los tiempos se reanuda. En efecto, se refiere que, cuando la última expedicion de los piratas contra Riohacha, la multitud aterrorizada corrió á la playa, llevando la venerada imágen de la Vírgen, á fin de conjurar el peligro. La estatua arrojó su corona de oro bien léjos en el mar; las ondas respetuosas se separaron ante este objeto sagrado, y al retirarse precipitadamente se tragaron las embarcaciones de los piratas; así fué salvada la ciudad. Despues, la imágen es obligada todos los años á repetir su milagro, y los riohacheros, como nuestros antepasados asistiendo á la representacion de algun misterio, se apasionan á la vista del prodigio que ellos mismos hacen. En cuanto al martirio que infligen al traidor Júdas, no puede asombrar en un pais en que los judíos se han adueñado de la mayor parte del comercio, y en donde la tasa del interes se eleva de dos á cuatro por ciento mensual.

®Biblioteca Nacional de Colombia

X.

LOS INDIOS GOAGIROS.

La ciudad de Riohacha está á merced de los indios goagiros. Estos, si quisieran, podrian arrasarla fácilmente; y si la respetan, es debido á que el interes es en ellos mas poderoso que el espíritu de venganza: no podrian pasarse sin los productos y las mercaderías que encuentran en Riohacha y que el hábito les ha hecho necesarias; pero si el comercio cesara por una causa cualquiera, al dia siguiente la ciudad seria incendiada, y tanto granadinos como extranjeros serian exterminados por los indomables goagiros.

Para contemplar á estos indios en toda su pintoresca belleza, es necesario trasladarse por la mañana á la embocadura del rio de la Hacha, situado, segun las estaciones, á tiro de piedra ó bien á uno ó dos kilómetros al este de la ciudad. Es allí, en la hoya variable formada por la mezcla de las aguas dulces con las saladas, que una gran parte de la poblacion riohachera se solaza todos los dias en el baño; esta aglomeracion de los dos sexos en el mismo baño es casi inevitable, porque mas arriba de la embocadura los cocodrilos infestan el rio, y en el mar, ademas de la vecindad de los tiburones, que sin ser peligrosa, es sinembargo poco agradable, los acalejos ú ortigas marinas cambiarian el placer del baño en un verdadero martirio.

®Biblioteca Nacional de Colombia

El rio, que corre perfectamente paralelo á la ribera del océano en una longitud de muchos kilómetros, está separado solamente de la costa por una estrecha calzada de arena y conchitas, por encima de la cual, á cada instante, vienen las olas á derramar en la corriente parte de sus espumas. Esta calzada que los choques sucesivos de las olas consolidan como una muralla, es el camino que siguen las largas caravanas de goagiros que vienen á abastecer la ciudad de bestias, carnes, pescados, tortugas, leña, carbon, y por donde conducen varias mercaderías, palos de tinte, sal, granos de dividivi. De léjos, esta interminable fila de hombres y animales, compuesta á veces de muchos miles de individuos, que avanzan sobre una estrecha lengua de arena que se levanta apénas por encima de las olas juguetonas, presenta el aspecto mas fantástico: se diria que era un pueblo marchando sobre la superficie de las aguas.

Pero donde conviene observar á los goagiros es, sobre todo, en la misma embocadura, allí donde las ondas del mar y la corriente del rio se rompen sobre la barra y forman de ribera á ribera una *reventazon.* * Los caballos se detienen con el ojo uraño y la crin en desórden, y olfatean por largo tiempo el agua espumosa: las mujeres, cubiertas con sus mantos azules y llevando

* Reguero de espuma semi-circular.

®Biblioteca Nacional de Colombia

en la cabeza un gran sombrero de paja con borlas rojas de algodon, levantan los piés sobre las sillas de sus cabalgaduras y se sientan á la turca teniendo á sus hijos en los brazos : los jefes de familia y los ancianos se alzan los vestidos, y tomando con una mano el arco ó el fusil y con la otra la brida de los caballos despavoridos, los arrastran á la mitad de la corriente, cuyas rápidas oleadas remolinean á su rededor ; los jóvenes, mas prudentes que los riohacheros que se dicen civilizados, se cubren con un cinturon, se sumergen de un solo y soberbio golpe en el rio y nadan impasibles por enmedio de la multitud de negros bulliciosos : otros luchan con los toros espantados ú obligan á los asnos reacios que no se atreven á pasar la línea de las corrientes. Mas allá de esta escena, iluminada por la luz tan deslumbradora y tan viva de la zona tórrida, se extiende la superficie ilimitada del azulado mar ; á lo léjos se presentan la vieja y arruinada fortaleza, las casas de Riohacha, sombreadas aquí y allá por bosquecillos de cocoteros, y mas distante aun, las azules montañas de la Sierra y sus ventisqueros que se destacan sobre el cielo como un encaje trasparente. Por la tarde, las caravanas pasan de nuevo el rio para pernoctar en los ranchos esparcidos.

El territorio ocupado por los goagiros es una península de catorce á quince mil kiló-

®Biblioteca Nacional de Colombia

metros cuadrados, de cerca de doscientos veinte kilómetros de largo, y unida al continente por un istmo, en parte pantanoso, de sesenta kilómetros de ancho. En el centro se levanta la macisa montaña de Macuira, que una pequeña cadena de colinas une á las últimas ramificaciones de los Andes de Ocaña; el resto de la península presenta solamente sabanas, lagunas y bosques de manzanillos, mangles y árboles espinosos. Algunos arroyos, que descienden de los flancos del Macuira, se pierden en las arenas del llano, excepto en la estacion de las lluvias, en la cual su curso llega hasta el mar. Al nordeste, puntas rocallosas é islas de arrecifes, tales como la de los Monjes, Chimare, Gallinas, Chichibacoa, guarnecen la costa, y por su posicion trasversal en la direccion que siguen ordinariamente los buques que se dirigen á Cartagena ó Santa Marta, causan un gran número de naufragios. Dos puertos excelentes y admirablemente resguardados, Portete y Bahía-honda, se abren sobre la costa septentrional de la península, entre el cabo de la Vela y Punta-Gallinas; pero solamente son visitados por las goletas de los contrabandistas. En Bahía-honda colocaba Bolívar en sus ensueños de imperio, el asiento de la capital de los Estados hispano-americanos;*

* Documentos recientemente descubiertos y publicados prueban con evidencia que el Libertador Bolivar nunca aspiró á la corona.—N. del T.

®Biblioteca Nacional de Colombia

á pesar de la excelencia de este puerto, era probable que la nueva ciudad se hubiera desarrollado muy lentamente, no porque la region de Bahía-honda sea ménos fértil que la explanada de Riohacha, sino porque no es la via natural de ninguna de las ricas provincias del interior, y porque su posicion excéntrica la hace un verdadero callejon sin salida.

Sea de esto lo que fuere, todos los establecimientos españoles que existian ántes en la península han sido destruidos ha mucho tiempo por los goagiros, y el último vestigio del antiguo pueblo de Bahía-honda, que consistia en un tinglado perteneciente á un negociante de Riohacha, fué quemado ha cerca de doce años. No existe un solo pueblo en toda la Goagira, y la vida nómade de los indios nos hace presumir que no se formará en mucho tiempo, sino es en las gargantas de Macuira y en la ribera derecha del rio de la Hacha. Los goagiros, cuyo número se hace ascender por unos á diez y ocho y por otros á treinta mil, viven principalmente del comercio, de la recoleccion de frutos, de la pesca, de la cria de ganados y caballos; les es preciso cambiar de morada segun las estaciones, ya recorriendo las selvas para recoger los granos del divi-divi, ya bogando de bahía en bahía en persecucion de las tortugas y de las doradas, ya echando sus ganados por delante hácia

®Biblioteca Nacional de Colombia

las sabanas mas fértiles ó las fuentes mas abundantes.

Sus poblaciones transitorias se construyen prontamente; cada rancho para abrigar á una familia se levanta en algunas horas: los hombres clavan en tierra cuatro postes, las mujeres entrelazan las ramas que deben servir de techo, los niños voltean la piragua debajo de la cual debe pasar la noche la familia entera, tendida sobre la blanca arena. A veces en la estacion lluviosa se suspende una tela en el costado del rancho expuesto á los vientos alisios; los jefes gastan lujo haciendo tejer cuidadosamente ramas al rededor de sus cabañas reales. Cuando la tribu nómade ha decidido su partida hácia nuevos pastos y nuevas pescas, basta descolgar las telas, volver la piragua y lanzarla en las ondas; de la poblacion provisoria solamente quedan el ramaje movido por la brisa y las ennegrecidas piedras de los fogones. En las estaciones extraordinariamente secas, sucede á veces que un gran número de goagiros se expatrian completamente y construyen sus ranchos en las costas de la provincia de Riohacha. Así la Punta del Diablo, caserío situado á sesenta kilómetros al oeste de la ciudad cerca del bajo de las Montañas Nevosas, se ve invadido por muchas centenas de indios que la sed y el hambre expulsan de sus desiertos.

®Biblioteca Nacional de Colombia

Los goagiros son admirablemente bellos, y creo que en toda la América no se encontrarán aborígenes de mirada mas arrogante, de andar mas imponente y de formas mejor delineadas. Los hombres, siempre envueltos, á estilo de emperadores romanos, en sus mantos multicolores sujetos con cinturones entreverados, tienen generalmente la cara redonda como el sol, del cual sus hermanos los Muiscas, se decian descendientes; miran siempre de frente con un aire de desafio salvaje. Generalmente tienen levantado el labio inferior, y sonrisa sardónica. Son fornidos y muy hábiles para todos los ejercicios corporales; su tez en la juventud es de color de ladrillo, mucho mas claro que el de los indios de San Blas y de las costas de la América central; pero ennegrece con la edad, y en la vejez se parece poco mas ó ménos al color de la caoba. Al rededor de sus negros cabellos que caen en grandes bucles sobre sus espaldas, enredan graciosamente un bejuco de convólvulos, * ó bien se ponen plumas de águila ó de tucan, sostenidas por una sencilla diadema tejida de fibras vegetales; por rareza se pintan el rostro, y á las veces se trazan algunas líneas circulares en las piernas y en los brazos.

* *Convolvulus brasiliensis*, planta de encantadoras flores, que por sus largos bejucos y sus innumerables raices, retiene y consolida las arenas de las playas marinas.

®Biblioteca Nacional de Colombia

Las mujeres, ménos adornadas que sus maridos y vestidas con mantos de colores ménos ricos, tienen sin excepcion y hasta la mas avanzada vejez formas de una admirable firmeza y de una gran perfeccion de contornos; su andar es verdaderamente el de una divinidad de la fábula, ó mas bien, el de la mujer que vive en la libre naturaleza y cuya hermosura, acariciada por el sol, se desarrolla sin trabas. Sus facciones, que se asemejan á las de las bellas irlandesas, están desfiguradas desgraciadamente por una confusion de colores con que se pintan las mejillas y la nariz por medio del achiote, * ó imitando muy bien los anteojos de nuestros bisabuelos; pero á despecho de estas grandes manchas rojas, las salvajes hijas del desierto no llaman ménos la atencion por su altiva y radiante belleza, sobre todo cuando se las ve saltar al traves del llano al galope de sus rápidos caballos, con el ojo encendido, la cabellera al viento y el brazo levantado en señal de triunfo.

Como en otras naciones, sean salvajes, barbaras ó civilizadas, el matrimonio no es en lo general entre los goagiros sino un contrato de venta; pero este contrato no se realiza sino cuando el hombre y la mujer se convienen mútuamente por la edad y son igualmente fuertes y bien formados: los contrahechos y enfermizos, que por suerte

* *Bixia orellana.*

®Biblioteca Nacional de Colombia

son muy escasos, viven condenados implacablemente al celibato. El pretendiente trata de agradar en primer lugar al padre de familia, y cuando están convenidos en el número de reses ó de caballos que vale la jóven, aquel se dirige al rancho de la futura, llevando por delante su torada. Se cuentan los animales, se palpan y examinan por el padre de la bella y los peritos de la tribu: en seguida, se les hace una nueva marca á tijeretazos, y cuando la última cabeza de la manada ha cambiado de propietario, el jóven puede aproximarse á su prometida: el matrimonio está concluido y principia la fiesta en su celebracion. Sinembargo, los padres, que estiman en mucho la belleza de su raza se dejan llevar por otras consideraciones distintas de la fortuna; si el pretendiente se hace notar entre todos sus compañeros por su fuerza, su alta talla y su agilidad, le conceden gratuitamente una y aun muchas mujeres; á veces van hasta hacerle un presente de bueyes, caballos, perlas ó fusiles, para recompensar el insigne honor que les hace al entrar en su familia. Para estos hombres la verdadera aristocracia es la de la belleza: la riqueza y el poder pertenecen á los que la naturaleza ha favorecido bajo este punto de vista. Cuando la casualidad de los naufragios arroja á la costa goagira algunos marineros extranjeros, los indios, que no ignoran la importancia cali-

®Biblioteca Nacional de Colombia

pédica de los cruzamientos bien entendidos, retienen á los hombres de buena talla y vigorosos, y les hacen pagar con algunos años de matrimonio forzado con dos ó tres bellas goagiras la hospitalidad que les conceden. En cuanto á los desgraciados marineros afligidos por el destino con una apariencia ruin, son despojados de sus vestidos y enviados de tribu en tribu hasta Riohacha, perseguidos con risas burlonas y con una completa rechifla.

Los goagiros no son hospitalarios sino con los hombres de su raza y los extranjeros que han implorado su proteccion. Odian cordialmente á los españoles, con los cuales han batallado muy cerca de tres siglos; los padres refieren á sus hijos que los conquistadores Alfaguer y Benalcázar habian reducido á los indios á la esclavitud y alimentado á los perros con su carne; les dicen que algunas veces los soldados castellanos echaban por delante centenas de pieles-rojas atados á una misma cadena, y se complacian en hacer caer de un solo golpe las cabezas de aquellos que detenian un instante el convoy. Así los descendientes de los españoles se aventuran raras veces del otro lado de la embocadura del rio de la Hacha, y las goletas granadinas que van á traficar á la costa con los indios, asestan hácia ellos las bocas de sus pedreros y disparan á la menor alarma. Cuando se cruzan

®Biblioteca Nacional de Colombia

en el mar una barca de pescadores riohacheros y una piragua de goagiros, se cambian siempre injurias homéricas entre las dos tripulaciones.

A veces, y á pesar de los intereses comerciales que reclaman la paz entre las dos razas, estalla la guerra á consecuencia de alguna refriega entre los tratantes españoles y las tribus de Bahía-honda; entónces los indios se esparcen en los campos que rodean á Riohacha y pillan las caravanas de mulas que vienen de la Sierra-Negra y del Valle-Dupar; nadie se atreve á salir de la ciudad, ni á aventurarse á las orillas del rio, ni aun para hacer la provision de agua dulce en su embocadura; las mujeres se hacen escoltar por gentes armadas, y los riohacheros que los indios sorprenden fuera de la ciudad son asesinados sin compasion. Hace como doce años que, poco tiempo despues de una declaracion de guerra, dos tratantes de quienes los goagiros tenian motivos de queja, cayeron en manos de estos; los indios los hambrearon por algunos dias, despues obligaron al que conservaba mayor vigor á cavar la fosa de su camarada y á enterrarlo vivo; cuando esta mision atroz estuvo terminada, dieron muerte al sepulturero, y,obedeciendo á alguna monstruosa supersticion, regaron la sangre sobre la tierra removida recientemente.

Despues de algunos meses de interrupcion en el comercio pacífico, los goagiros,

®Biblioteca Nacional de Colombia

suficientemente vengados con la muerte de algunos de sus enemigos, y sintiendo la necesidad de proveerse de *coletas*, de adornos, de pólvora, de piedras de chispa, vuelven al mercado conduciendo sus productos y ofrecen al mismo tiempo la paz á sus enemigos los blancos y los negros. Estos, que se creen muy felices al ver cesar al fin el estado de sitio al cual estaban sometidos, la aceptan sin vacilar, y el tráfico diario principia de nuevo con las mismas condiciones de ántes. Los ranchos se levantan de nuevo en el barrio oriental de la ciudad, y los riohacheros vuelven á sus paseos matinales para bañarse en la desembocadura del rio.

En paz como en guerra, los goagiros conservan en la ciudad el derecho de gobernarse por sí mismos, y se mofan de las leyes granadinas. Durante mi residencia en Riohacha, fué asesinada una mujer por un indio de una tribu acampada cerca de Bahiahonda: el asesino huyó inmediatamente y logró sustraerse á las pesquizas de la familia irritada. Algunos meses despues, se esparció entre los goagiros la noticia de que aquel estaba oculto en una casa de Riohacha; los hermanos de la víctima, seguidos de sus amigos, armados de flechas y fusiles, entraron á la ciudad y registraron todos las casas, una despues de otra, hasta que lo descubrieron temblando. Lo ataron con fuer-

®Biblioteca Nacional de Colombia

tes ligaduras, y lo trasportaron mas allá de la desembocadura del rio, á la calzada de arena que forma la punta extrema del territorio goagiro, y en seguida el hermano de la india le cortó la cabeza de un machetazo. Toda la familia del criminal, descubierta mas tarde, corrió la misma suerte, á excepcion de la mujer, que fué dejada por muerta sobre la arena y tuvo fuerza bastante para pasar el rio á vado y llegar á morir á Riohacha. Sinembargo, los indios aceptan algunas veces el precio de sangre y perdonan al que les paga. Un comerciante de la ciudad, don Nicolas Barros, tiene en su casa una india pequeña, cuya vida salvó por la suma de cuarenta francos.

Si los riohacheros tiemblan ante los goagiros, estos por su parte temen á los *cocinas* y hablan de ellos con terror. No es cobardía de su parte, porque son los hombres mas valientes, y á las flechas envenenadas pueden oponer flechas de la misma clase y balas de fusil que van mas rectamente al blanco; pero los cocinas son antropófagos, y nada atemoriza mas á los goagiros que el pensamiento de verse asados y devorados despues de caer en la batalla. Los *cocinas* recorren las sabanas pantanosas que se extienden entre Maracaibo y la Sierra de Macuira, á lo largo del golfo de Venezuela. Poco numerosa ésta, como la mayor parte de las tribus antropófagas, cuenta á lo mas

®Biblioteca Nacional de Colombia

algunas centenas de guerreros; pero es poderosa sobre todo por el terror que inspira. Aun cuando desapareciera, los recuerdos del pasado protegerian por mucho tiempo su territorio.

A pesar de las recomendaciones de mis amigos de Riohacha, me aventuré mas de una vez en las posesiones de la república goagira, y fuí á visitar muchos grupos de ranchos. Es verdad que ántes me habia hecho presentar al jefe conocido por los españoles con el nombre de *Pedro quinto*, especie de gigante, altivo como un mandarin chino, de una obesidad que probaba su riqueza y la costumbre de comidas copiosas. A su vez este jefe me hizo ver á sus numerosos súbditos, reunidos en el mercado de Riohacha, y me colocó bajo la proteccion de toda la tribu. Tenia yo un gran título á su amistad en ser *felansí*, * quizás descendiente de esos piratas á quienes los goagiros ayudaron á quemar once veces la ciudad de Riohacha; mi persona era pues, sagrada, y todo insulto hecho al huésped de la tribu seria vengado con sangre. Del mismo modo, aunque yo hubiera sido inglés, español y hasta *cocina*, desde que me fué prometida la hospitalidad, nada tenia que temer, todos los ranchos me pertenecian y podia ordenar lo que quisiera. Cuando un enemigo pide refugio á los goagiros y logra

* Frances.

®Biblioteca Nacional de Colombia

penetrar en una cabaña ántes de haber sido alcanzado por una flecha ó bala, el huésped le servirá como si fuera su mejor amigo, pero teniendo cuidado de volver la espalda y de cubrirse el rostro con un velo, por el temor de cambiar una mirada de odio con el extranjero suplicante.

En mis repetidos paseos á lo largo de las playas de la Goagira, pasé muchas veces al lado de hombres, en apariencia sin vida, tendidos sobre la arena, vigilados por mujeres que se ocupaban tranquilamente en tejer redes ó sombreros. Creí al principio que esos cuerpos inmóviles eran cadáveres cerca de los cuales se habian colocado guardianes para espantar á los *caricaris* y buitres; pero una de las mujeres, que sabia algo de español, me hizo comprender que su marido no estaba muerto, sino durmiendo el sueño de la embriaguez desde el dia anterior. "Ayer vendió su palo de brasil," añadió con aire confiado. Los placeres que la embriaguez produce son apreciados de tal manera que la mujer siente aumentar su respetuoso afecto por el marido sumido en esa fatal beatitud; ella se arrodilla cerca de su cabeza, espanta los cínifes que podrian turbar su pesado sueño, refresca su frente venteándola con una ala de águila; pues en circunstancias análogas, puede á su vez tener necesidad de ser cuidada de la misma manera.

®Biblioteca Nacional de Colombia

A la conclusion de todo negocio, el tratante riohachero da al vendedor goagiro uno ó muchos jarros de aguardiente garantizado puro, pero extraordinariamente mezclado con agua. El indio lleva á su rancho el precioso licor, y bebe de seguida hasta que cae moribundo en la arena. Refieren que un buque cargado de rom encalló en los arrecifes de Punta-Gallinas: la noticia se esparció inmediatamente en toda la península, y durante algunos dias la nacion entera estuvo sumida en la mas completa embriaguez. Mas de una vez dicen que han bebido ácido sulfúrico con la misma avidez que el rom, por lo cual ha muerto mas de un pecador impenitente. El vicio de la embriaguez no tiene entre los goagiros las mismas consecuencias desastrosas que en los paises civilizados de Europa: aquí la miseria es la consecuencia infalible de la bebida: allá la pobreza es desconocida. Ademas, los goagiros tienen, como todos los otros indios de la América, la maravillosa facultad de hacer suceder, sin sufrimiento, la mas rígida sobriedad á los festines y á la embriaguez. Cuando el goagiro ha matado un corzo ó una tortuga, lo devora sin descanso hasta concluir enteramente con el animal; si se adormece en medio del festin con un sueño de boa, se tiende en una estera empuñando los sanguinolentos restos, para llevárselos á la boca apénas despierte. Cuando la caza

®Biblioteca Nacional de Colombia

y la pesca han sido infructuosas, el goagiro aprieta fuertemente su cinturon al rededor del estómago desinflado, y ayuna durante dias enteros sin dignarse arrojar una mirada codiciosa sobre el alimento de sus compañeros.

A pesar de los vicios y de los defectos que son comunes á todas las naciones bárbaras aun, los indios aborígenes progresan evidentemente, y quizá serán para la provincia de Riohacha, lo que han sido los indios del interior para el Socorro, Vélez y Pamplona: el elemento mas importante de la regeneracion social. Hasta estos últimos años, se habian conservado puros de toda mezcla; pero las numerosas ocasiones de contacto creadas por las relaciones de comercio han producido recientemente algunas familias importantes de mestizos. Poco á poco los veinte ó treinta mil goagiros, atraidos por su interes á la vecindad de un lugar cuya poblacion se aumenta diariamente, se refundirán con los habitantes negros y blancos del pais, y el feroz antagonismo de las razas desaparecerá. En cambio de su espíritu de trabajo, de sus creencias, de su indomable valor, los goagiros recibirán esa vivacidad de impresiones, esa poesía de los sentidos, que hacen á los criollos de sangre mezclada tan accesibes á las innovaciones de toda clase.

El comercio de las tribus goagiras con el extranjero es proporcionalmente mas consi-

®Biblioteca Nacional de Colombia

derable que el de cualquiera otra comunidad de la república granadina. Con sus envíos diarios al mercado de Riohacha, hacen mas por la prosperidad de esta ciudad que sus mismos habitantes; ademas ellos exportan para Jamaica y Santo Domingo caballos los mas bellos de formas, los mas sóbrios de toda Colombia; ganados, sal, cueros, granos de dividivi, *tasajo*. * Las necesidades del tráfico les han hecho aprender el *papamiento*, y cuando el círculo de sus ideas se extienda, es indudable que su lengua, muy pobre y adaptada á la sencillez de sus costumbres, desaparecerá gradualmente para hacer campo al español. Su idioma, que lo pronuncian con una voz siempre doliente y triste, se deriva del *chibcha* y se distingue como esta lengua por su escasez de sonidos y por las sílabas *tchi*, *tcha*, constantemente repetidas. Se asegura que en la biblioteca de Stockolmo existe hoy un vocabulario goagiro, recogido por un misionero hácia fines del último siglo.

La naturaleza del terreno, que obliga á los goagiros á hacerse sucesivamente comerciantes y pastores nómades, no les ha permitido realizar grandes progresos en la agricultura; sinembargo, en los últimos tiempos, muchos de ellos se han establecido en puntos diversos de la ribera derecha del rio de la Hacha, y han desmontado el terreno

* Carne cortada en tiras y secada al aire.

®Biblioteca Nacional de Colombia

para plantar *mangos* y otros árboles frutales. Sin perder por esto sus costumbres errantes, estos indios vienen frecuentemente á visitar sus nacientes plantaciones y á recoger sus frutos; así será como poco á poco, se fijarán en ese terreno y vendrán á ser verdaderos agricultores. Cinco ó seis familias atraidas por el cebo de la ganancia han dado un paso mas: establecidos sobre la ribera española del rio, á diversas distancias de la ciudad, han formado *rozas* en algunos terrenos bajos, fáciles de regar, en las cuales, gracias á una horticultura enteramente rudimental, producen melones, sandías y yucas en cantidad suficiente para abastecer á la ciudad. Aseguran que, con el objeto de proteger sus huertos contra los ladrones, los indios echan serpientes venenosas en los vallados de las *rozas;* dicen tambien que siembran de distancia en distancia *yucas bravas* que ellos únicamente saben distinguir de las otras, y que causan la muerte con su jugo venenoso al que las come.

Otro rasgo característico de los goagiros que es preciso trazar en pocas palabras, es su odio contra la religion católica. En esta religion ven solamente la execrada fe de sus antiguos opresores, la fe en cuyo nombre sus antepasados fueron decapitados, hechos picadillo, reducidos á la esclavitud; todos los esfuerzos intentados para convertirlos no han producido otro resultado que

®Biblioteca Nacional de Colombia

exaltar su aversion por el nombre español. Parece que no tienen mas religion que el amor á la libertad, y jamas pude averiguar si creian sinceramente en el Gran Espíritu y en la inmortalidad del alma.

A todas mis preguntas en este sentido, respondian con miradas de asombro ó con sonrisas de desprecio. Una sola práctica prueba, á mi parecer, que admiten la existencia de un sér supremo: cuando el trueno retumba, arrojan en el aire tizones encendidos y dan grandes gritos, como para devolver al espíritu de la tempestad voz por voz, rayo por rayo. De este modo, dicen las tradiciones caldeas, Nemrod, el poderoso cazador, lanzaba flechas á las nubes, que mas de una vez volvieron á caer ensangrentadas.

XII.

EL MÉDICO CAZADOR—LA CUESTA DE SAN PABLO—EL RANCHERÍA—LA SIERRA-NEGRA.

Habia pasado en Riohacha cerca de seis meses sin emprender excursiones importantes y sin poder ocuparme del objeto principal de mi viaje. Al fin encontré una ocasion favorable para dirigirme hácia la Sierra-Negra, una de las grandes ramificaciones de los Andes, que principia á cuarenta leguas al sur de la ciudad. Una mañana me puse en camino, llevando en una *mochila* * algu-

* Especie de cacerina tegida por los indios arua-cos con las fibras de la pita.

®Biblioteca Nacional de Colombia

nos libros y una botella de agua. Solo, á pié, se siente uno siempre en comunicacion mas íntima con el paisaje que lo rodea, puede subir á todas las colinas, seguir los bordes de todos los arroyos, penetrar en todos los bosques, descansar bajo sus sombras misteriosas. En la naturaleza tropical sobre todo, que no me era conocida aun bajo sus diversos aspectos, deseaba no tener compañero, queria gozar solo el placer de los descubrimientos, y vivir durante algunas semanas como nuestros antepasados errando por las selvas. Por lo demas, el cuerpo no debia sufrir con este nuevo género de vida; de jornada en jornada, debia encontrar huéspedes que ya conocia, ó para los cuales se me habian dado cartas de introduccion.

En Treinta, ciudad de mil habitantes, situada al pié de las colinas de San Pablo, llegué á la casa de un compatriota, personaje raro que mas tarde, debo confesarlo, no se condujo honorablemente, mas por entónces no tenia motivo alguno para creer que le faltase probidad. El señor Julio se vanagloriaba de ser descendiente de la célebre Ninon de Lenclos.* Pequeño, flaco,

* Cortesana célebre, parisiense, del siglo XVII, bella y espiritual, que no obstante estas dotes y la posesion de una fortuna modesta, renunció al matrimonio. Fué cortejada por el gran Condé, el duque de la Rochefoucauld, el mariscal d' Estrees, el marques de Sevigné, Villareaux y La Chartre. Era muy solicitada por las damas de mas alto rango, y entre

®Biblioteca Nacional de Colombia

pálido, atacado de una toz seca como la de un tísico, parecia siempre en vísperas de exhalar el último suspiro, y sinembargo, gozaba de una salud singularmente robusta. Cuál habia sido su vida pasada? se ignoraba; nunca refirió porque circunstancias habia dejado su patria.

Desde su llegada á la Nueva Granada, ejercia tres profesiones; era médico, negociante y cazador. Demasiado ignorante para curar las enfermedades en una ciudad como Riohacha, en donde habia ya muchos médicos que si no poseian ciencia sí tenian una larga práctica, recorria las ciudades vecinas, Soldado, Treinta y Barbacoas, y se instalaba al lado de las hamacas de los pacientes, los sangraba de grado ó por fuerza y les hacia tomar sus drogas. Su calidad de frances, la lentitud doctoral con que se expresaba y sobre todo su admirable salud le aseguraban una gran influencia sobre el espíritu de aquellas poblaciones incultas. Ademas, poseia una terapéutica de extrema sencillez, y por esto mismo agradaba á los campesinos, que gustan de seguir en todo la rutina. Para Julio no habia mas que dos clases de enfermedades, las que provenian de un exceso de calor y las que se causaban

ellas La Maintenon, La Sabliére, La Ferté, La Fayette &c. que no desdeñaban de darle el título de amiga. Brillaba tambien por su exquisito gusto literario: Moliére le consultaba sus obras, y protegió á Voltaire á su salida del colegio.—N. del T.

®Biblioteca Nacional de Colombia

por el frio; solamente existian dos clases de medios terapéuticos, *los calientes* y *los frios*. En una region como la explanada de Riohacha, compuesta de tierras arenosas que reflejan los rayos de un sol vertical, casi todas las enfermedades debian ser clasificadas entre las *calientes*, y el primer medio empleado para refrescar el cuerpo era la sangría á todo trance. Durante las épocas de epidemia, la lanceta del doctor Julio no descansaba un instante; donde quiera que se presentara era seguro que inmediatamente llenaria de sangre muchas vasijas. Recibia en pago esteras, hamacas y espuelas; y despues, cuando ya habia reunido suficientes provisiones, partia para la ciudad, seguido de una caravana de mulas, alquilaba una tienda en el barrio del comercio, y durante algunos meses permanecia detras de su mostrador, ocupado en vender sus mercaderías. Esta era la segunda faz de su existencia, indudablemente la ménos original.

Pero, cuando en medio de sus ocupaciones pacíficas el demonio de la caza se apoderaba de él, abandonaba repentinamente mercaderías y enfermos, y proveyéndose de un fusil, pólvora y municion, de un saco de sal y de una redomita de amoniaco, desaparecia sin avisar ni aun á su mujer. Separándose de los senderos frecuentados, se engolfaba en las selvas vírgenes, caminaba por entre los pantanos ó seguia los bordes de

®Biblioteca Nacional de Colombia

los precipicios en busca de la caza. Cuando mataba algun animal, un mono, un *saino* * ó un *manáy*, † hacia un hoyo en la tierra, encendia un gran fuego y en seguida colocaba el animal en los carbones encendidos y lo cubria todo con ramas y hojas. Despues cortaba el tallo suculento de un palmito, lo salpicaba de sal, desenterraba su azado y hacia una comida deliciosa. Al segundo dia, ésta era mas agradable aún, porque podia agregarle el licor que sacaba perforando el tallo de la *palma de vino* ‡ y chupando el agujero en que se habia acumulado la sávia y trasformádose en vino durante la noche. Para agregar este lujo á sus comidas, le era necesario estarse de planton, porque mas de una vez los monos aprovecharon su sueño para vaciar los agujeros hechos en la palmera y embriagarse á su costa. Cuando habia acabado su banquete el cazador penetraba por otra parte de la selva, iba á acampar al borde de otro torrente, y esperaba con la mayor paciencia el paso de una bandada de monos ó de una

* Animal encantador de la familia de los *pécares*, muy fácil de domesticar, fiel como un perro, gracioso en sus movimientos como una cabra. En medio del espinazo tiene una abertura por donde sale un líquido almizclado.

† Animal de la misma familia que el *saino*, pero mas grande. Algunas veces se encuentra en manadas como de á cincuenta.

‡ Palma real, en el interior de Colombia—N. del T.

®Biblioteca Nacional de Colombia

partida de manás. Pasaba de este modo meses enteros, sin otra sociedad que la de los innumerables insectos que revolotean en el aire, colonias de hormigas y *comegen*, y todos esos séres que se deslizan y arrastran, vuelan ó saltan en la selva vírgen.

Durante estas correrías solitarias, tenia que arrostrar muy serios peligros. Solia encontrarse frente á frente con los jaguares; pero como los árabes que tropiezan inesperadamente con un leon, espantaba tan feroces bestias dando gritos y lanzándoles insultos de desprecio. Mordido tres veces por serpientes, nunca experimentó ningun mal, porque desde su llegada al pais tuvo cuidado de inocularse el *guaco*. * Ademas, para evitar la hinchazon, tenia cuidado de verter sobre las mordeduras algunas gotas

* Planta bien conocida, cuyo jugo inoculado anticipadamente, preserva con toda seguridad de la muerte, á los que son mordidos por serpientes venenosas. Las gentes del pais que quieren premunirse se inoculan en la muñeca una pequeña porcion de la parenquima de la hoja del guaco y beben una tisana, en la cual hacen una infusion de pequeñas ramas; repiten la inoculacion cada quince dias durante algunos meses, y desafian en seguida impunemente á las víboras y á las culebras cascabeles. El guaco deriva su nombre de un pájaro muy conocido en la Nueva Granada, que en sus luchas contra las serpientes va, dicen, á posarse de rato en rato en esta planta y se fortifica comiendo apresuradamente algunas hojas. En las selvas vecinas á Riohacha, el grito lastimero del pájaro *guaco* domina á todos los otros hácia el anochecer.

®Biblioteca Nacional de Colombia

de amoniaco. El peligro mas temible que solia correr era el de ser arrastrado por torrentes crecidos repentinamente, pues se veia obligado á acostarse en el lecho mismo de los rios sobre la fresca y blanca arena con el objeto de pasar la noche sin ser devorado por los mosquitos, las hormigas y otros insectos; pero cuando la borrasca derramaba trompas de agua en los valles superiores de la Sierra, los torrentes aumentados repentinamente, descendian bramando á lo largo de las pendientes, y despertaba sobresaltado por el ruido que hacia la avalancha de las aguas saltando de catarata en catarata y arrastrando consigo rocas mezcladas con espuma y barro, y el cazador apénas tenia tiempo para saltar á la orilla y buscar un refugio en medio de los árboles.

Cuando Julio volvia de sus expediciones de caza á la Sierra-Nevada, generalmente tenia el ojo uraño, como todos los que han perdido la costumbre de ver á otros hombres, y sus movimientos se asemejaban á los de un loco. Muchos dias se pasaban ántes que volviera á hacer parte de la sociedad de los hombres, y entónces apénas se reanimaba para referir historias de cacería y mil anécdotas sobre los monos y otros animales de los bosques. En lugar de perro guardian, tenia en su casa un pequeño jaguar atado á una columna del patio. Este

®Biblioteca Nacional de Colombia

animal vivia en muy buena inteligencia con dos monos que pasaban su tiempo en saltar y hacer gestos. La cordialidad entre ellos no cesaba sino cuando se arrojaba un pedazo de carne al jaguar; entónces éste mostraba los dientes, sacaba las uñas, y parecia dispuesto á devorar á quienquiera que pretendiese ser su comensal; no obstante, los monoslo intentaban algunas veces, y ligeros como el relámpago, arrebataban los pedazos de la boca misma del monstruo.

Un caballero de Treinta para quien tenia cartas de introduccion, me recibió con la mayor cortesanía, é insistió vivamente para que fuese á visitar con él una de sus propiedades, en un valle de la Sierra-Nevada. Sabia por experiencia que es necesario desconfiar de las fórmulas de la cortesanía castellana y jamas tuve la tontería de tomar al pié de la letra lo que me decian aquellos que ponian su persona, su casa y su fortuna á mi disposicion. Sinembargo el señor Alsina Redondo insistió de tal manera en hacerme visitar su plantacion, que le prometí acompañarle dentro de doce dias. Encantado en apariencia de mi promesa entró complacientemente en los detalles de todo lo que tenia intencion de hacer para celebrar de un modo digno la llegada á sus dominios de un tan noble extranjero. Yo lo escuchaba con una perfecta confianza, sin figurarme que mi huésped tuviera en manera alguna

®Biblioteca Nacional de Colombia

intencion de no ir á su plantacion de San Francisco, y cuando partí para continuar mi viaje, me regocijaba anticipadamente con la idea del reposo que daria á mis fatigas en la encantadora hacienda. Debia hallar pronto el desengaño.

Mas allá de Treinta, empecé á subir la cuesta de San Pablo, cadena de pórfiro de muy cerca de seiscientos metros de altura, que se destaca de la mole de la Sierra-Nevada y va á perderse al este en los *llanos* de la penínsnla goagira. A derecha é izquierda, por todas partes veia platanales, campos de maiz, grupos de palmeras, vastas plantaciones. Despues del trecho arenoso y monótono que separa á Riohacha de Treinta, esos campos cultivados halagaban la vista como jardines encantados; imaginaba ya el porvenir de la América meridional, tal como será algun dia, poblada y cultivada por mil millones de habitantes.

La cadena de San Pablo está infestada de serpientes sobre las cuales los naturales del pais refieren las fábulas mas extrañas para amedrentar á los viajeros. Dicen que la culebra *alfombra*, * animal muy inofensivo, espera á los pasajeros enroscada en una rama, y los persigue volando como pájaro. Pretenden que las anfisbenas y la coral pueden morder á la vez por la cabeza y por la cola, y que la mordedura hecha con la bo-

* La culebra *alfombra* es una variedad del boa.

®Biblioteca Nacional de Colombia

ca posterior es mucho mas peligrosa; afirman tambien que la culebra *boquidorada* † sigue la pista á los viajeros y los cerca como á una presa. Estos reptiles ocurren, dicen, al ruido del hacha ó del machete, y los leñadores no pueden cortar una rama sin ver á las boquidoradas que se deslizan hácia ellos saliendo de los matorrales. En toda mi excursion solo encontré una de estas peligrosas serpientes, á la cual perseguí inútilmente por entre las rocas.

Hácia la tarde llegué á la garganta, desde donde ví desplegarse al sur una parte de la rica explanada de San Juan, dominada por la azulada cadena de la Sierra-Negra. Descendí por una pendiente rápida, á lo largo de un torrente que saltaba por un lecho profundo, calizo, azulado y que sombrean magníficas *ceibas* cuyos troncos estaban cubiertos de hachazos. ‡ Entró la noche, y en la oscuridad no podia descubrir el sendero que conduce al pueblo la Chorrera, donde el cuñado del vice-cónsul frances me habia ofrecido darme hospitalidad. Caminaba siempre con la esperanza de encontrar

† Llamada así, á causa de dos rayas amarillas que rodean su boca.

‡ Los pescadores derraman el jugo venenoso de este árbol en el agua de los rios para aturdir á los peces, que en seguida pueden recogerse en la superficie—N. del A.—Esto es equivocacion del autor, que seguramente confunde la ceiba con otro árbol.

N. del T.

®Biblioteca Nacional de Colombia

una cabaña, y llegué en fin al borde de un ancho rio que oia bramar entre las rocas y que solamente distinguia por sus capas de espuma. Este rio es el Ranchería, el mismo que mas léjos describe un extenso semicírculo en los llanos de la Goagira, y va á arrojarse al mar cerca de la ciudad, con el nombre de la Hacha ó Calancala. No podia pretender pasar este ancho torrente en la oscuridad, pues no distinguia ni la otra ribera siquiera, y empuñando mi puñal para poder defenderme de algun animal feroz en caso de necesidad, me tendí en una playa de blanca arena.

Nunca quizás he pasado una noche mas agradable. Cuando desperté, las nubes se habian dispersado, las estrellas brillaban en el cielo; por entre las ramas que se entrelazaban sobre mi cabeza, veia resplandecer la luz tranquila de Júpiter; por detras de las rocas que se levantan al otro lado del torrente, desaparecian los astros unos tras otros. Inmediatamente el cielo se cubrió de un ligero color de rosa, y ví salir gradualmente de la oscuridad los detalles de un paisaje encantador adornado con los mas frescos atavíos de la mañana; á mis piés, el agua remolineaba en medio de las rocas y se trasformaba en espuma; en la ribera opuesta, las altas palmeras levantaban sus copas por en medio del espeso ramaje de los caracolíes; mas allá de la selva se divisaba

®Biblioteca Nacional de Colombia

una muralla cortada á pico, de cien metros de altura, y de tal manera tersa que se hubiera dicho que habia sido tajada por la *durandal* de otro Rolando; al oeste, el rio, cubierto aún con las sombras de la noche, parecia salir de un oscuro golfo, miéntras que al oriente ráfagas de luz penetraban por la bóveda de verdura formada por árboles inclinados; las tumultuosas ondas que la aurora reflejaba, parecian correr hácia las purpurinas nubes del horizonte como para confundirse con ellas. Sin dejar de admirar las magnificencias del paisaje, salté de roca en roca y luché contra la violencia de la corriente. Llegué al otro lado sin mas fracaso que la pérdida de un libro de estadística financiera neogranadina; no perdí mucho tiempo en buscarlo.

La muralla de rocas que se levanta por encima de la ribera derecha del Ranchería debe evidentemente su forma actual á las olas de un lago ó de un rio que venian á golpear su base; es una antigua ribera escarpada como lo prueban los promontorios, las grutas, los terrenos de aluvion de los llanos inmediatos y las conchitas de agua dulce esparcidas por allí. Todas las colinas que rodean esta hoyada, están cortadas por escarpas á pico, cuyas bases se encuentran á la misma elevacion: no se puede dudar que en otro tiempo se extendió una gran capa de agua entre la Sierra-Nevada y la

®Biblioteca Nacional de Colombia

cadena de los Andes llamada Sierra-Negra. Quizá el rio Magdalena atravesaba entónces este lago de agua dulce y corria por el lecho actual del Ranchería, y es posible que poco á poco el gradual levantamiento de la Sierra-Nevada hubiera derramado el lago en el mar y arrojado el Magdalena mas al oeste, hácia el golfo que se extiende entre Cartagena y Santa Marta, y que despues se llenase con los aluviones del rio. Hasta la presente, la elevacion del terreno que separa la hoya del Ranchería de la del rio Cesar, afluente del Magdalena, es de poca consideracion, y podria excavarse fácilmente un canal que reuniese las aguas del alto Magdalena con el puerto de Riohacha. Si la Nueva Granada comprendiera sus intereses comerciales, el primer ferrocarril importante que deberia construir seria el que uniese á Riohacha con Tamalameque, sobre el Magdalena; la corriente comercial seguiria la direccion que le ha trazado la corriente de las aguas en las edades geológicas, y atravesaria una hoya de fertilidad inmensa, en la cual existen ya numerosos centros de poblacion: San Juan, Fonseca, Barranco, Cañaveral, Urumita, Badillo y Valle-Dupar.

Una de estas localidades, Villanueva, á donde llegué dos dias despues de haber pasado la cuesta de San Pablo, me llamó la atencion especialmente por su apariencia de prosperidad y su situacion bella á maravi-

®Biblioteca Nacional de Colombia

lla. Las casas, pintadas de amarillo, están sombreadas por árboles de una corpulencia rara aun en la zona ecuatorial; buenos caminos, por los cuales podrian circular fácilmente los carruajes, cruzan en todos sentidos; las *acequias* ó canales de irrigacion, corren sobre piedras con suave murmullo, conservan en los huertos la mas rica vegetacion, y á lo léjos se extiende una explanada inmensa de verdura enclavada entre dos hileras de montañas paralelas, de las cuales la una tiene dos mil y la otra de de cinco á seis mil metros de elevacion. Al este, la Sierra-Negra, cadena relativamente baja y sinembargo mas alta que nuestros Vosges, extiende sus grandes valles cubiertos de bosques y despliega sus redondas cimas por sobre las del Cerro-Pintado, que se destaca como una gran fortaleza rectangular, y proyecta sus bastiones alternativamente blancos y negros. Al oeste, la Sierra-Nevada, de escarpas rojas y desnudas, corona su enorme muro de tallados picos en forma de pirámides y cubiertos de inmaculadas nieves como con un vestido de mármol. Todas las mañanas, el fenómeno de iluminacion, tan notable en los Alpes, se reproduce sobre estas montañas con todo su esplendor. Cuando los rayos del sol naciente aparecen por sobre las cimas de la Sierra-Negra y van á herir las puntas opuestas, trazan al principio en el cielo una in-

®Biblioteca Nacional de Colombia

mensa bóveda de luz, en seguida alumbran los varios faros brillantes de los picos de la Nevada; la luz desciende por grados sobre los flancos de los montes como un inmenso incendio, envuelve toda la cadena con un manto de fuego, y esparciéndose en fin en la explanada, cambia en innumerables diamantes las gotas de rocío y hace brillar el agua de los torrentes.

Un plantador de Villanueva, M. Dangon, á quien yo habia sido recomendado especialmente, es el tipo de esos colonos intrépidos, que hacen solos en favor del desarrollo de un pais, mas que diez mil emigrantes que esparcidos trabajen al acaso. Como tantos otros, habia andado á tientas en busca de ocupacion á su llegada al suelo americano: se habia hecho carpintero, albañil, mercader de cotonadas y tratante; pero la fortuna no lo habia favorecido en estas diversas ocupaciones. Entónces pensó en la agricultura y tomó prestados ocho mil francos al veinte y cuatro por ciento anual. En seis años habia pagado el capital y los intereses, cultivado ochenta hectaras de terrenos, sembrado mas de cien mil piés de café, y tenia una renta anual igual á su primitivo empréstito. Lo que hizo para sí es poca cosa comparado con el impulso que le dió al pais entero. Abrió anchos caminos, construyó puentes, hizo acueductos, importó plantas alimenticias desconocidas en el pais,

®Biblioteca Nacional de Colombia

edificó lindas casas que dan á los habitantes del llano la idea del *confort*. A virtud de todo esto, una docena de caballeros de Villanueva, Urumita y Valle-Dupar, que ántes de la llegada de M. Dangon, no tenian otra ocupacion que fumar cigarros elegantemente, han hecho desmontar otras porciones de Sierra-Negra y plantado mas de seiscientas mil matas de café que producen, año bueno con malo, mas de trescientos mil kilógramos de fruto. He aquí lo que en seis años ha podido hacer con su energía un simple extranjero, adeudado desde el principio de su empresa, por la tasa mas que usuraria del capital tomado á préstamo.

Cuán inferior es en comparacion la influencia de su prestamista, rico comerciante, cinco veces millonario, que posee en la Sierra-Negra muchas leguas cuadradas de un terreno muy fértil y minas de cobre, de riqueza tal, que en muchas leguas se ven en el flanco de la montaña las venas salpicadas de verde y azul! A pesar de todos estos elementos de colonizacion y de la fortuna de que dispone, el rico propietario no ha sabido sacar hasta ahora ningun partido de su inmenso dominio. Para tener éxito en un pais nuevo es necesario saber hacerse poco á poco á una posicion independiente, y no buscar una ya explotada. En Europa, el hombre pertenece, por decirlo así, á su

®Biblioteca Nacional de Colombia

profesion, á su oficio; en América elige libremente su carrera. De aquí ese extraordinario desarrollo del sentimiento de libertad, mas que suficiente para explicar las instituciones republicanas del Nuevo Mundo. Un hombre que ha dominado los acontecimientos, que ha hecho que el destino le obedezca, no puede ceder á los agentes de policía, á los gendarmes, á los empleados de cualquiera clase que sean, ni plegarse á las mil exigencias y dificultades de las leyes.

La plantacion de M. Daugon está situada á dos leguas al norte de Villanueva, en una especie de circo dominado por colinas de suaves pendientes que se apoyan en la base de Cerro-Pintado; en un espolon proyectado en el centro del circo se hallan situados los edificios de explotacion, la era y la casa de campo; todas las labranzas se ostentan en el fondo del circo y en la pendiente de las colinas, de manera que pueden abrazarse con un solo golpe de vista. En un lado están los platanales, doblegándose bajo el peso de los robustos racimos, mas allá las cañas de azúcar, cuyos penachos color de violeta ondulan al viento; mas distante los cafetales en quinconces, cuya sombría verdura está salpicada de innumerables mazorcas rojas. Abajo la extensa explanda del rio Cesar, nivelada como la superficie de un lago, muestra del uno al otro horizonte sus ondas de verdura, en medio de las cuales

®Biblioteca Nacional de Colombia

se presentan aquí y allí algunos puntos blancos ó rojos : son los pueblos de la llanura. Dentro de poco tiempo estos puntos, muy separados aún, aumentarán sin duda en número y crecerán como las islas que surgen lentamente del seno de los mares ; despues se unirán por líneas cultivadas, y estos campos concluirán por parecerse á los nuestros en los que abundan las labranzas y los árboles no se ven sino en bosques aislados.

Los agentes de esta trasformacion serán en su mayor número los inmigrantes de Europa y de la América del Norte; pero los indios de la Sierra, Tupes, Aruacos y Chimilas representarán tambien allí un papel importante. Los Chimilas eran hasta hace pocos años enemigos irreconciliables de los españoles y de los hombres de color: vestidos con cortezas de árboles, habitaban en las grutas y en las selvas que rodean el Cerro-Pintado, y el extranjero que se aventurara hasta cerca de su retiro era implacablemente asesinado. Un dia un negro de una fuerza hercúlea, Cristóbal Sandoval, inspirado por no se sabe que pensamiento audaz, fué á presentarse ante el jefe de los chimilas, sin armas, acompañado únicamente de un jóven hijo suyo. Se ignora por medio de qué artificio el negro logró encantar al piel-roja ; pero el efecto fué inmediato, el *caporal* abdicó, y Cristóbal lo reemplazó como jefe de los guerreros chimi-

®Biblioteca Nacional de Colombia

las. Desde ese dia, estos indios cesaron de amenazar á los españoles, y de bandidos se hicieron agricultores. Tales como son, podrian servir de modelo á innumerables criollos, á los cuales el trabajo les ha causado siempre horror.

Dos dias despues de haberme separado de M. Dangon, tuve ocasion de ver á uno de esos criollos perezosos que pasan la vida balanceándose en una hamaca; acababa de llegar yo al miserable pueblo Corral de Piedra, y pedí hospitalidad en una casa en que, algunos años ántes, el hijo del célebre mineralogista aleman Karsten, habia permanecido muchos dias. Hablé á mi huésped de la bella plantacion que acababa de ver, y me contestó levantando los hombros:

"Bah! *Acaso el señor Dangon come mas plátanos que yo?* soy tan rico como él, porque puedo comer y gozar á mi gusto."

Los últimos dias de mi excursion fueron abundantes en aventuras. Permanecí extraviado dos largos dias en las montañas de la Sierrita, al ángulo oriental de la Sierra-Nevada; pasé dos noches tirado en el suelo, víctima de legiones de garrapatas; tuve que vadear diversos torrentes cuyas aguas me arrastraron mas de una vez por en medio de las rocas; tambien tuve que sufrir hambre y sed, y me consideré feliz por haber encontrado una familia de leprosos que quiso partir conmigo sus plátanos y dejarme be-

®Biblioteca Nacional de Colombia

ber en la vasija comun. Por lo demas, durante todo este viaje, siempre que tuve la fortuna de encontrar alguna cabaña, tenia que felicitarme por la cordial hospitalidad de todos aquellos á cuyas puertas golpeaba. Las mujeres, sobre todo, me enternecian con sus atenciones delicadas; sus voces son de una dulzura maravillosa, sus miradas de una suavidad admirable. Las campesinas colombianas son de tal manera amables y graciosas, que verdaderamente pueden compararse con las gacelas ó las palomas.

En San Juan, el médico don Joaquin Bernal, que despues de esta época fué nombrado gobernador de la provincia de Riohacha, me recibió de la manera mas afable, y fué ciertamente con sinceridad, sin falsa política, que puso á mi disposicion todo lo que poseia. Al entrar en su casa, por otra parte sencillamente amueblada, me ofusqué á la vista de los estantes llenos de libros que cubrian todas las paredes: esta biblioteca llevada de Francia é Inglaterra, con grandes gastos, á un pueblo perdido en medio de selvas vírgenes, se componia de muchos millares de volúmenes escogidos. Don Joaquin me hizo los honores de su tesoro como hombre de gusto y me probó que ningun ramo de la ciencia le era extraño. Hubiera querido muy bien ceder á sus instancias y permanecer algunos dias con él para volver á leer mis autores favoritos,

®Biblioteca Nacional de Colombia

conversar sobre el porvenir de la patria granadina, visitar las montañas limítrofes, intentar en su compañía la ascencion al terrible Cerro-Pintado; pero recordé la promesa que habia hecho en Treinta, y por ningun precio queria faltar á la palabra que tenia dada al caballero Alsina Redondo. Despedíme no sin pena de don Joaquin y conseguí, gracias á una marcha forzada, pasar la cuesta Dieguita al terminar el dia convenido, y llegar á média noche á la puerta de la plantacion. Toqué, no se me respondió; quise abrir, no tenia llave. No pude, pues, hacer otra cosa que tenderme delante de la puerta y dormir lo mejor posible sobre los guijarros.

Al dia siguiente, al pasar por Treinta, referí mi chasco al señor Alsina, quien á despecho de su cortesanía, no pensó siquiera en excusarse: tan prodigiosa le pareció mi ingenuidad! Las fórmulas de cortesanía, las frases banales de la etiqueta, las promesas hechas sin que se tenga la menor intencion de cumplirlas, son una de las llagas de las sociedades en que domina la influencia castellana. Los extranjeros que no están iniciados en esta política de absurda palabrería, se creen rodeados de hombres falsos y pérfidos que no saben pronunciar una palabra sin mentir. Refieren del general Bolívar que tenia la costumbre de reclutar su caballería cogiendo la palabra á los que

®Biblioteca Nacional de Colombia

abusaban de las fórmulas de la cortesanía.

—" *Qué hermosos caballos!* decia él al ver los caballos que necesitaba.

—*Están todos á la disposicion de usted*, se apresuraban á responder los propietarios.

—*Muchas gracias!* "

Y el general Bolívar daba á sus soldados órden de tomarlos.

XIII

LA CARAVANA — EL PASO DEL ENEA — EL PANTANO — LAS SIETE PLAGAS DEL VOLADOR.

Hacia mas de un año que habitaba en la Nueva Granada y conocia ya las costumbres de los indígenas y los recursos agrícolas del territorio; habia adquirido numerosas y agradables relaciones, y podia contar con las simpatías de mis nuevos conciudadanos, como si fuera riohachero. Me pareció, pues, llegado el momento de realizar mis planes de agricultura y de colonizacion en algun valle de la Sierra-Nevada. Don Jaime Chastaing, el carpintero frances, estaba cada dia mas disgustado de su suerte y me rogó que lo aceptase como socio, y tuve la debilidad de convenir. Pensé sencillamente que habia descubierto al fin su vocacion á la avanzada edad de setenta años, y que toda su adormecida actividad se habia despertado sériamente. Tampoco olvidé que iba á vivir en medio de los indios aruacos, léjos de toda sociedad civili-

®Biblioteca Nacional de Colombia

zada, y sin mas compañía que la naturaleza, algunos libros y mis proyectos. ¡Con qué dulzura, pensaba, no resonará en mis oidos la lengua materna, hablada por un compatriota en medio de esa soledad!

Antes de llevar á la Sierra-Nevada los instrumentos de agricultura, los utensilios y demas objetos que podian sernos necesarios para una empresa agrícola, importaba desde luego hacer un viaje de reconocimiento; pero las dificultades principiaron desde el momento de partir. ¿Cómo haria yo para vivir en la Sierra, entre esos indios que ignoran el valor de la moneda, y no venden los frutos y las raices sino en cambio de mercaderías? ¿Seria preciso que llevase conmigo una caravana de asnos y mulas conduciendo provisiones para un tiempo ilimitado, ó bien debia resolverme á hacer el comercio de cambio, como todos los españoles que visitan la Sierra? Este medio era el mas sencillo y cómodo, porque me bastaria un solo animal para trasportar de montaña en montaña mi pequeño almacen ambulante, compuesto, como el de todos los otros tratantes, de algunas libras de bacalao, agujas y lanas de diversos colores. De ordinario se vende tambien aguardiente á los aruacos, y aun es el artículo que entre ellos tiene mejor acogida. Como pretendia representar el papel de civilizador, rehusé llevarles esta bebida funesta.

®Biblioteca Nacional de Colombia

Hácia el principio del *veranito* * partí una mañana muy temprano con Luisito, hijo de mi consocio don Jaime. Marchaba yo á la cabeza de la caravana, seguia el modesto pollino con su carga de fardos y despues venia Luisito, que como era el primer viaje que hacia, se creyó obligado á cargar con un parque completo: un fusil, dos ó tres machetes, pistolas y cuchillos. Dos perros guardaban los flancos de la caravana, ó nos precedian levantando los rabos á guisa de trompetas. Un tratante con quien habiamos hablado la víspera nos informó que la playa estaba en el mejor estado posible, y que era fácil pasar á vado todos los rios. Así principió, bajo los auspicios mas favorables, un viaje que quizás es útil referir con algunos detalles, porque todavía por mucho tiempo las peripecias que ponen á prueba nuestra paciencia serán el patrimonio de los emigrantes, sabios ó *turistas*, que visiten la Sierra-Nevada.

En dos ó tres pasos difíciles, es necesario evitar los promontorios escarpados que se sumergen en las ondas; pero de resto se sigue la playa entre el mar bramador y las barrancas ó las cadenas de dunas. La selva se presenta á corta distancia del mar. Está poco provista, y en lo general se compone

* Segunda estacion de sequedad, que en el Estado del Magdalena dura cerca de dos meses, de principios de noviembre hasta fines de diciembre.

®Biblioteca Nacional de Colombia

de zonas de árboles espinosos rodeando algunos claros en que el comegen construye sus obeliscos y sus pirámides de mil galerías; mimosas erizadas de espinas, cactos torcidos como serpientes al rededor de los troncos, ó agazapados en las endeduras del piso como otros tantos escorpiones venenosos, ortigas gigantescas, y otras plantas de las cuales cada fibra es un dardo, forman un obstáculo mas impenetrable aún que la exuberante vegetacion de las selvas vírgenes. Los únicos animales que viven en estos montes son las serpientes, los lagartos y los pájaros. Por la tarde, los verdes loros y *periquitos* se paran en ciertos árboles en tan gran número que las ramas se doblan, y hasta la entrada de la noche hacen un alboroto aturdidor, de que las conversaciones gañadoras de nuestas urracas solamente dan una débil idea.

Caminamos resueltamente por la playa, saltando al barranco á cada empuje de las olas, y bajando otra vez á la arena consolidada por el retiro de las aguas. Depues de seis horas de esta clase de gimnacia, empezamos á experimentar fatiga. Los sofocantes rayos del sol, reverberados por las blancas arenas y los barrancos, y reflejados por la supercie del mar, nos envolvian en un calor insoportable; una sed ardiente principiaba á devorarnos, y cuando mi camarada agotó nuestra pequeña provision de agua,

®Biblioteca Nacional de Colombia

principió á lamantarse lastimosamente. Todos los medios acostumbrados en semejantes casos fueron inútiles: las frutas algo agrias de los cactos que encontrábamos de vez en cuando suspendidos en las escarpas de los promontorios, apénas nos refrescaban un instante la garganta; el agua del mar, de la cual nos llenábamos la boca, solamente servia para escoriarnos el paladar; la sed iba siempre en aumento. Por fin, llegamos á la ensenada de la Guásima, que sirve de puerto al gran pueblo de Camarones, situado en el interior de las tierras, y miéntras que mi compañero se tendió extenuado á la sombra de una antigua palmera, fuí á buscar una fuente que, me habian dicho, brotaba á pequeña distancia de la Guásima. Se habia secado probablemente el dia anterior, porque el suelo estaba húmedo aún: ni una gota de agua siquiera habia en el pilon. Regresé para anunciar la triste nueva á Luisito, cuando levantando los ojos hácia la copa de la palmera vi dos cocos medio ocultos por el ramaje marchito. Qué maravilloso hallazgo! El pobre árbol, el único que habia en la costa á diez leguas mas al oeste de Riohacha, estaba tan enclenque, habia recibido de los pasajeros tantos machetazos, que no habia pensado buscar frutas en él. Dí un salto no sin algun trabajo, y cogí los preciosos cocos. Cuando mas tarde volví á pasar por la Guásima, el cocotero

®Biblioteca Nacional de Colombia

parecia enteramente muerto: es verdad que al pié de su tronco seco se habia principiado á edificar una especie de posada. Los viajeros no deben temer ya morir de sed en esta playa ardiente: éste es un incontestable progreso de la civilizacion granadina.

Mas allá se extiende la gran laguna de Camarones, que comunica con el mar por el canal de Navío-Quebrado, que á veces está obstruido completamente por las arenas, y puede pasarse entónces á pié y en seco; pero de ordinario es un rio rápido que corre alternativamente del mar hácia la laguna ó de la laguna hácia el mar: nosotros lo encontramos con este segundo curso. Imposible habria sido pasar esta corriente á causa de la fuerza de las olas y de la movediza arena de la barra, que se resbala y hunde al pisarla. Nos fué preciso subir hasta el interior de la laguna y pasar á vado un barranco de arrecifes amarillentos que divisábamos vagamente dentro del agua. Nuestro pasaje fué un verdadero desastre; el asno se atolló, los fardos se largaron flotando, y nosotros tuvimos que arrojarnos al agua para detenerlos. Empapados, despedazados, con los piés heridos por las agudas puntas de los arrecifes, llegamos al fin á la otra orilla con nuestro desgraciado pollino y nuestros dos perros tan abatidos como nosotros. Luisito habia perdido sus pistolas y yo el calzado: tuve que resig-

®Biblioteca Nacional de Colombia

narme á continuar el camino con sandalias.

Al ménos esperábamos pasar agradablemente la noche y reposar de las fatigas del dia en el rancho de Punta-Caricari, situado en un promontorio á la extremidad de una extensa sabana rodeada de lagunas; pero no habiamos contado con los mosquitos y los *pitos*, especie de escarabajo que se pasea sobre los que duermen y los muerde hasta hacerles saltar la sangre. La noche entera se pasó en tentativas de sueños frustrados y en paseos por la orilla del mar, emprendidos con la vana esperanza de encontrar un pequeño ancon que no estuviera infestado de cínifes. Ademas, el pestilencial olor de algunos cadáveres de reses á medio devorar por los gallinazos, nos perseguia por todas partes, y temiamos que este olor atrayera las *pumas ó leones* que visitan con demasiada frecuencia el rancho de Caricari.

¡Qué gozo cuando apareció la mañana fresca y deliciosa, como lo es siempre en las regiones tropicales! Los árboles, las dunas, los horizontes salian gradualmente de la média oscuridad que los envolvia; el sol que se levantaba por encima de las lejanas selvas, hizo saltar repentinamente de las ondas millares de chispas y doró los contornos del horizonte. Doblamos el promontorio de Punta-Tapias; á cada paso se desarrollaba hácia el oeste un nuevo detalle del admirable panorama de las montañas. La

®Biblioteca Nacional de Colombia

cadena de la Sierra-Nevada, de la cual solamente habiamos visto el dia anterior las pendientes superiores y las nieves, se nos presentó íntegramente de oriente á occidente, de la cima á la base como un inmenso cuadro incrustado entre el azul del cielo y el de los mares. A la izquierda una extensa bahía en forma de semicírculo prolongaba hasta el pié de la Sierra su larga curba de blanca arena, entre la extension azul de las aguas y el verde cinturon de las selvas. Mas allá se levantaban las primeras colinas, semejantes á conos de verdura; en seguida se presentaban los variados campos, cubiertos de bosques los unos, de prados los otros, y las cadenas levantándose sobre las cadenas con sus degradaciones de luz, sombra y lontananza. Detras de este amontonamiento de montañas se dibujaba en el cielo la línea erizada de picos de nieve resplandeciente. Al oeste, la cadena preyectaba repentinamente en el mar el promontorio de Punta-Maroma, agudo como una lanza, y parecia que, á consecuencia de una espesa niebla, el promontorio se prolongaba á lo léjos por encima de las ondas; era sin duda una de esas nubes que forman remolineando millares de mariposas blancas. En la curba de la bahía, de quince leguas de extension, veiamos dos ó tres cabañas que apénas podian distinguirse de los árboles que las rodeaban. Esto es todo lo que recuerda al

®Biblioteca Nacional de Colombia

hombre en aquel inmenso espacio. La vida animal misma no tenia mas representantes que las águilas revoloteando encima del mar. Una paz solemne reinaba en la naturaleza. Solamente contrastaban con esta soberbia tranquilidad del océano y de las montañas, algunas olas espumosas que saltaban al rededor de un escollo á corta distancia hácia el norte de Punta-Tapias. A la verdad que este bello espectáculo me recompensó muchas fatigas, y si mi largo viaje no me hubiera procurado ningun otro goce, me creeria con éste ámpliamente indemnizado. ¿Cuándo irán los *touristas* y los amantes de la naturaleza á esas regiones de la América tropical para admirarlas? Nuestros pintores han encontrado una rica mina que explotar en los desiertos de la Palestina y del Egipto, y hace mucho tiempo que reproducen felizmente las quemadas rocas y los rojos horizontes. En América encontrarán la luz del sol de Oriente, y ademas un resúmen de la naturaleza en esas sabanas sin límites, en esos pantanos sin fondo que desaparecen bajo una capa de vegetacion flotante, en esas montañas nevosas de curbas á la vez tan elegantes como atrevidas, y en esas selvas lujosamente compuestas de árboles de todas las zonas y de todos los climas!

Antes de llegar á la la aldea de Manavita, teniamos que pasar el Enea, el rio mas peligroso de toda la provincia, por la rapi-

®Biblioteca Nacional de Colombia

dez de su corriente y sobre todo por los animales que lo pueblan, cocodrilos, tiburones y rayas eléctricas. Segun la opinion general, que sin duda alguna está fundada en la experiencia de los siglos, los cocodrilos son temibles en ciertos rios, miéntras que en otros varios son comparativamente inofensivos y jamas atacan al hombre; los viajeros que atraviesan sin temor el Perevere ó cualquiera otra corriente de agua del pais, no se atreverán jamas á pasar el Enea, cuyos cocodrilos tienen fama de ser muy carnívoros. ¿De dónde proviene esta voracidad particular que distingue á los caimanes del Enea? ¿Acaso se encuentran en condicion mas favorable que en cualquiera otra parte y tienen allí estos terribles *saurianos* dimensiones mas formidables que en cualquier otro rio? ó bien, ¿las aguas y las riberas están mas despobladas, de suerte que los cocodrilos se ven impelidos por el hambre á lanzarse sobre toda clase de presas? Las rayas que frecuentan la embocadura del Enea son quizás mas peligrosas aún que los cocodrilos, porque su primer contacto basta para producir el aturdimiento. Estos terribles animales han hecho que casi se abandone la pesca de perlas en la bahía de Panamá: en el año de 1854, diez y siete negros pescadores de esa ciudad fueron muertos en el agua por las descargas repentinas de aquellos animales.

®Biblioteca Nacional de Colombia

Avanzábamos con cierto temor, porque cuando cruzábamos la calzada de arena que separa del mar la primera de las dos bocas del Enea, habiamos visto los grandes surcos trazados por el vientre de un cocodrilo, y aunque generalmente estos animales solo frecuentan las aguas salobres, habiamos divisado tres que nadaban en el mar, semejantes á troncos de árboles nudosos. Sinembargo debiamos pasar sobre las barras de las dos embocaduras que delineaban á nuestra derecha sus dobles y convexas líneas de escollos. En primer lugar era necesario descargar el pollino, lanzarlo á traves del agua y de la espuma hasta la isla de arena que hay en medio del delta; en segundo lugar, volver dos veces cada uno de nosotros para tomar los fardos y los perros que estaban amedrentados por el tumulto de las olas. Así que llegamos sanos y salvos á la isla con animales y mercaderías, nos faltaba atravesar el segundo y principal brazo del rio. Tenia cerca de doscientos metros de ancho, pero en ninguna parte el agua nos pasaba de los hombros, de manera que siempre nos fué fácil henderla con los machetes para espantar con ellos á los animales que hubieran pretendido aproximársenos con demasiada curiosidad. Al fin logramos llegar sin contrariedad alguna á la otra ribera; pero algunos minutos despues, en el paso de un pequeño lago en el cual

®Biblioteca Nacional de Colombia

creimos inútil ponernos á la defensiva, uno de nuestros dos perros fué repentinamente atrapado por un cocodrilo, dió un débil grito, y desapareció en el agua con su raptor.

Mas allá del Enea nos fué preciso atravesar muchos arroyos ó afluentes temporarios de pantanos que no nos presentaban otras molestias que su fetidez de agua corrompida. Cosa curiosa, y que prueba que en la naturaleza todo obedece á leyes inmutables, todas esas aguas, lo mismo que el Enea, desembocan hácia el oeste, evidentemente porque los vientos alisios, y las corrientes se dirigen siempre de nordeste á sudeste, y con su incesante trabajo forman una larga calzada de arena sobre la ribera oriental de las diversas desembocaduras. Durante la estacion lluviosa, los pantanos situados entre los dos pueblos Punta del Diablo y Dibulla, dirigen hácia el mar de diez á quince afluentes y todos ellos, sin excepcion, corren del este al oeste al traves de las arenas ántes de derramarse en el océano.

En Dibulla, en donde algunos meses despues debia pasar dias bien tristes, me detuve una hora apénas, y llegué con la noche á la cabaña del Pantano, edificada sobre la playa en el punto mismo en que el sendero de la Sierra se separa de la orrilla del mar para penetrar en el interior de las tierras. La cabaña tiene aquel nombre por un pantano que debiamos atravesar el dia si-

®Biblioteca Nacional de Colombia

guiente: inútil es decir que la existencia es un verdadero martirio en esta miserable choza; entre todos los del golfo, el ancon vecino ha merecido el nombre de Rincon Mosquito.

La Sierra-Nevada está defendida por casi todos sus lados con una zona de pantanos que montones de piedras y escombros separan de los llanos circunvecinos. Estas aglomeraciones de piedras y guijarros ¿han sido formadas por sucesivas avenidas de agua, descendidas como un diluvio de las gargantas de la montaña, arrastrando consigo diques flotantes de grandes pedazos arrancados de los flancos de la roca viva? ¿ó bien son verdaderas *morenas* y deben probarnos que la zona tropical ha tenido tambien su período de yelos y escarchas? Esta es una cuestion que el estado actual de la ciencia, y las raras exploraciones hechas en la Sierra-Nevada no permiten resolver; pero es indudable que estos montecillos de escombros son en realidad terrenos de acarreo arrastrados allí en una época en que los agentes geológicos, hoy muy debilitados, tenian toda su fuerza. Apénas se sale de la cabaña del Pantano, se sube una de estas *morenas* en que crecen árboles espinosos en medio de las piedras; despues se baja á una extensa sabana en que hay esparcidos bosquecillos de tulíperos (*liriodendron*), algunas palmeras y manojos de juncos gi-

®Biblioteca Nacional de Colombia

gantescos : ahí principian los pantanos.

Durante las estaciones lluviosas, la gran abundancia de aguas reunidas en esta hoyada rompe en algunos lugares las cadenas de dunas que las separa del mar : entónces es muy fácil atravesarlas, porque en vez de aguas estancadas hay arroyos comparativamente claros ; pero durante la sequedad, las olas marinas forman un nuevo cordon litoral á la embocadura de los pantanos, las aguas que han descendido de la montaña se acumulan en estos receptáculos y los trasforman en cenegales infectos, habitables solamente por los cocodrilos y otros reptiles horrorosos. Emprendimos nuestro viaje precisamente en la estacion seca. El pantano exhalaba miasmas y extendia á lo léjos su capa de agua fangosa. Una abertura trazada por entre los juncos nos indicaba por dónde seguia el sendero, y á pesar del disgusto que nos producia el aspecto de estas ciénegas, era forzoso atravesar el líquido caliente y viscoso, en el cual nuestra imaginacion se representaba innumerables reptiles. A medida que avanzábamos, el fondo era mas fangoso, cada una de nuestras pisadas levantaba tufos pestilenciales que nos penetraban hasta la garganta, y bien pronto nos encontramos sumergidos hasta los hombros en una laguna fétida, removiendo con los piés el fango que se resbalaba gradualmente bajo nuestro peso, y levantando ademas los vestidos por

®Biblioteca Nacional de Colombia

encima de la superficie del agua. Mas adelante la laguna prolongaba aún su tranquila superficie entre dos grupos de juncos impenetrables, sobre los cuales grandes árboles sin hojas proyectan largas ramas semejantes á los brazos de una horca; todas las señales que indicaban la existencia del sendero desaparecieron, y no pudimos dar un paso mas hácia adelante sino confiándonos al acaso. Felizmente nuestro asno, que habia quedado detras de nosotros y olfateaba el espacio con terror, rehusó avanzar; nos fué, pues, forzoso deshacer camino y volver hasta la playa por entre el pantano.

El propietario de la cabaña del Pantano, anciano ciego y leproso, no podia mostrarnos el camino; pero en cambio de nuestro pollino convino en prestarnos un buey que habia hecho ya muchos viajes á la Sierra, y que podia ser para nosotros un excelente guia. En efecto, cuando llegamos al centro de la laguna, este animal se volvió repentinamente á la derecha, pasó por entre dos hileras de juncos, cuya salida no habiamos percibido nosotros, y nos llevó al fin á una punta de tierra firme entre dos bahías profundas.

Se camina como una hora para cruzar la explanada pantanosa que se extiende circularmente al pié de la Sierra. Un aire mas fresco y ménos húmedo, el murmullo de las aguas corrientes, el canto de las aves, la

®Biblioteca Nacional de Colombia

belleza de la vegetacion, anunciaron repentinamente el cambio de zona. Por encima de nuestras cabezas se cruzaban los penachos de las palmeras ligados unos á otros por un sistema intrincado de enredaderas; los bejucos subian, como husos de verdura, de las ramas y de las hojas; innumerables *orquideas* adhiriéndose á las ramas con mil garras abrian al rededor de nosotros sus extrañas flores; algunos árboles caidos de puro viejos desaparecen bajo una red de hojas y flores, y no pocos troncos que aun se conservan en pié, están tambien ocultos bajo las hojas de los *matapalos* y *copeys* * terriblemente estrechados. Los nidos del ave *gonzalito* † suspendidos como frutos, se balancean aquí y allá, en cuerdas de verdura, sobre el húmedo suelo; las hormigas conducen un pedazo de hoja verde cada una y en interminables procesiones se dirigen á sus ciudades subterráneas. Un ruido universal formado por el concierto de gritos, cantos, murmullos ó soplos, escapados de miríadas de insectos y de larvas que viven bajo las cortezas, sobre las hojas, en el aire y bajo las piedras, llena el espacio. Indudablemente, en esta naturaleza tan libre y tan llena de vida, en donde los pasos y la voz

* *Ficus dendrocida, clusia alba,* parásitas qne rodean los árboles como una nueva corteza, viven de su savia y los ahogan.

† Oropéndola—N. del T.

®Biblioteca Nacional de Colombia

del hombre parecen una profanacion, es necesario ser muy orgulloso para que álguien se atreva á llamarse el rey de las criaturas.

Despues de subir una de las primeras pendientes, se llega al rancho del Volador, llamado así por un árbol, * que extiende sus grandes ramas por encima del techo. Este rancho ha sido construido por los indios aruacos para dar un abrigo á los desgraciados viajeros á quienes la fatiga, la tempestad ó la creciente de los rios no les permite continuar su camino; desgraciados, he dicho, porque es casi imposible permanecer en el Volador, gracias á los innumerables insectos y otros animales que los neogranadinos designan con el nombre general de *plaga*.

En primer lugar los mosquitos de todas clases, que en alegres torbellinos danzan incesantemente en la sombra, cubren por centenas la menor superficie de la piel que se deje á descubierto, y para desembarazarse de ellos, es necesario entregarse sin descanso á una gimnasia desesperada y correr de aquí para allá como un loco. Hácia la noche, cuando los millares de mosquistos están repletos de sangre humana, sus enjambres desaparecen por grados, para ser reemplazados en seguida por nubes de zancudos, enormes cínifes de dardo de cerca de un centímetro de largo, que á su turno vienen

* *Girocarpus americanus.*

®Biblioteca Nacional de Colombia

á tomar parte en la tarea. ¿Cómo escapar de ellos durante la noche? Su aguijon alcanza hasta la carne al traves de los vestidos, y sea que uno se agite con furor, sea que se procure el reposo vanamente, no está por eso mas á cubierto de esos insaciables bebedores de sangre. Por la mañana los zancudos desaparecen á su turno, pero otra legion de mosquitos está pronta como un relevo para sucederles, y apénas ha podido uno respirar un instante cuando ya está envuelto en un nuevo torbellino de enemigos. Hay tambien cínifes que jamas descansan, entre otros el *gegen*, insecto imperceptible que apénas se siente bajo el dedo que lo aplasta; y una especie de mosquito cuyo dardo funciona como una ventosa y deja una pequeña mancha de sangre coagulada, que se conserva por algunas semanas. Si uno permanece expuesto largo tiempo á los ataques de estos insectos, la cara completamente hinchada por sus picaduras adquiere en seguida un aspecto deforme.

Estos terribles mosquitos no son sinembargo el mas temible azote del Volador y de las regiones que se le asemejan. Las garrapatas son allí tan numerosas que forman á las plantas como una segunda corteza, y si uno cae en medio de una de sus tribus se ve cubierto inmediatamente de estos animalillos, que se sirven de sus patas agudas para introducirse en el cuerpo: es inútil

®Biblioteca Nacional de Colombia

tratar de desembarazarse de ellas; se llenan de sangre lentamente y hasta dos ó tres dias despues, cuando se han trasformado en pequeñas vejigas rojas, se desprenden por sí mismas como frutas maduras. En cuanto á las garrapatas grandes, llamadas *barberas* en el enérgico lenguaje del pais, se introducen hasta la carne viva, y solamente pueden extraerse con la punta de una navaja. *

Miéntras que el viajero brega en vano contra los mosquitos y las garrapatas, otro insecto se introduce pérfidamente debajo de las uñas de los piés y se fabrica allí una pequeña celda: es la *nigua*. † Por rareza se nota al principio la invasion de este insecto, pero poco á poco se va sintiendo una pequeña comezon seguida al fin de un dolor agudo. El animal crece rápidamente adherido al pié y en pocos dias alcanza el volúmen de una arveja. A uno mismo le es imposible extraerlo; es necesario ocurrir á algun habitante de la Sierra que tenga la habilidad de esta clase de extracciones, para las cuales se introduce delicadamente una aguja en el pié, se agranda lentamente la herida, y, con presiones ligeras, logra hacer caer al suelo la nigua; si por casuali-

* Refirieron á M. A. Demersay que en el Paraguay, desde su aparicion en 1836 hasta el año de 1846, las garrapatas habian hecho perecer doscientos mil caballos y dos millones de ganado de astas.

† *Œstrus humanus, pulex penetrans ó morsitans.*

®Biblioteca Nacional de Colombia

dad se pica la delicada tela de este insecto, los huevos se esparcen inmediatamente en el hueco que él mismo ha formado, y toda una familia de niguas se desarrolla en medio de las carnes vivas. En algunas partes del Brasil, en donde este insecto es tambien conocido como en la Sierra-Nevada, los que dan hospitalidad á los viajeros se arrodillan por la noche delante de éstos y les examinan los piés para extraerles las niguas que se les hubieren podido introducir. Los aruacos andan siempre con los piés desnudos, y muchos de entre ellos no tienen ya ni uñas, ni dedos, ni pié : todo ha sido devorado por el *œstrus humanus.*

A las torturas causadas por todos estos insectos que se ligan contra los pobres viajeros refugiados en el rancho del Volador, es necesario añadir aún el riesgo de ser picado ó mordido por los escorpiones, serpientes, arañas migales, escolopendras ó ciento-piés, animales que á veces tienen hasta medio pié de lonjitud. Las bestias de carga se ven hostigadas especialmente por vampiros que giran silenciosamente por encima de ellas y que se colocan sobre las llagas de los lomos y les chupan ávidamente la sangre. A veces basta una sola noche para matar á un caballo ó á un toro.

El riachuelo que corre al lado de la cabaña del Volador arrastra en sus arenas gran cantidad de partículas de oro ; pero todas las

®Biblioteca Nacional de Colombia

tentativas que se han hecho para recogerlas se han frustrado; ha sido necesario huir ante los mosquitos. El vice-cónsul frances de Riohacha, que obtuvo la concesion de los *placeres* del Volador, habia trasportado allí, dos años ántes, una tienda de gasa muy ingeniosamente dispuesta. Durante dos dias, trató de vivir bajo este abrigo para vigilar el trabajo de sus obreros; estos llevaban guantes y tenian cubierto el rostro con un velo; pero al fin del segundo dia, señor y obreros abandonaron de comun acuerdo su empresa tan fatigante como lucrativa. Andando el tiempo, un italiano ávido que habia obtenido permiso del vice-cónsul para lavar las arenas auríferas del Volador, no pudo trabajar dos dias completos siquiera, y dejó el oficio despues de haber recogido un valor como de diez pesos. Los únicos séres humanos que podrian explotar impunemente el riachuelo del Volador, porque están protegidos por una concha de lepra,* los habitantes de Dibulla y de los pueblos vecinos, son justamente los únicos que no se cuidan de aumentar sus riquezas.

Por fortuna no teniamos motivo alguno para detenernos en el rancho del Volador, y marchamos tanto mas rápidamente cuanto que queriamos llegar al próximo campamento ántes que estallara la tormenta que de ordinario se desata todos los dias en

* Carate.

®Biblioteca Nacional de Colombia

los valles de la Sierra-Nevada, entre dos y cuatro de la tarde. El sendero sigue primero la cuchilla, lomo granítico de mil ochocientos metros de altura; en seguida cruza varios arroyos demasiado peligrosos en la estacion de las lluvias, y rodea una hoyada de una fertilidad exuberante en que existia tres siglos ha un pueblo de indios llamado Bonga. Mas allá corre el torrente de Santa Elena, el mas ancho de la region de las Montañas nevosas. Cuando nuestra pequeña caravana llegó al borde de este torrente, la tempestad principiaba á mugir, y las hojas de los árboles temblaban bajo el viento impetuoso que precede siempre á la lluvia. Nuestro buey entró filosóficamente en el agua y se mantuvo firme de piernas contra la violencia de la corriente. La buena idea de saltar sobre el lomo del animal y de hacernos trasportar así hasta la otra orilla nos vino muy tarde, y le seguimos paso á paso tratando de introducir los piés entre las piedras y oponiendo todo el peso de nuestros cuerpos á la masa de agua furiosa. Arrastrados mas de una vez por entre las piedras, nos agarrábamos con gran trabajo en las partes cubiertas de espuma, y en fin, llegamos al otro lado casi exánimes, y habiendo perdido una parte de nuestro equipaje. En cuanto á mí, hube de perder las sandalias, y me ví obligado á continuar la marcha con los piés descalzos; pero esta pérdida me fué

®Biblioteca Nacional de Colombia

indiferente, porque logré salvar á mi perro que corrió el riesgo de ser arrastrado por las aguas.

Algunos minutos despues, llegamos á la cabaña de Cuesta Basilio. Mi camarada se ocupó de la cocina, y yo cortaba los helechos que debian servirnos de camas, cuando volviéndome noté que mi perro no estaba en la cabaña. A pesar de la tempestad que acababa de estallar, volví sobre mis pasos, exploré corriendo el sendero por el cual habiamos venido y que la lluvia habia convertido en un arroyo; en los intervalos de silencio de trueno á trueno, llamaba al perro, pero éste no respondia, y no pude descubrirlo hasta el borde del torrente de Santa Clara. Sin duda que helado de terror y espanto el pobre animal, no habia tenido fuerzas para seguirnos. Algunos dias despues, á mi vuelta de los pueblos de indios, vi sobre un monton de hojas sus blancos huesos. El pollino que habia dejado donde el ciego del Pantano habia muerto tambien, picado por las arañas. Así los tres animales que habiamos llevado de Riohacha habian sucumbido miserablemente.

Es inútil describir aquí nuestro viaje del dia siguiente: fatigas semejantes á las del dia anterior; pero los paisajes eran mas grandiosos á medida que avanzábamos en el corazon de la Sierra, y la magnificencia de la escena me hacia olvidar que marcha-

®Biblioteca Nacional de Colombia

ba descalzo por senderos trazados sobre granito. Los frutos de corpulentos *avocateros* caidos por millares en el suelo, formaban una especie de lodo fragante que nuestras pisadas removian; montes de palmeras, helechos arborescentes, campos de bihaos y cañas silvestres y prados matizados de flores se levantaban en suaves pendientes hácia las montañas. Desde estos extensos claros pueden contemplarse las selvas en toda su belleza, se las ve nacer en las estrechas gargantas, descender serpenteando al fondo de los valles, unirse en estos como los torrentes que las riegan, formar despues un rio de verdura y perderse en el inmenso llano cubierto con un velo de vapor azulado.

En fin, llegamos á la garganta de Caracasaca, siguiendo un antiguo camino enlozado con baldosas de granito, resto de la perdida civilizacion de los taironas; atravesamos el torrente Chirúa por un puente suspendido que construyeron los aruacos, y llegamos al pedregoso terraplen en que se levantan las chozas del pueblo de indios llamado San Antonio y su arruinada iglesia. Algunos minutos despues, estábamos en la cabaña de *Pan-de-leche*, el célebre cacique ó caporal de los aruacos.

®Biblioteca Nacional de Colombia

XIV

EL CAPORAL PAN-DE-LECHE — EL MAMMA. LOS ARUACOS.

Pan-de-leche, á quien habia tenido el honor de ver muchas veces en Riohacha, era un hombre pequeño, de color rojo oscuro y de rostro cruzado por innumerables arrugas. Por su andar desembarazado y por su mirada tranquila, se comprendia que era hombre rico y noble; orgulloso por descender de una larga série de antepasados y satisfecho de la suerte que le habia concedido riquezas en este mundo. Poseia en efecto una decena de bueyes, dos mulas, muchas plantaciones de caña de azúcar, y era el primero de los de su raza que en sus comidas gastaba el lujo de esos panes de leche, á los cuales debia su nombre burlesco. Era el único entre los indios que podia prescindir de la intercesion de los avarientos tratantes españoles, y él mismo, seguido de sus propios bueyes cargados con los productos de sus campos, iba á cambiarlos á Dibulla, á Riohacha ó á otras localidades de la explanada. Ordinariamente gastaba el mismo traje que sus compatriotas, el sombrero de paja y la túnica azul de algodon; pero cuando bajaba á pais español, tenia á honor presentarse con calzones cortos y una chaqueta de paño gris, grueso, con botones de cobre: podia

®Biblioteca Nacional de Colombia

tomársele por un provinciano de nuestra bella Francia.

Con el producto de su tráfico, habia hecho edificar en el pueblo de San Antonio y en el centro de sus diversas plantaciones, numerosas casas, en cada una de las cuales habia instalado á una de sus mujeres; él habitaba una cabaña, construida en el centro de la poblacion, mucho mas vasta, si no mas cómoda que las de sus súbditos. Allí administraba justicia; toda discusion, todo proceso era decidido por él, y no habia ejemplo de que los aruacos descontentos de sus decisiones hubiesen apelado al tribunal de Riohacha. Por otra parte, jamas se habia embriagado en presencia de sus subordinados, para merecer así su estimacion; cuando apuraba una botella de chicha, cerraba la puerta de su cabaña, y nadie osaba entónces turbar sus profundas meditaciones. Una sola desgracia habia tenido Pan-de-leche en su vida: bañándose en el rio del Hacha, un cocodrilo le habia llevado la mano derecha de una tarascada; pero hombre advertido, convirtió esta desgracia en título de mayor gloria; habia hecho fabricar inmediatamente una mano de hoja de lata, que por cortesía se habia convenido en considerar como de plata, y desde entónces nunca salia sin poner en esta mano brillante un baston con puño de oro que se balanceaba majestuosamente á su lado.

®Biblioteca Nacional de Colombia

Este baston, célebre en toda la provincia de Riohacha, era una mano de justicia, un cetro real, una vara de mágico, y los aruacos no se atrevian á mirarla sino temblando. Tenia alma? era un dios? Pan-de-leche era el único que podia esclarecer este punto á sus súbditos; pero permanecia mudo respecto de este baston misterioso que hacia de él un profeta y un rey.

Cuando nos presentamos á Pan-de-leche, el cacique se balanceaba en su hamaca; se levantó precipitadamente á fin de tomar una posicion majestuosa y sentándose sobre un gran tronco de *macana* * colocado en medio de la cabaña, nos indicó con el dedo otros asientos mas pequeños al lado de la puerta. Segun el uso antiguo de todos los que penetran en la Sierra, tratantes ó viajeros, fuimos á anunciar nuestra llegada al jefe, á rogarle que nos acordara su alta proteccion y á pedirle la hospitalidad en una de sus cabañas. Pan-de-leche nos escuchaba con los ojos cerrados, y de tiempo en tiempo daba un pequeño gemido, como una persona dormida que sufre una pesadilla. De repente se levantó sin haber dado la menor respuesta, y colocando el célebre baston en su mano de hoja de lata, salió de la cabaña y desapareció.

Nosotros nos interrogábamos con la vista y asombrados buscábamos la explicacion de

* Planta arborescente de la especie *alsophila*.

®Biblioteca Nacional de Colombia

su conducta, cuando entró en la choza un aruaco y nos anunció que estábamos en nuestra casa. Pan-de-Leche nos habia hecho el insigne honor de cedernos su propia cabaña, y se habia trasladado á una de sus plantaciones. Inmediatamente despues de su partida muchos indios, que esperaban con curiosidad el resultado de nuestra conferencia con el cacique, se precipitaron en la choza para comprar nuestras mercaderías. Bien pronto se formaron en el suelo pirámides de plátanos, avocateros, guayabas, * malangas, † arracachas; ‡ pero la mayor parte de los indios, sin dejar de comprar bacalao, agujas y lana, parecian escandalizados de no ver aguardiente entre nuestros efectos. Jamas habian negociado con tratantes de nuestra especie.

La cabaña que debiamos habitar y que probablemente sirve aún de palacio al cacique de los aruacos, es de forma redonda, y puede medir cinco metros de puerta á puerta. Está construida de troncos de macanas clavados circularmente en el suelo y entrelazados con varias ramas. La cubre un enorme techo cónico de paja, sostenido en el interior por un sistema de vigas muy complicado. Es la única que entre las cabañas de los indios está provista de puertas, pero éstas no están aseguradas con cerrojos, y

* *Psidium pomiferum.* † *Maranta malanga.*
‡ *Conium arracacha.*

®Biblioteca Nacional de Colombia

el viento que sopla las abre y las cierra á su sabor con gran ruido. Un zarzo de cañas-bravas, cubierto de paja, construido el rededor de la cabaña á la altura de un metro poco mas ó ménos, es la cama del cacique y de sus huéspedes; dos piedras ennegrecidas colocadas en medio de la choza, al lado de la gran silla de honor de Pan-de-Leche, sirven de fogon.

Las moradas de los otros aruacos son mucho mas modestas que la de su cacique. Construidas al acaso en el tarraplen de San Antonio, tienen exactamente la forma de grandes colmenas de avejas; las paredes se componen por lo general de cañas-bravas entrelazadas, y los techos de paja descienden tan bajo que para penetrar en el interior casi es necesario arrastrarse.

Una sola cabaña se distingue de las otras por el estilo de su arquitectura, y de léjos puede resistir una comparacion con las construcciones de Riohacha. Cuando estuve allí, era habitada por dos damas españolas, madre é hija. Esta, herida en las fuentes mismas de la vida á consecuencia de un desgraciado amor y deshauciada por los médicos, habia buscado un refugio entre los indios, en el salubre valle de San Antonio; sus hermanos, ambos carpinteros, le habian precedido para construirle esta casa, y su madre la habia seguido para asistirla y disputársela á la muerte. Durante cinco años, esta

®Biblioteca Nacional de Colombia

madre habia logrado prolongar la vida de su Conchita, jóven admirablemente bella, que los aruacos veneraban como á la diosa de sus montañas. Por tales motivos salia raras veces de su albergue de tristeza, y solamente se la veia en el dintel de la puerta á la hora en que el sol se ocultaba detras de un promontorio al occidente. Entónces los espirantes rayos envolvian su delicado talle en una red de luz; un reflejo de placer coloreaba ligeramente sus pálidas mejillas, como si hubiera encontrado por un momento la perdida dicha al comtemplar el melancólico paisaje del valle, invadido ya por las sombras de la noche. Pero despues de mi visita á la Sierra-Nevada, creyendo Conchita que las heridas de su corazon estaban cerradas completamente, regresó á pesar de los consejos de su madre á Riohacha, para volver á ver á sus amigos. El placer de encontrarse en su patria la embriagó; estuvo poseida durante algunos dias de una loca alegría, y recuperó con toda su fuerza su antigua salud, despues inclinó la cabeza como una flor que se marchita y se durmió en el seno de la muerte.

El pueblo de San Antonio está situado á dos mil metros poco mas ó ménos sobre el nivel del mar, al pié de una montaña flanqueada de la cima á la base por mesetas ordenadas, como los escalones de una pirámide gigantesca, y ofrece á causa de esta dis-

®Biblioteca Nacional de Colombia

posicion una ventaja inapreciable á los agricultores que quieran establecerse allí. Abajo del pueblo corre el rápido torrente de San Antonio; el valle que lleva el mismo nombre, se compone de hoyas circulares, separadas las unas de las otras por estrechos desfiladeros: cada una de estas hoyas, cubierta con una gruesa capa de tierra vegetal depositada por las aguas del lago que las llenó en otro tiempo, está admirablemente adaptada para la formacion de un pueblo, y solamente espera el hacha y el arado para trasformarse en campos de una incomparable fecundidad. Así mismo el rio Chiruá, que desemboca en el San Antonio á una pequeña distancia mas abajo del pueblo, recorre extensas praderas naturales en las cuales se levantan los árboles en grupos suficientemente numerosos para suministrar maderas en abundancia á los futuros colonos; pero bastante claros para no ser un obtáculo al desmonte. Por todas partes, los valles y las montañas presentan terrenos á propósito para el cultivo, excepto hácia el norte, donde el Cerro-Plateado levanta sus rápidas escarpaduras de esquistas, siempre húmedas y lucientes como metal bruñido. Para fijarnos en algun valle de este dichoso pais, solamente teniamos el embarazo de la eleccion.

Al dia siguiente de mi llegada á San Antonio, me dirigí solo hácia San Miguel, otro

®Biblioteca Nacional de Colombia

pueblo de indios, situado como á dos mil seiscientos metros de altura, sobre una explanada sin árboles, y sembrada de despojos. Ménos rico y poblado que San Antonio, ha conservado mejor las tradiciones de los tiempos antiguos, y en sus inmediaciones, en medio de los peñascos amontonados de Cansamaría, se celebran aún los misterios sagrados. Al norte y al sur, dos barrancos estrechos y profundos, semejantes á los fosos de una ciudadela, separan el pueblo de los huertos y pastales de la meseta; por los otros dos lados, un vallado de plantas espinosas vivas impide el paso á los cerdos, perros, gallinas y otros animales domésticos: el mismo pueblo es un templo, y solamente los hombres tienen derecho á penetrar en él. Las calles empedradas están tan limpias como los embaldozados patios de un palacio, y las cabañas están rodeadas de flores: á primera vista, se nota que los tratantes españoles no penetran sino rara vez en este recinto sagrado y aun no han tenido tiempo de profanarlo, como lo han hecho en San Antonio. En el centro del pueblo se levanta una iglesia que casi puede decirse que es monumental, comparada con todos los otros edificios de San Miguel; es verdad que jamas se dice misa allí, y que su utilidad consiste únicamente en servir para las elecciones.

Cuando entré en el pueblo, me pareció

®Biblioteca Nacional de Colombia

completamente desierto; todas las cabañas estaban vacías; un silencio de muerte reinaba á mi rededor. Los indios, hombres y mujeres, estaban ocupados sin duda en sus plantaciones de plátanos y cañas, ó bien, como es de costumbre entre ellos en ciertas épocas, se habian reunido en algun rancho de la montaña para devorar algun buey. Fatigado como estaba, no podia esperar la vuelta de los indios para reclamar la hospitalidad; entré en un huerto en el cual cogí algunos plátanos, cuyo valor me propuse pagar despues al propietario, y en seguida fuí á instalarme cómodamente en una cabaña en que aun brillaba un resto de fuego.

Hacia como una ó dos horas que dormitaba, cuando pocos momentos ántes de ponerse el sol oí resonar de repente una voz cerca de una cabaña vecina. Me levanté precipitadamente para presentarme á los recienvenidos, pero me detuve al ver que iba á interrumpir una ceremonia religiosa. Seis aruacos estaban acurrucados en el empedrado de la calle y guardaban el mas profundo silencio. Delante de ellos, un anciano con la cabeza desgreñada y el mirar extraviado, tendia sus brazos hácia las nieves que iluminaban los espirantes rayos del sol; en seguida se golpeaba el pecho, se pasaba la mano por la frente, hacia contorsiones diversas, gesticulaba horriblemente y pronunciaba palabras que me parecian incoheren-

®Biblioteca Nacional de Colombia

tes. A medida que las sombras subian la pendiente de la nevera, sus gesticulaciones eran mas violentas, su voz mas ronca y dura; pero cuando la última llama que brilló en la cima del pico helado voló por el espacio, el anciano se calló repentinamente, su rostro se aflojó, sus facciones volvieron á ser humanas, y sin dirigirme una mirada, volvió á entrar en la cabaña. Al mismo tiempo los seis aruacos acurrucados rompieron el silencio al cual estaban sometidos durante la ceremonia, y principiaron á hablar con una volubilidad sin igual.

Muchas mujeres, que estaban sentadas en el suelo á una distancia respetuosa, parecia que no habian tomado parte alguna en los ritos sagrados, sin duda porque sus nobles esposos no las juzgaban dignas de ellos, y á pesar de las contorsiones del *mamma* habian continuado sus trabajos caseros ó sus cuidados de compostura. Yo era probablemente el primer blanco que jamas hubiesen visto; y sinembargo no se fijaron en mí ni por un instante, porque bajo el ojo celoso que las vigilaba, no tenian el derecho de manifestar curiosidad, y era indispensable que se conservaran en el estado de máquinas. Despreciadas en todos sentidos, no tienen el privilegio siquiera de habitar bajo el techo conyugal; viven y duermen en la cocina, habitacion estrecha y baja, en la cual apénas pueden tenerse en pié. La mujer

®Biblioteca Nacional de Colombia

nunca se atreve á traspasar el dintel de la casa marital; coloca en la puerta el alimento que acaba de preparar y que el majestuoso marido le hace la gracia de aceptar con bondad. La mujer es la esclava del marido, y toda jóven pobre que no encuentra un señor viene á ser, de derecho, propiedad del rico mas inmediato. Se ve entre los aruacos, que la cuestion del pauperismo se resuelve por una tramitacion sumaria, á lo ménos en lo que concierne á la mujer. Es preciso confesar que en otras naciones mas civilizadas, la solucion del terrible problema es poco mas ó ménos la misma, á despecho de las complicaciones y de las sutilezas de la economía política.

Entré en la cabaña al mismo tiempo que los aruacos. El *mamma*, mirándome siempre con desconfianza, no se dignó saludarme siquiera, tal vez por haberlo sorprendido en el ejercicio de sus funciones religiosas. Felizmente llevaba conmigo una carta de introduccion, dirigida por un caballero de Riohacha á su hermano de leche, Pedro Barliza, el único mestizo de San Miguel. Abrí la carta y yo mismo leí los elogios que ensalzaban mis cualidades y virtudes. Pedro Barliza era uno de los aruacos presentes: se apresuró á desarme la bienvenida y á ofrecerme una hamaca cerca del fuego. Aunque él era el único indio de aquella sociedad que entendia el español, mi carta no

®Biblioteca Nacional de Colombia

produjo menor efecto en sus compañeros que en él, para quienes en ella poseia yo un talisman soberano que hacia de mí un sér superior.

Me apoderé de la hamaca miéntras que los indios se sentaron ó acurrucaron cerca del fuego. La llama, movida por el viento, luchaba con la oscuridad, que habia invadido la cabaña, y las caras rojas de los indios, ocultándose en la sombra ó iluminándose con los reflejos del fogon, sucesivamente aparecian y desaparecian como espíritus evocados ó conjurados. Abrian y cerraban la boca con un movimiento acompasado y saboreaban voluptuosamente el *hayo*. *

Para esta tarea, en mucho la mas importante de su vida, todos los aruacos llevan en la mano izquierda una pequeña calabaza que contiene cal en polvo. Toman de una especie de vejiga, semejante á la de nuestros fumadores, las hojas del hayo, en seguida las mastican para sacarles el jugo, que dejan caer de la boca al borde de la calabaza; despues salpican de cal este líquido por medio de una pequeña varilla que mueven incesantemente en la mezcla, para producir una combinacion mas íntima de las dos sustancias. De vez en cuando llevan la varilla á la boca y chupan con delicia la mistura

* *Erythroxylon coca.* Es la coca de los peruanos, pequeño arbusto cuya hoja se asemeja á la de la acacia ó á la del índigo.

®Biblioteca Nacional de Colombia

corrosiva. Los indios y los negros del Perú hacen igualmente un gran uso del hayo, y pretenden que pueden ayunar durante una semana y aun mas, siempre que se les dé una provision suficiente de hojas de esta planta. El célebre naturalista Tschudi, cuyo testimonio no puede ser sospechoso, afirma que vió en varias ocasiones individuos que trabajaban durante muchos dias consecutivos, contentándose con mascar hayo para reparar sus fuerzas. Los aruacos no conocen esta propiedad maravillosa de su planta favorita, y cuando hablé de ella á Pedro Barliza, largó una carcajada de incredulidad, de que participaron todos sus compañeros.

La conversacion promovida con motivo del hayo, no decayó en muchas horas, gracias á la curiosidad de Barliza. Me abrumó á preguntas hechas en mal español, y traducia en seguida mis respuestas en lengua aruaca; cada una de estas causaba al parecer la mayor admiracion, que se manifestaba con grandes exclamaciones y risas prolongadas. En sus conversacion familiar, los aruacos no pueden terminar una frase sin lanzar un ah! que indica la impotencia de su lenguaje, y que podria llamarse la envoltura del pensamiento: puede decirse que sus discursos, que retratan su naturaleza tanto cuanto es posible, solamente se componen de interjecciones. Despues de

®Biblioteca Nacional de Colombia

escucharme parecian asombrados mas allá de toda expresion, y apénas hacian oir vocales de admiracion cantadas en todos los tonos de la escala. El asombro llegó á su colmo cuando encendí una cerilla química: á pesar de su título de electores y elegibles, á pesar del roce frecuente que tienen con los tratantes españoles, no habian visto aun esta maravilla de la industria moderna.

El gran sacerdote era el único que me escuchaba con cierto interes mezclado de repugnancia: comprendiendo sin duda que yo era un *mamma* mas sabio que él, desplegaba su labio superior con afectado desden. Continué sin dejar comprender que habia notado la oposicion del mágico, é hice un discurso en regla á mis nuevos amigos. Les hablé de España que les habia traido la guerra, pero que les habia dado tambien la caña de azúcar, el café y todos sus animales domésticos; en seguida encomié el poder de la Inglaterra, cuyas naves veian ellos algunas veces desde lo alto de sus montañas, semejantes á pequeños insectos patinando sobre la superficie de las aguas; les dije algo tambien sobre esos terribles yankees, que ellos se representan como espantosos demonios que no tienen siquiera figura humana. Para hacerles comprender mis explicaciones, procuré trazarles en el suelo un pequeño mapa al resplandor de una antorcha encendida en el fogon; se in-

®Biblioteca Nacional de Colombia

clinaron uno despues de otro sobre esas bizarras líneas que aparentaban comprender. Si se quiere obrar con buen suceso sobre la aun inculta inteligencia de estos hijos de la naturaleza, es necesario valerse de un intérprete que pueda traducir nuestras ideas complejas en ideas infinitamente mas sencillas y rudimentales. Por la intercesion de Barliza, mestizo que pertenecia á la vez á dos razas, mis palabras presentaban un sentido á los aruacos; pero cuántas veces intenté mas tarde, y en vano, hacerme entender de los indios de San Antonio que hablaban un poco de español! Experimenté tambien una gran dificultad para hacerles nombrar un objeto que ponia á su vista: me miraban por largo tiempo, repetian por muchas veces el nombre, balbuceaban algunas palabras ininteligibles, despues me daban á entender, con una explosion de risa, que no me habian comprendido.

Generalmente se afirma que, guardando la debida proporcion, los montañeses son mas grandes, mas fuertes, mas intrépidos que los habitantes de las explanadas. No es así en el Estado del Magdalena, ni aun en la Nueva Granada entera, segun parece. Los aruacos, tribu de las montañas, son mas pequeños, mas débiles, ménos inteligentes que los goagiros, tribu del llano; estos son de una belleza resplandeciente, aquellos feos y enfermizos; son pusilánimes, y tiemblan

®Biblioteca Nacional de Colombia

ante la mirada de un español; miéntras que los goagiros son inaccesibles á todo temor, y en tres siglos de lucha han sabido conservar su preciosa libertad.

Las dos tribus difieren tambien completamente en el color: los goagiros tienen la piel de un rojo brillante como el ladrillo; los aruacos son casi negros. Sus mujeres, siempre sucias y fétidas, están vestidas con una especie de capoton de tela que embaraza sus movimientos y las obliga á caminar á pasos cortos: llevan á sus hijos sobre las espaldas, en un pequeño saco suspendido de la frente por una faja. Penosamente encorvadas equilibran este peso llevando las manos hácia adelante para teger las mochilas, y hacen, sinembargo, en un dia jornadas de diez y quince leguas por senderos escabrosos de la montaña: se diria que son gigantescos didelfos llevando su progenitura en la espalda. Qué diferencia entre estas desgraciadas mujeres y las bellas goagiras, de mirada altiva, de seno desnudo, soberbiamente envueltas en sus mantos y llevando á sus hijos á horcajadas en las caderas! Aruacos y goagiros, que en toda tabla etnológica han sido clasificados hasta ahora como una misma raza, difieren tanto los unos de los otros como el frances difiere del tártaro. Por lo demas, se aborrecen entre sí, y si los aruacos descienden rara vez al llano, esto proviene sobre todo del terror que les

®Biblioteca Nacional de Colombia

inspiran los otros Pieles rojas.

¿De qué region de la Costa firme son originarios los aruacos? Algunos pretenden que en otro tiempo habitaban las explanadas de las riberas del Enea, y que huyeron á las montañas á la aproximacion de los españoles. El historiador Plaza, con mas apariencia de razon, los considera como un resto de la poderosa tribu de los taironas, que ocupaba toda la costa desde el golfo de Urabá hasta la embocadura del rio Hacha. Pocigüeira, su plaza de armas y su principal fortaleza, situada no léjos del lugar en que hoy se levantan las chozas de San Miguel, habia sido edificada para la proteccion de las minas de oro de Tairona, que habian dado su nombre á la tribu. Los aruacos, hoy tan pobres, tenian en aquella época oro en abundancia, y sus vasijas, aun las mas groseras, eran de ese metal. La tradicion añade que conocian el arte de ablandar todos los metales por medio de una yerba mágica y amasarlos como los alfareros amasan la greda; muchos habitantes de Riohacha afirman que han visto en la Sierra ornamentos de oro en los cuales se reconoce distintamente la impresion de los dedos del fabricante. Verdaderas ó supuestas estas riquezas de los aruacos, exaltaron la avaricia de los españoles.

En el año de 1527, el conquistador Palomino se ahogó en el rio que lleva su nom-

®Biblioteca Nacional de Colombia

bre, tratando de penetrar en la garganta de Pocigüeira: tres años despues Lerma, gobernador de Santa Marta, renovó sin gran suceso una tentativa de invasion; finalmente en 1552, Ursúa logró remontar los valles de la Sierra hasta las poblaciones de los indios. La mayor parte de los aruacos huyeron, y atravesaron los Andes y los llanos, y fueron á establecerse á orillas del Orinoco, en donde se encuentran aún sus descendientes. Algunos, sinembargo, se refugiaron al pié de las neveras y lograron ocultar su retiro á los conquistadores españoles, que buscaron en vano el Dorado de Tairona, y tuvieron que retirarse con un botin insignificante.

En nuestros dias el número de los aruacos no pasa probablemente de un millar. En 1856, ascendian á poco ménos de quinientos en los dos pueblos mas considerables de la Sierra, San Antonio y San Miguel. Tairona no es hoy otra cosa que una montaña sagrada, un Olimpo donde residen misteriosas divinidades. Allí se encuentran, al lado el uno del otro, el paraiso y el infierno; allí resucitarán todos los que mueren, y el hombre que sea bastante temerario para aproximarse al terrible monte perecerá al instante mismo, y hará compañía á aquellos cuya morada ha profanado. Con frecuencia los muertos de Tairona sienten la necesidad de volver á ver á sus parientes, á sus

®Biblioteca Nacional de Colombia

amigos ó á un animal querido que han dejado en la tierra. Heridos inmediatamente por el soplo invisible de la muerte, los séres que ellos han visitado no tardan en caer enfermos y morir: así se explican las fiebres agudas y las muertes repentinas. A veces se oye mugir la montaña: "Es la voz de los tesoros que habla!" dicen los aruacos. Como una pintura que reaparece debajo de un estuco grosero, el antiguo paganismo persiste entre los aruacos á despecho de las formas católicas que les han sido impuestas por los españoles. Practican las dos religiones, pero su corazon pertenece á la que heredaron de sus padres y la siguen en secreto. Entre ellos ningun contrato es válido si no ha sido ratificado por un encantamiento del *mamma*. Sus nombres cristianos no son otra cosa que nombres oficiales, y cuando no temen ser escuchados por un español, se llaman con sus nombres místicos.

Los aruacos son industriosos, y á pesar de su poca inteligencia, saben muchas cosas que los goagiros, amantes de su libertad, ignoran completamente. Es evidente que los educadores de los aruacos han sido el frio y el hambre. Para vivir en esos elevados valles de la Sierra, no basta á los indios recorrer las selvas y recoger los frutos que caen: es necesario tambien que planten y siembren, que levanten habitaciones y que fabriquen vestidos. Venden á los tratantes

®Biblioteca Nacional de Colombia

cuerdas y sacos que tejen con la fibra de la pita, y que saben teñir de diversos colores. Una corteza de árbol llamado *naula* les da un inalterable color de hez de vino; de igual modo una gramínea de flores amarillas les suministra un bello color dorado que aplican á los tejidos por medio de un agente que es necesario nombrar, puesto que desempeña entre los aruacos un papel industrial importante. Este agente es la saliva, con la cual preparan tambien el aguardiente, mascando la caña de azúcar, y escupiendo dentro de una gran calabaza. Dicen que la chicha fabricada por este procedimiento sumerge en una embriaguez mucho mas temible que la del aguardiente comun. Felizmente los aruacos no saben extraer aún de la pita ese licor que los mejicanos llaman *pulco*. Bastante es para corromperlos y matarlos lentamente, su terrible chicha y el rom adulterado de los tratantes, para que se les enseñe un nuevo sistema de suicidio.

Los tratantes, blancos ó negros, son el azote de los aruacos. Hablan muy mal de los pobres indios, y esto por la sencilla razon de que el opresor calumnia siempre al oprimido. Es verdad que los aruacos son hipócritas como todos los débiles; pero esta hipocresía no es perfidia, es la hipocresía de la semivulpa, que se hace la muerta desde que uno la toca, por el temor de ser torturada y comida. ¿Cómo puede admirar

®Biblioteca Nacional de Colombia

si los aruacos, siempre engañados y pillados se vuelven recelosos y tímidos, y si los mas atrevidos de entre ellos tratan de vengarse? Cómo admirar aún si su venganza es la de la astucia? En lucha abierta llevarian, sin duda, la peor parte, y les es forzoso ocultarse para hacer daño á sus poderosos enemigos; sinembargo, cualquiera que sea su odio, son siempre esclavos de sus deudas, y aun cuando el tratante, que les ha hecho pagar por el aguardiente ocho ó diez veces mas de su valor, muera, los aruacos van á buscar á los herederos para pagarles íntegramente el azúcar ó las cuerdas de pita que se han comprometido á dar. Los traficantes lo saben y avanzan á veces á los indios de ciento á doscientos pesos en sus malas mercaderías. Estos nunca dejan de ser deudores, y el vicio de la embriaguez, que se tiene el cuidado de fomentar entre ellos, les impide salir del abismo.

Antiguamente, para hacerlos pagar mas, se les amenazaba con vender sus chozas ó sus cabañas; pero desde 1848 fueron abolidos el embargo de los inmuebles y la prision por deudas. Por reconocimiento, por la fuerza de las tradiciones y por ese antagonismo natural de las razas que lanza á todos los indios en el partido liberal y á todos los blancos en el conservador, los aruacos se han afiliado como un solo hombre bajo la bandera del progreso. En las elecciones, todos los votos son

®Biblioteca Nacional de Colombia

para el candidato avanzado, excepto el de Pan-de-leche, que se cree obligado por sus riquezas y su título de caporal á llamarse conservador; pero su ejemplo no arrastra á nadie, y se dice que en un dia de escrutinios fué arrojado de la iglesia, porque intentó turbar la votacion blandiendo su baston de puño de oro. Es así como los acontecimientos de 1848 han tenido su consecuencia hasta en las montañas de la Sierra-Nevada, y muchos indios que ignoraban el nombre de la Francia, se apasionaban hasta el frenesí por cuestiones que ella habia promovido. Nada prueba mejor que los pueblos son solidarios entre sí, que forman una cadena eléctrica y se conmueven todos á la vez por el mismo choque.

XV

EL NAUFRAGIO—LA ENFERMEDAD—LA DESPEDIDA.

Despues de mi visita á San Miguel, gasté diez dias en recorrer las selvas y los prados de la Sierra-Nevada. Cada uno de los valles que visité contiene terraplenes y hoyas admirablemente adaptables al cultivo, escalonadas de zona en zona en un espacio de algunas leguas y que pueden producir todas las plantas cultivables, desde la aromática vainilla, bañada siempre por una atmósfera húmeda y ardiente, hasta el líquen de Is-

®Biblioteca Nacional de Colombia

landia que germina penosamente en la tierra fria al pié de las rocas nevosas. De todos estos valles, calientes, templados ó frios, el que mas me satisfizó fué el de San Antonio: en ningun otro me pareció el clima mas bello ni la tierra mas fértil; los mosquitos son escasos allí, los grandes zancudos casi desconocidos; las serpientes, aunque muy comunes, son pequeños boas inofensivos en su mayor parte; ademas, el pueblo tiene la inmensa ventaja de comunicar con el llano por un sendero de mulas. Escogí un prado de unas cincuenta hectaras, situado á média legua de San Antonio, á orillas del torrente Chiruá y detras de la montaña Nanú. Elegido el terreno, marché con Luisito para hacer en Riohacha los modestos preparativos de nuestra colonizacion.

El viaje de regreso tuvo ménos incidentes que el de exploracion; pero no dejó de ser muy penoso, sobre todo para mí que habia gastado en las correrías de las montañas muchos pares de sandalias groseramente hechas con cuerdas de pita: y tenia los piés despedazados y magullados por las piedras. Al terminar el segundo dia de marcha, llegué enteramente renco al pueblo Dibulla, y sintiéndome incapaz de continuar el camino á pié, alquilé un *cayuco* para trasportarnos á Riohacha. Por desgracia nuestra el mar estaba muy agitado y no nos fué posible partir hasta dos dias despues, retar-

®Biblioteca Nacional de Colombia

do que pasé tendido en el suelo en la cabaña del barquero, pobre leproso cuya hospitalidad generosa no me atreví á rechazar. Cuando llegué á Riohacha, necesité mas de un mes para descansar de mis fatigas.

Terminados nuestros preparativos de inmigracion, se decidió que yo partiria primero con Luisito y los dos jóvenes mulatos, Mejía y Bernier, que querian ser miembros de nuestra colonia; don Jaime Chastaing debia esperar algunos dias mas para vigilar el embarque de los instrumentos de agricultura y de los enseres necesarios para la construccion de nuestras cabañas. Como la experiencia me habia hecho prudente, elegí la vía de mar; pero á despecho de mis precauciones, este segundo viaje debia ser mas fecundo en accidentes y mas peligroso que el primero.

Desde que pasamos á Punta-Tapias, el viento que soplaba con mas fuerza imprimió una gran velocidad á nuestra informe barca, construida de un gran tronco de árbol; á pesar de los esfuerzos de los barqueros, que trataban de mantener el bongo en posicion conveniente, el pobre esquife se veia impulsado á derecha é izquierda, y cada ola lo llenaba de espuma. Muy pronto llegó frente á Dibulla, en donde debiamos desembarcar. Mantenerse mas tiempo en el mar en semejante embarcacion era insensatez; debiamos, pues, dirigirnos resueltamente hácia la em-

®Biblioteca Nacional de Colombia

bocadura del rio Dibulla, á riesgo de naufragar. "Qué me importa, decia el patron del bongo, hombre horrible, cuyo rostro era una gran hinchazon negra rayada de amarillo, qué me importa, con tal que yo me salve?" Cuanto mas nos aproximábamos á la ribera, el mar estaba mas furioso; cada ola, cargada de arena, nos perseguia rugiendo, se desplomaba como una roca sobre nuestras cabezas, y llenaba de agua salada la barca, que despues oscilaba como aturdida por el golpe, hasta que al fin otra ola mas alta aún que las demas, nos lanzó hácia adelante. Por último, un choque mas violento que los otros volteó el bongo, y, sin saber lo que nos pasaba, fuimos llevados todos, en el desórden mas pintoresco, y de un golpe, á las arenas de la boca. Así es como, una entre cuatro veces, se desembarca en el puerto de Dibulla. El mar es allí siempre mas fuerte que en Riohacha, porque la costa se tuerce en direccion de los vientos alisios y se recibe de lleno el choque de las olas; pero los huracanes propiamente dichos son tan desconocidos en aquel punto como en otros parajes de los mares granadinos.

Mi intencion era tomar alquilados á los aruacos que se encontraran en Dibulla los bueyes de trasporte; estos animales, nacidos y criados en la Sierra, son los únicos que tienen patas montañesas y pueden conducir una carga pesada al traves de los torrentes

®Biblioteca Nacional de Colombia

y pantanos: habituadas las bestias de carga á seguir solamente los senderos del llano, rara vez resisten las fatigas de tales viajes, y frecuentemente hay que dejarlas en el camino. Por una fatalidad que muy bien pude prever, ni un solo aruaco habia entónces en Dibulla; era necesario, pues, muy á mi pesar, detenerme en este espantoso pueblo, rodeado de pantanos de aguas corrompidas.

A mediados del siglo XVI, Dibulla, que los españoles llamaban entónces San Sebastian de la Ramada, y que habitaba una fraccion de la tribu de los taironas, era una ciudad rica y poderosa. Lerma, gobernador de Santa Marta, cobró allí, dice la tradicion, una contribucion de doscientos mil pesos; hoy no se encuentra en Dibulla cosa alguna que recuerde los esplendores y riquezas de otros tiempos; en un espacio bien considerable, circunscrito por el rio Dibulla, el mar, los pantanos cubiertos de paletuvios y la impenetrable barrera de la selva vírgen, se encuentran muchos huertos, semejantes á montones de malezas, y cabañas esparcidas, mas grandes y mas cómodas, pero mas destruidas que las chozas de los aruacos. Muchas de estas casas están completamente dislocadas. La primera que vi apénas tenia dos paredes desplomadas, sobre las cuales descansaban, á guisa de techo, algunas hojas de palma movidas por el viento, como restos de velas de una nave en naufragio.

®Biblioteca Nacional de Colombia

El lugar de las dos paredes caidas está marcado con escombros de argamasa, que no se han tomado siquiera el trabajo de quitar de allí. Una familia entera vivia en estas ruinas, que una ráfaga de viento mas fuerte que los ordinarios habria podido echar al suelo; la mujer se empleaba en sus ocupaciones ordinarias, los muchachos jugaban á las escondidas por entre los muebles, y el padre de familia, majestuosamente instalado en un gran sillon, comtemplaba sucesivamente la naturaleza y la olla que estaba en el fuego.

En las calles, ó mas bien en los senderos de Dibulla, hormigueaban muchachos de ambos sexos, la mayor parte completamente desnudos y notables por su enorme vientre y el prodigioso desarrollo del ombligo. Casi todos los habitantes del pueblo, hombres y mujeres, están atacados de elefancia, lepra, ó de alguna otra espantosa enfermedad de la piel. Es imposible formarse una idea del aspecto horroroso de esas figuras y de esos cuerpos manchados como pieles de salamandras. Apénas se atreve uno á mirar á esos séres que se dicen humanos, que por otra parte están tan satisfechos, como no es posible mas, de sus personas, y se miran con complacencia en pedazos de espejos. Las horribles enfermedades que los dibullanos padecen tienen, sin duda, por causa la absorcion de los miasmas palúdicos, las pi-

®Biblioteca Nacional de Colombia

caduras de los insectos, los malos alimentos, las costumbres inmundas, y quizás tambien la propension de las razas á degenerar, mezcladas al acaso por una verdadera promiscuidad. A esas horrorosas enfermedades de la piel, se agrega á la mayor parte de los pacientes, una hinchazon del vaso y del hígado muy notable exteriormente. Muchos contraen ademas la *gipatera* ó geopagia, y comen con avidez tierra, madera ó cera; los pedazos de pizarras son para ellos deliciosos. El viajero granadino Ancízar, que ha observado esta enfermedad en otras partes de la Nueva Granada, encontró un dia á un pobre indio que lamia una peña húmeda y cubierta de pedazos de pizarra. "No tengo pan, le dijo el desgraciado, pero la pizarra mojada es buena tambien y me sirve lo mismo!"

Desde el tercer dia de mi residencia en Dibulla, se me declaró una terrible fiebre. Las comadres del lugar se reunieron en gran consejo al rededor de la estera en que me hallaba tendido, y dieron, cada una á su vez, su opinion sobre las probabilidades de vida ó muerte: la opinion general fué que se me llevaria al cementerio dentro de pocos dias. Cosa grave es en efecto enfermar en un pueblo donde los únicos médicos son los leprosos y los comedores de tierra, donde no puede encontrarse ni quinina ni mas remedios que los simples aplicados al acaso,

®Biblioteca Nacional de Colombia

y en donde las sabandijas y otros animales dañinos de todas clases andan por todas partes libremente. Mas de una vez los lagartos penetraron en mi cabaña por las rehendijas de las paredes, me visitaron, y uno de ellos, *lobo* de dos piés de largo, se colocó sobre mi pecho miéntras que yo dormia con un sueño delirante. Un dia mataron una culebra cascabel en una grieta de la pared de barro que separaba mi cabaña de la del vecino; otra vez, un jaguar devoró un asno en el patio mal cercado de mi choza, y dos novios que la alegria de las bodas hacia insensibles á los sufrimientos del extranjero, fueron suficientemente inhumanos para reunir en la choza vecina á los tocadores de flauta * y tamboril, y celebrar sus danzas nupciales durante toda una noche interminable. Estos eran incidentes poco agradables en sí mismos, pero quizá me causaban un bien despertando en mí el sentimiento de las cosas exteriores, y cuando mi asociado, don Jaime Chastaing, llegó de Riohacha provisto de las drogas mas indispensables, lo mas fuerte de la crísis habia pasado.

Mi visitador mas asiduo era el *padre* Quintero, cura de Dibulla. Se decia blanco, y quizá lo era de orígen; sinembargo, estaba tan moreno como los demas dibullanos, y por su traje tampoco se distinguia de sus feligreses. Habia sido ántes cura de los pue-

* Gaita. N. del T.

®Biblioteca Nacional de Colombia

blos de la Sierra-Nevada; pero dominado por algunos defectos, se habia despopularizado tanto, que un tímido aruaco se atrevió á levantar la mano contra él: á consecuencia de esto, y por otros motivos, se instaló en Dibulla, á cuyos habitantes les impuso, de grado ó por fuerza, su direccion espiritual. Conviene añadir que el padre se hacia perdonar generalmente sus faltas por su franqueza, su jovialidad y su desinteres; ademas, para mí tenia la inapreciable ventaja de conocer la Sierra-Nevada mejor que nadie, y de haber explorado sus principales valles.

Una de las debilidades del padre Quintero era creerse muy sabio, y rara vez desplegaba sus labios sin introducir en su conversacion algunas palabras de un pretendido latin, que contribuia mas que todo á conservarle alguna influencia. Cuando me vió por la primera vez, me saludó con el título de *dominus* y me recitó un pasaje de su breviario; pero una sonrisa irónica le hizo conocer, sin duda, que yo sabia á qué atenerme en cuanto á sus conocimientos filológicos, porque despues no volvió á hablarme en latin, sino en sus momentos de olvido. A pesar de las extravagancias del padre, debo confesar, que su compañía y conversacion fueron para mí un precioso consuelo durante los largos dias de mis sufrimientos: sin embargo, á veces se hacia insoportable, me

®Biblioteca Nacional de Colombia

estrechaba el cuello entre sus brazos, me hacia su confidente refiriéndome los varios pesares domésticos que en su vida habia tenido, derramaba lágrimas de emocion en mi rostro, me exigia la promesa solemne de odiar siempre á los bárbaros españoles y al inhumano general Moráles, que habia hecho fusilar á su padre. Por la noche, mi vecino el padre reunia varios compañeros, y con el pretexto de llenar para con el caballero extranjero los deberes de la cortesanía castellana, organizaba en mi puerta un coro mas bullicioso que musical.

Entre aquellas diversas canciones que tantas veces interrumpieron mi reposo, hay una cuyas discordantes notas resuenan aún en mis oidos. Como la mayor parte de las canciones populares, su letra se compone de un tema de amor y un motivo tomado de las ocupaciones diarias.

Hela aquí.

Barquero, coge tu remo,
Despídete de la que amas:
Barquero, marcha, es preciso
Que surques las ondas bravas.

Cuando las olas retocen
En derredor de tu barca,
Piensa que en torno de aquella
Sus otros amantes danzan.

Barquero &c.

®Biblioteca Nacional de Colombia

Quizás en oculta roca
Ai! se estrellará tu barca;
Quizás en ese momento
Te olvidará aquella ingrata.

Barquero &c.

En las ondas tal vez pierdas
De ser rico la esperanza;
Tus sueños de amor entónces
Serán cual humo que pasa.

Barquero &c.

Pueda que halles mar tranquilo
I ella te guarde la espalda:
La encontrarás cariñosa
Si de oro llenas tu barca.

Barquero, coge tu remo,
Despídete de la que amas:
Barquero, marcha, es preciso
Que surques los ondas bravas.

El primer período de mi convalecencia fué de dos largos meses, durante los cuales mi consocio don Jaime maldijo muchas veces su triste destino y se lamentó como el mas desgraciado de los hombres. De seguro que la suerte no le era favorable. Los aruacos, asustados con las amenazas de los tratantes, que temian la concurrencia de nuestra parte ó quizás que fuéramos jueces de sus infames exacciones, rehusaban alquilarnos á ningun precio sus bestias de carga; solo uno se encargó de llevar una caja de herramientas; pero en el tránsito la rompió,

®Biblioteca Nacional de Colombia

robó todo lo que le plugo y dejó el resto en el camino. Solo un recurso nos quedaba aún: envié á Luisito para que expusiera nuestra triste situacion á Pan-de-leche, le participara nuestros proyectos y le suplicara que nos alquilase sus bueyes y sus dos machos. Pocos dias despues llegó Pan-de-leche con su caravana.

La partida se organizó inmediatamente, se convino en que don Jaime y yo marchásemos en seguida en los dos machos del cacique, y que Luisito y sus dos compañeros nos siguiesen con las bestias de carga. El primer dia de nuestro viaje, de Dibulla á Cuesta Basilio, fué tan feliz como era posible; pero sobrevino uno de esos contratiempos que han dado lugar á tantos proverbios en todas las lenguas y el siguiente dia no debia pasar sin que tuviéramos un grave accidente. El macho que yo montaba se encabritó en un lugar peligroso del camino y rehusó avanzar; me esforcé en vano para obligarle, se echó hácia atras, sus ojos se extraviaron y se agitó con un temblor nervioso: á no dudar, estaba atacado de la enfermedad casi siempre mortal, conocida con el nombre de *derrengadera*.

Era preciso pues, que yo continuase mi camino á pié, porque don Jaime tenia las piernas enteramente hinchadas á consecuencia de las picaduras de los insectos, y no podia bajar de su cabalgadura. Confiaba de-

®Biblioteca Nacional de Colombia

masiado en mis fuerzas y caminé valientemente durante algunas horas; pero, debilitado por mi larga enfermedad, no pude resistir la fatiga. Sentí que la vida me abandonaba poco á poco, de repente todo se oscureció á mi rededor, y caí desvanecido en el suelo.

Cuando volví en mí, un calofrio continuo sacudia todos mis miembros. Estaba tendido en el suelo al borde del sendero sobre un monton de hojas de helecho, y don Jaime construia sobre mi cuerpo una pequeña armazon de ramas y la cubria con hojas de bihao. Ofreció cederme su cabalgadura; pero la rehusé en atencion á su edad; por otra parte, habria sido una gran imprudencia permanecer sobre el suelo expuesto á la tempestad, y ademas, enfermo como estaba, probablemente me habria sido imposible llegar solo á San Antonio; era mejor, bajo todos aspectos, que él partiese tan pronto como fuese posible y me enviara su macho ó cualquiera otra cabalgadura con un guía aruaco. Lo comprendió así, y en seguida lo vi desaparecer en las revueltas del sendero.

Mi posicion era crítica; el viento precursor de la tempestad principiaba ya á silbar; sopló y sacudió la cubierta como si fuera una paja, las hojas de bihao que me resguardaban volaron; el agua descendió del cielo, se abrió paso por entre el rústico techo y

®Biblioteca Nacional de Colombia

me inundó. En fin, vino la noche, la tempestad cesó, pero á esta sucedieron enjambres de zancudos; en vano traté de dormir un instante siquiera sobre el suelo húmedo, pues la fiebre me mantuvo despierto constantemente. Cuando los primeros albores del dia descendieron de la cima de las montañas, el esperar, ese sentimiento de ordinario tan penoso, mortificaba todo mi sér. Cada rama de árbol que sonara al rozarse con otra rama era para mí una señal de llamada; los chillidos de los monos aluatas eran voces de los amigos que venian á salvarme; el murmullo del torrente saltando por entre las rocas me parecia el galope de un caballo.

De repente oí sonar pasos sobre el sendero pedregoso, y alcancé á ver á un indio que venia del lado del llano; pareció muy agradablemente sorprendido al mirar á un blanco en tan lastimoso estado, y, parándose en una piedra, frente á mí, me contempló largo rato, sonriendo de satisfaccion. ¿No era yo, á su parecer, uno de esos hombres execrables que iban á explotarlo á él y á sus hermanos, á cargarlos de deudas, y á hacerlos esclavos de un trabajo continuo? Seguramente creyó que seria justo que los genios de Tairona me castigasen con la enfermedad y la muerte por haber ayudado á la destruccion de la pobre tribu vencida. Cuando hubo saboreado suficientemente su

®Biblioteca Nacional de Colombia

venganza, se alejó sonriéndose, y yo tuve la debilidad de verlo desaparecer con pesar; él animaba algo mi soledad y me hacia mas soportable la espera. Felizmente, Luisito y los dos mulatos llegaron pocos instantes despues con los bueyes que conducian nuestras herramientas de agricultura: eran amigos, casi salvadores, á los que saludé en esos tres hombres que venian en mi socorro, y el que permaneció cerca de mí para auxiliarme calmó en gran parte la fiebre que me devoraba, con sola su presencia.

La tempestad de la mañana habia principiado hacia una hora, cuando tuve la dicha de oir los gritos de un aruaco que bajaba, montado en un macho, de lo alto de la montaña. Apénas llegó, me hice colocar en la silla en su lugar, y partimos á pesar de la tempestad. El macho escalaba las rocas, salvaba de un salto los torrentes y los arroyos, se dejaba deslizar con las patas unidas desde lo alto de los declives arcillosos: me sentia como poseido de ese vértigo de los sueños que no permite ni un movimiento; no tenia fuerza ni aun para hacer un gesto de espanto á la vista de los mas espantosos precipicios. En fin, la noche se espesaba en torno mio, y hácia las diez llegué á San Antonio, donde encontré una bebida fortificante, un lecho y un abrigo.

Habia pues llegado, no sin trabajos, al término de mi viaje, y podia creer que la

®Biblioteca Nacional de Colombia

obra de la colonizacion estaba sériamente principiada. Mil vanas ilusiones, evocadas en parte por la fiebre, flotaban ante mi espíritu: veia ya las pendientes de las montañas cubiertas de campos de café y de bosques de naranjos; los aruacos felices y libres, fundaban comunidades florecientes; se abrian escuelas para los hijos de los indios; colonias de europeos desmontaban las selvas vírgenes; se abrian caminos en todas direcciones; qué se yo? líneas regulares de buques-correos llegaban al puerto de Dibulla. Indudablemente que todas esas cosas se realizarán un dia; pero yo no tendré en eso la menor intervencion, pues todas mis esperanzas personales estaban condenadas á evaporarse miserablemente. Pocas líneas bastarán para referir el desenlace de la empresa.

En los primeros dias todo marchaba bien. Me encontraba enfermo, es verdad, y muy raras veces podia dar algunos pasos fuera de mi cabaña; pero don Jaime habia principiado los trabajos con una furia mas que juvenil, y en dos puntos diferentes: en San Antonio mismo, en un huerto casi abandonado que habiamos comprado, y en Chiruá, en los terrenos que elegí en mi primer viaje. Desmontaba, sembraba plátanos, árboles de café, cañas de azúcar, legumbres de todas clases; reunia piedras de granito en un pequeño terraplen en que debiamos edificar nuestra casa de campo; cortaba macanas

®Biblioteca Nacional de Colombia

para ésta, y levantaba en muchas partes las tapias y los vallados de cactos necesarios para impedir la irrupcion de los animales, y quemaba los matorrales de la pradera: todo se hacia á un mismo tiempo. Estaba tan asombrado de esta inesperada actividad que no me atrevia improbar á don Jaime el emprender tantas cosas á la vez.

No se habia completado un mes cuando ya el trabajo se habia debilitado singularmente. Todo principiaba á desagradar á don Jaime, la tierra, el aire, las aguas, los indios, la agricultura. Bajo el pretexto de buscar un terreno mas fértil y mejor regado, interrumpió el desmonte del de Chiruá, y eligió otro, média legua mas distante del pueblo. No tardó en indisponerse con el jóven Mejía, nuestro mejor obrero, y sin despedirlo precisamente, porque yo era quien lo habia contratado para nuestro servicio, logró hacerlo marchar á fuerza de vejaciones y tacañerías. Cosa mas grave aún, se malquistó con los aruacos, lo que nos exponia á morir de hambre, porque miéntras fructificaban nuestras sementeras y plataneras, estábamos obligados á comprar los alimentos á los indios; sin la proteccion de Pan-de-leche, nadie habria venido á proveerse de lanas ó de otras mercaderías á nuestra cabaña, y el hambre nos habria obligado á bajar inmediatamente á Dibulla. La desesperacion se apoderó de don Jaime; deploraba

®Biblioteca Nacional de Colombia

su lamentable destino, maldecia sus cabellos blancos, echaba de ménos las dulces noches de tertulia pasadas en Riohacha, á la puerta del ingeniero Rameau; en fin, me anunció que la asociacion estaba disuelta, é hizo sus preparativos de regreso.

Qué podia hacer yo mismo en este desastre de mis proyectos de colonizacion? Si me hubiera hallado con salud habria podido continuar solo la empresa, modificando mis planes; pero tres meses despues de mi llegada á la Sierra estaba aún tan enfermo como el primer dia; no podia dar cien pasos ó tocar una gota de agua fria sin que la fiebre y el delirio me volvieran. Las lluvias continuas de la estacion hacian fermentar el techo de paja bajo el cual reposaba yo y corrompia la atmósfera que me rodeaba; luchaba con la muerte y sin la certidumbre de vencerla; solo, debia necesariamente sucumbir. Era preciso marchar. Con profunda tristeza me separé de esos pobres indios, dejándolos tan bárbaros como el dia en que los vi por primera vez; pronto perdí de vista mi cabaña y su huerto y la extensa pradera de Chiruá; en seguida desapareció el valle de San Antonio ocultándose detras de un contrafuerte de la montaña, y escalando á caballo el sendero rocalloso de Caracasaca, dejé de escuchar el torrente cuya voz habia correspondido tantas veces á mis ensueños de porvenir. Algunos meses

®Biblioteca Nacional de Colombia

despues estaba en Europa. Cuando regresé á mi verdadera patria, parecióme que mis piés hollaban tierra extranjera.

XVI

EPÍLOGO.

Es imposible negarlo; los primeros europeos que se establezcan en la Sierra-Nevada tendrán muchos peligros que correr y muchas fatigas que superar ántes de conseguir un éxito definitivo; tendrán que sufrir las fiebres *palúdicas* y las crecientes de los rios; los pantanos intransitables impedirán con frecuencia el trasporte de sus productos; la enemistad de los tratantes avarientos les suscitarán grandes dificultades; y durante mucho tiempo se hallarán privados de toda sociedad que no sea la de los aruacos. No obstante, esas dificultades, que por otra parte disminuirán gradualmente con los progresos de la colonizacion, serán, en cierto modo, ventajosas para los hombres resueltos; porque los obligarán á luchar con mas energía, y harán que la victoria les sea mas grata. El agricultor se adhiere poco á la naturaleza y se la apropia sin entusiasmo, cuando ella corresponde fácilmente á sus deseos. Las razas fuertes y felices nunca se forman sino con la lucha, tal como lo expresa la fábula antigua del Jardin de las Hespérides, guardado por

®Biblioteca Nacional de Colombia

dragones. Los sacrificios son nada, lo importante es saber si el objeto los exige. "Es una gloria, decia el agrónomo Sinclair, hacer crecer dos vástagos de yerba donde solamente crecia uno." Cuánto mas glorioso es llevar la cultura á donde no existe aún, trazar el primer surco en los campos que alimentarán un dia á innumerables habitantes! Con su trabajo, uno crea verdaderamente un pueblo; como Deucalion, uno cambia las piedras en hombres, y en la tierra que uno remueve hace germinar las generaciones futuras. Esta es, me parece, una gloria que se puede comprar al precio de algunos sufrimientos y de algunas molestias pasajeras.

Las explanadas y regiones montañosas de la Nueva Granada contienen millones de hectaras de terrenos favorables al cultivo y de fácil colonizacion; y á pesar del descalabro que yo sufrí, creo que la Sierra-Nevada de Santa Marta es uno de los paises de la América española que presenta mas ventajas para la inmigracion latina emprendida en grande escala, porque, completamente separada de los Andes y del resto de la Nueva Granada por valles profundos, por lagunas y pantanos, parece formada para contener una poblacion distinta, que encontrará en torno suyo todos los elementos de la mas floreciente prosperidad: salubridad del clima, fertilidad de la tierra,

®Biblioteca Nacional de Colombia

y facilidades para el comercio. La extension de la Sierra-Nevada, que aproximativamente es la cuarta parte de la de Suiza, podria alimentar el mismo número de habitantes que esta República.

El precio de las tierras es nulo en las pendientes de la Sierra que miran hácia Riohacha y al valle del rio Cesar. El valor nominal de la hectara de terreno, vendido por el gobierno, es de setenta y cinco céntimos; * pero todo jefe de familia, granadino ó extranjero, tiene derecho á pedir la concesion de cuarenta hectaras de tierras baldías, que inmediatamente se les conceden, comprometiéndose á ejecutar en ellas un trabajo cualquiera en el espacio de dos años. Frecuentemente los colonos se establecen donde lo desean, sin pedir la concesion de las tierras y sin contraer compromisos, y se hacen propietarios por el derecho del primer ocupante. Esta facilidad de adquirir sin trabajo vastas porciones podria tener funestos resultados, estancando por muchos años terrenos favorables al cultivo; pero en la mayor parte de los valles de la Sierra-Nevada, este peligro es ménos temible que en una explanada, porque el terreno cultivable se compone de estrechas hoyadas, de pequeños terraplenes, de mesetas limitadas, cada uno de las cuales for-

* Quince centavos ó sea real y medio.

®Biblioteca Nacional de Colombia

ma un dominio distinto, mas que suficiente para una familia.

La flora de la Sierra-Nevada es de una riqueza extrema, y quizas, exceptuadas algunas partes de la India y del Brasil, no se encuentran otras en el mundo entero en que las plantas presenten tan grande variedad. Vegetales útiles hay en gran número. Allí existen, entre otros, el *miroxylon* ó palma de cera, el maravilloso árbol de leche, ó *galactodendron*, multitud de plantas tintóreas, las yerbas medicinales del Antiguo y Nuevo Mundo, la manzanilla y la zarzaparrilla, la borraja, la ipecacuana, la achicoria y el bálsamo de Tolú. Nadie piensa buscar estas plantas medicinales en la Sierra-Nevada; pero entretanto hay quien remonte la corriente del Amazónas, ó atraviese las montañas y las soledades de la provincia de Matogrosso para ir á recoger la zarzaparrilla y la ipecacuana! A consecuencia de las dificultades de los viajes, estos remedios valen en las farmacias de Europa del dos al cuatro mil por ciento mas que en el lugar de su produccion.

Si damos fe al testimonio del sabio botánico Mútis, la Sierra-Nevada posee tres especies de *chinchonas*. Desde fines del siglo último, época en que este árbol precioso se descubrió, cerca de San Antonio, los trastornos políticos han dejado caer en el olvido el conocimiento de este hecho im-

®Biblioteca Nacional de Colombia

portante. Quizás los árboles sean poco numerosos; pero es fácil hacer plantaciones de ellos y sobre todo seguir otro sistema distinto del de los peruanos, que tumban el árbol para despojarlo de su corteza. Se puede principiar á *descortezar* parcialmente los *chinchonas* cuando ya sean de cinco años; teniendo el cuidado de no despojarlos sino de un lado, se les puede prolongar la vida tanto como á los árboles intactos.

Las plantas cultivadas por los aruacos son en número muy reducido; la caña de azúcar, plátano, hayo, *turma* ó papa, arracacha, malango, patata, cebolla, pita, naranjo, y limon. Cada indio tiene una pequeña platanera, frecuentemente oculta en la concavidad de una garganta ó debajo de una roca, y allí siembra ó planta todo lo que necesita para el sostenimiento de su familia en un año. Cuando uno ve las pequeñas dimensiones de esos huertos, se pregunta con asombro, si el terreno puede ser tan fértil para que muchas personas deriven de allí su subsistencia y tengan ademas con que comprar aguardiente mezclado.

El café, cuyo cultivo se ha generalizado tan rápidamente en la Nueva Granada, es una planta casi extraña en la parte oriental de la Sierra-Nevada. Cuando estuve en el valle de San Antonio, no nos fué posible recoger mas de trescientos piés de café para nuesta plantacion. Sinembargo, si las ase-

®Biblioteca Nacional de Colombia

veraciones de los habitantes de la Sierra merecen algun crédito, el rendimiento del café raya siempre en lo maravilloso. Frecuentemente los arbustos dan dos cosechas al año, y hay quienes aseguren haber cosechado hasta doce kilógramos de bayas de un solo pié. Sea de esto lo que fuere, no es en hechos excepcionales que deben fundarse los cálculos en circunstancias semejantes, porque yo he visto plantaciones en los Andes, en que cafetales aislados daban cerca de cinco kilógramos de fruto, miéntras que el rendimiento medio de doce mil árboles era solamente de medio kilógramo. Suponiendo que el producto de las plantaciones de café en la Sierra-Nevada fuera poco mas ó ménos el mismo, los beneficios que se realizarian serian aún muy considerables, á pesar de las dificultades de los trasportes. Los plantadores de cacaotales, vainilla y otras plantas industriales cuyos productos exportados tienen mucho valor y poco peso, pueden contar igualmente con resultados muy favorables.

Uno se asombra, recorriendo los valles de la Sierra, al ver la altura considerable en la cual se pueden cultivar las plantas tropicales: crecen perfectamente en las alturas que corresponden á los climas de Francia é Inglaterra; así se ve que en el Cocui, en el Estado de Santander, el plátano y la caña de azúcar dan excelentes productos á dos mil

®Biblioteca Nacional de Colombia

setecientos cincuenta y siete metros de elevacion. * Este hecho, que quizás no ha podido ser esclarecido suficientemente por los geógrafos, prueba que no hay solamente superposicion, sino tambien penetracion recíproca de los climas escalonados en los flancos de las montañas de la zona ecuatorial. Un simple soplo de viento basta para llevar los ardores del estío hasta el pié de las nieves ó para hacer descender el aire de las nieves á los ardientes valles extendidos en la base de los montes. De aquí, segun la exposicion ó el abrigo, una gran diversidad de climas parciales y una variedad maravillosa de plantas de toda especie. Por su posicion trasversal á la direccion de los vientos alisios, la Sierra-Nevada recibe mejor que las otras cadenas el aliento de los calores tropicales: ademas ella deja escapar sin cesar, como de un gigantesco laboratorio, la humedad que le llevan los vientos; y sus valles, con excepcion de la vertiente meridional, jamas se ven expuestos á sufrir la sequedad.

Nada le falta pues á la Sierra-Nevada, sino es una gran poblacion europea, china ó criolla. Entretanto esas montañas permanecen tristes á pesar de su belleza. Cuando

* El Cocuí pertenece al Estado de Boyacá, y sin duda el autor lo ha confundido con algun otro pueblo, porque en él no se dan las producciones que cita. N. del T.

®Biblioteca Nacional de Colombia

un viajero se encuentra solo en medio de un extenso valle cubierto de pastos y selvas, y que apénas ve en el inmenso espacio uno que otro buitre, solitario como él, describiendo grandes círculos encima de su cabeza, siente oprimido el corazon con una verdadera angustia. Ciertamente la naturaleza vírgen es bella, pero es de una tristeza infinita: lo que le falta para darle animacion es la fecundidad, es el atavío de los campos y de las poblaciones, que solo puede darle la mano del hombre.

Y no es solamente la Sierra-Nevada la que pide brazos á la Europa y al resto del mundo; toda la Nueva Granada reclama tambien colonos. ¿Es, pues, necesario abogar por un pais tan bello, tan admirablemente provisto de todas las riquezas de la tierra? En otro tiempo millares de españoles desafiaron la muerte para ir á conquistar ese mundo que Colon les habia hecho surgir del seno de los mares, cual si hubiese unido otro planeta al nuestro; á la presente parece que hay mas indiferencia por la Nueva Granada que ahora tres siglos. Y sinembargo ese Dorado no es solamente el pais del oro, es tambien el pais de la dicha para los que saben apreciar la libertad. En nuestra vieja Europa, las tradiciones de los tiempos bárbaros y de la Edad Média reinan aún, y desde el fondo de sus tumbas los muertos gobiernan á los vivos. Por otra parte, la

®Biblioteca Nacional de Colombia

superabundancia de la poblacion obstruye á todo recien llegado las puertas del bienestar; demasiado estrechos en nuestro pequeño continente, no podemos dar un paso sin pisar la propiedad de otro, y, por la fuerza misma de las cosas, compramos la felicidad á costa de la del prójimo. Murallas, barreras, reglamentos, circunscripciones, restricciones, todo nos encierra en un círculo infernal: aun aquellos que se creen libres habitan una estrecha prision en la cual apénas pueden moverse y en donde su pensamiento se marchita ántes de haber florecido. Allá, en la jóven república americana, no hay convidados desatendidos en el gran banquete: la tierra fecunda alimenta generosamente á todos sus hijos, el aire de la libertad inflama todos los pechos. Quizás en medio de esa naturaleza jóven los hombres se rejuvenecerán tambien: tal vez llegue dia en que los acontecimientos de la historia no giren como hasta aquí, dentro de un mismo círculo, á la manera de animales encadenados.

FIN.

®Biblioteca Nacional de Colombia

ÍNDICE.

	Pág.
Prefacio	3
I.—Aspinwall (Colon)—El ferrocarril de Panamá	9
II.—"El Narciso."—Portobelo—Los indios de San Blas	23
III.—Cartagena de Indias—La Popa—La Fiesta	45
IV.—El Capitan de papeles—Sabanilla—El Bongo—Barranquilla	60
V.—Los caños—La Ciénaga—Gaira	78
VI.—Santa Marta	98
VII.—Los alrededores de Santa Marta—La Horqueta—El Ingenio de Zamba—El médico hechicero	121
VIII.—San Pedro—Minca—El plantador filósofo—Los correos	142
IX—El círculo frances—La colonia de extranjeros	159
X.—Riohacha	174
XI.—Los indios goagiros	194
XII.—El médico cazador—La cuesta de San Pablo—La ranchería—La Sierra-Negra	213
XIII—La Caravana—El Paso del Enea—El Pantano—Las siete plagas del Volador	234
XIV.—El caporal Pan-de-leche—El Mamma. Los aruacos	258
XV.—El naufragio—La enfermedad—La despedida	279
XVI—Epílogo	297

®Biblioteca Nacional de Colombia